

DANI SINCLAIR

A romantic close-up of a man and a woman about to kiss. The man, on the right, has long dark hair and a beard, wearing a dark suit and tie. The woman, on the left, has long dark hair and is wearing a white strapless dress. They are looking at each other with soft expressions. The background is a warm, golden glow.

La hija
mayor

elit

e^{lit}

LA HIJA MAYOR
DANI SINCLAIR

 HARLEQUIN™

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Patricia A Gagne

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

La hija mayor, n.º 228- septiembre 2018

Título original: The Firstborn

Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin

Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-919-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Acerca de la autora](#)

[Personajes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Acerca de la autora

Dani Sinclair, lectora empedernida, no descubrió las novelas románticas hasta que su madre le prestó una en una ocasión en que estaba de visita y desde entonces está enganchada a este género, pero no empezó a escribir en serio hasta que sus dos hijos fueron mayores. Desde entonces Dani no ha dejado de escribir. Su tercera novela fue finalista del premio RITA en 1998. Dani vive en las afueras de Washington, lugar que, en su opinión, es una fuente fantástica de intriga y humor.

Personajes

Dennison Hart: Procuró que Heartskeep siguiera en su familia. No se le ocurrió que eso podía convertirlo en víctima.

Amy Hart Thomas: Desapareció sin dejar rastro cuando murió su padre hace siete años.

Marcus Thomas: Se casó con su enfermera en cuanto pudo conseguir que declararan legalmente muerta a su primera esposa.

Eden Voxx Thomas: No le importa lo que piense nadie. Está casada con Marcus y tiene intención de dirigir Heartskeep como le apetezca.

Hayley Hart Thomas: Es la primogénita y la heredera, pero sólo si sobrevive el tiempo suficiente para reclamar su herencia.

Bram Myers: Un herrero sexy al que han contratado para instalar barrotes en las ventanas y las puertas. ¿Pero es un refugio seguro o el origen de la tormenta?

Leigh Hart Thomas: La hermana gemela de Hayley está en Inglaterra con unos amigos. ¿O tal vez no?

Jacob Voxx: Todos aprecian al hijo de Eden. Todos menos Bram.

Odette Norwhich: La nueva cocinera contratada por Eden tiene una personalidad fuerte... y pleno acceso a Heartskeep.

Paula Kerstairs: La nueva asistente contratada por Eden se mueve como un fantasma por la mansión y oye más de lo que debería.

George y Emily Walken: Estos vecinos y amigos íntimos de la familia llevan años acogiendo a adolescentes con problemas.

Helen Pepperton Myers: ¿Su muerte de parto precipitó un plan de venganza?

Capítulo 1

Casi en casa.

Hayley Thomas reprimió un escalofrío. No había vivido en Heartskeep desde el día en que desapareció su madre más de siete años atrás. La propiedad, situada cerca del río Hudson, era la envidia de muchos, pero sólo por lo rica y serena que parecía en la superficie.

El paraguas de ramas de árboles sobre su cabeza oscurecía el último tramo hasta la casa de Stony Ridge, en el estado de Nueva York. A medida que avanzaba, el escenario cambiaba de nuevo, esa vez a campos de verde terciopelo bañados por el sol. La intensa ola de calor de principios de junio no se había cobrado aún su precio, pero el rico verde no tardaría en convertirse en marrón seco.

Movió la cabeza para soltar los calambres del cuello y los hombros y suspiró de alivio al entrar en el camino de piedra que llevaba a Heartskeep, pero un instante después detuvo el coche.

¿Qué habían hecho?

Intentó calmar el clamor de su corazón mientras miraba ante sí con incredulidad. Unos pilares altos de ladrillo habían reemplazado a los dos más cortos, sobre los que dos leones habían hecho guardia durante sesenta años. De los nuevos pilares salía una verja de hierro enorme que cerraba el camino a los intrusos.

Marcus no podía pensar que una verja iba a impedirle entrar en su casa familiar. ¿O sí?

Hayley se acercó a la estructura temblando de ira. En otro momento habría disfrutado examinando la artesanía empleada en crear la verja de hierro, ya que el trabajo no se parecía a nada que hubiera visto antes, pero en ese momento se sentía ultrajada.

¿Qué había hecho Marcus con sus leones? No tenía derecho a tocarlos.

Sacudió la verja con furia y entonces se dio cuenta de que desde donde estaba podía levantar la barra que mantenía cerradas las dos puertas enormes.

Pero seguía temblando de rabia cuando las abrió. Ya no era una niña y no se dejaría intimidar por su padre ni toleraría que colocaran verjas delante de su casa.

El forastero en Heartskeep era él y había llegado el momento de decírselo. Por respeto a su madre, Hayley no había discutido su derecho a vivir allí ni siquiera después de que volviera a casarse, pero había ido demasiado lejos. Aquella verja era una bofetada en pleno rostro, un desafío en toda regla.

Pero ella aceptaría el reto y saldría de él ganadora. Según la ley, Heartskeep le pertenecía. Y lo primero que haría en cuanto asumiera el control de la propiedad sería quitar la verja y volver a colocar los leones de piedra.

Subió al coche y aceleró en dirección a la casa. Si Marcus sentía al fin la necesidad de hacer algo en la propiedad, ¿por qué no empezaba por las reparaciones más imprescindibles? Aquel camino, por ejemplo, era una desgracia. Los baches eran más profundos de lo que recordaba en su última visita y sólo servían para enfurecerla aún más.

Toda su vida había evitado en lo posible al hombre que era su padre biológico.

Su hermana gemela y ella habían aprendido muy pronto a apartarse de su camino. Para ellas, siempre había sido Marcus, nada más.

La vista de la mansión al doblar el último recodo no dejaba nunca de sorprenderla y esa noche más que nunca; su silueta contra el cielo que se oscurecía rápidamente tenía una cualidad tétrica nueva.

Hayley movió la cabeza. Heartskeep había sido un refugio querido, aunque no en los últimos siete años. Y esa noche ni siquiera había un brillo de luz en la casa, que parecía el escenario abandonado de una película de terror.

—Estupendo. Ahora ponte paranoica —murmuró en voz alta.

Pero era cierto. Los recuerdos felices que evocaba aquella casa habían desaparecido hacía tiempo. Habían desaparecido con su madre.

Hayley y Leigh sólo habían vuelto allí un puñado de veces desde que entraran en la Universidad Wellesley. Las visitas nunca eran agradables, por lo que procuraban abreviarlas todo lo posible.

¿Cómo se atrevía a quitar sus leones?

Heartskeep y todo lo relacionado con la propiedad pertenecía a las dos hermanas, no a Marcus Thomas. Como primogénita de su madre, la mansión sería suya al año siguiente, cuando cumpliera los veinticinco años. Y Marcus lo sabía muy bien. Por eso había puesto la verja. Sabía que Marcus y Eden, su

segunda esposa, no se alegrarían de verla, pero no se esperaba algo así.

A pesar de la provocación, no tenía intención de echarlos de allí. Aunque no le gustara Marcus, había una relación sanguínea que estaba dispuesta a respetar, pero él tendría que aceptar que la propiedad era de ella y él ya no era el dueño.

Aunque no hubiera cumplido aún los veinticinco, ya no era una menor bajo su tutela.

Por supuesto, se habría sentido mucho más valiente con Leigh a su lado, ya que ambas compartían un vínculo fuerte forjado desde el vientre de su madre, pero Hayley se había empeñado en ahorrarle aquel mal trago a su hermana y Leigh estaba con unos amigos en Inglaterra. Además, no había nada que Marcus pudiera hacer para alterar la situación.

A menos que la hiciera desaparecer como a su madre.

Hayley apartó aquel pensamiento morboso e intentó concentrarse en evitar los peores baches. A pesar de lo que Leigh y ella creyeran, nadie había podido probar que Marcus hubiera tenido algo que ver con la desaparición de su madre, aunque, por otra parte, la policía tampoco se había esforzado mucho en investigar.

Pasó de largo por el círculo amplio de delante de la casa y se acercó a la entrada de atrás, que usaba habitualmente. Reprimió un estremecimiento. La verdad era que temía a Marcus y siempre lo había temido. Mientras vivía su abuelo, éste había adoptado el rol paterno, ya que Marcus prestaba poca atención a sus hijos. Su madre, al principio, había intentado disculpar la indiferencia de su marido, pero al final dejó de intentarlo.

Poco después de su undécimo cumpleaños, Hayley había ido a buscar su partida de nacimiento, convencida de que Marcus no podía ser su verdadero padre, y había llorado desconsoladamente al ver en el documento que sí lo era.

¿Cómo podía ser un padre tan frío? Y encima era médico. Un ginecólogo y tocólogo con una clientela bastante amplia. Nadie había podido explicar nunca su indiferencia con su propia familia. Hayley y Leigh habían aprendido a aceptar la situación. Todos vivían en la mansión con su abuelo, pero a menudo pasaban días sin ver a Marcus.

Hayley sabía que Dennison Hart, su abuelo, tampoco apreciaba a Marcus, aunque nunca lo criticaba en presencia de las niñas. Incluso había reformado la casa para convertir el ala delantera en una consulta privada. Leigh suponía

que lo había hecho para evitar que Marcus se llevara de allí a su familia y posiblemente estaba en lo cierto.

Todo aquello cambió cuando su abuelo murió de repente una noche. La gran propiedad pareció encogerse. Leigh y Hayley, adolescentes entonces, oían a menudo a Marcus gritarle a su madre y se esforzaban más que nunca por no cruzarse con él, aunque no podían evitar desear que su madre lo echara de allí y solicitara el divorcio.

En lugar de eso, fue Amy Thomas la que se marchó. Unos meses después de la muerte de su padre, Amy salió en un viaje inexplicable para Nueva York y se evaporó sin dejar rastro. Cuando al día siguiente no llamó por teléfono para hablar con ellas, Hayley y Leigh supieron enseguida que le había sucedido algo.

El mozo del aparcamiento de su hotel dijo que le habían preparado el coche a la mañana siguiente a la de su llegada muy temprano, pero nadie volvió a verlos ni al coche ni a ella. Aunque había dejado el equipaje en el hotel, sus hijas sabían que nunca iría a buscarlo.

El recuerdo deprimente de aquella época acompañó a Hayley hasta la puerta de la cocina, cubierta por otra verja de hierro forjado y cerrada con llave.

Hayley tocó el timbre temblando de rabia, pero no oyó nada en el interior.

¿Dónde estaban la señora Walsh y Kathy? Las habitaciones del ama de llaves y de su hija estaban al lado de la cocina y casi nunca salían por la noche.

Hayley retrocedió un paso y examinó la casa a la luz del crepúsculo. Todas las ventanas de la planta baja lucían las mismas verjas. Su rabia se mezcló con miedo. ¿Qué ocurría allí? ¿Se preparaba Marcus para un asedio?

Se volvió hacia el garaje, que en otro tiempo había sido un establo. Quizá allí encontrara algo. Estaba a mitad de camino cuando una luz entre los árboles atrajo su atención. ¿Era un fuego?

Dejó en el suelo su maleta pequeña y echó a correr, pero frenó un poco al darse cuenta de que el resplandor se hacía más brillante, pero no más grande. El viento transportaba el ruido de un golpeteo extraño y Hayley optó por avanzar con cautela. Al llegar a un claro, se detuvo.

El Heartskeep primitivo había sido construido en el siglo XIX. A comienzos del siglo XX, un fuego había destruido la casa principal y la mansión actual se elevaba en su lugar. Algunos de los graneros y edificios

exteriores eran todavía los originales y entre ellos había una fragua vieja que ella no recordaba que se hubiera usado nunca... hasta entonces.

La puerta estaba abierta. El resplandor procedía de una forja grande situada detrás del edificio. Un hombre se inclinaba sobre el calor intenso del fuego, alimentado por un tanque enorme de propano. Su rostro estaba de perfil y el brillo del fuego endurecía sus rasgos. Su pelo se rizaba alrededor del cuello y se veía espeso y oscuro en los bordes, donde estaba mojado. Una capa de sudor le cubría los brazos y le pegaba al cuerpo la camiseta blanca y sin mangas. Un pantalón vaquero ajustado completaba su atuendo. Era un hombre grande, alto y musculoso. Con el tipo de músculos que da el trabajo físico más que el gimnasio.

Un guante grueso cubría una de sus manos, que sostenía una especie de correa. Sacó un cilindro estrecho de metal del fuego y lo colocó sobre un yunque. Levantó con la mano desnuda un martillo enorme que parecía pesar mucho y el movimiento hizo que flexionara el tatuaje del antebrazo. Hayley lo observó golpear el metal, retorcerlo y darle forma con mucha habilidad.

Aquel desconocido y su trabajo tenían algo que resultaba muy sensual, aunque, al mismo tiempo, él parecía casi siniestro en su entrega al trabajo, como si estuviera allí encadenado por el fuego y su trabajo, golpeando a algún demonio interior que sólo él podía ver.

Hayley se acercó más, atraída por la fuerza rítmica de sus golpes y admirada por la belleza que creaban. Él puso de nuevo la barra en las llamas y ella siguió avanzando decidida a ver qué era lo que creaba con tanta intensidad.

Estaba segura de que no había hecho ningún ruido, pero él se volvió de pronto. La barra de metal al rojo vivo quedó a poca distancia del rostro de ella.

Hayley se quedó paralizada, incapaz de articular ningún sonido. Tenía la sensación de que la punta brillante le había marcado la carne.

—¿Quién demonios es usted? —gruñó él. Se apartó las gafas con el martillo y la observó. El calor perturbador de su mirada le pareció a ella más intenso que el del fuego, pero al menos sirvió para romper el hechizo que la mantenía muda.

Levantó la barbilla.

—Yo en su lugar no llamaría tan alegremente al demonio —repuso—. Ya parece que tenga aquí el fuego del infierno.

El hombre parpadeó sorprendido.

—Razón de más para salir corriendo, niña.

Hayley sintió un escalofrío en la columna. Su voz era tan profunda y suave como el terciopelo.

—Personalmente, prefiero el aeróbic a correr. Y hace muchos años que no soy una niña.

La boca de él se suavizó un instante en una mueca de regocijo, que se apresuró a ocultar.

—¿Sí? ¿Cuántos?

—Soy lo bastante mayor para saber que está usted allanando una propiedad privada —repuso ella.

—¿En serio?

—Ajá. ¿Quiere bajar sus armas o cree que va a necesitar un martillo y una barra para espantarme?

Él sonrió un instante, pero dejó el martillo e introdujo la barra en una tinaja grande de agua.

—Correré el riesgo —dijo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—No creo que sea usted la que debe hacer las preguntas. A mí me han contratado para estar aquí. ¿Y a usted?

Hayley sintió una ola de rabia.

—Marcus —lanzó una maldición.

—Me parece que conoce al dueño —comentó él.

—La dueña está ante usted.

Él empezó a quitarse el guante despacio, pero no antes de que ella tuviera la satisfacción de ver su sorpresa.

—Es usted un poco joven, ¿no cree?

—Parece fascinado por mi edad.

Él la miró con el rostro en la sombra, lo que le daba un aspecto oscuro y tétrico.

—Usted es fascinante —dijo con suavidad.

Hayley contuvo el aliento. Desconcertada, movió la cabeza como para despejarse.

—Mire, se hace tarde y he hecho un viaje largo. ¿Marcus está en casa?

—No tengo ni idea.

—Bien. ¿Y tiene una llave para abrir esa verja de hierro que ha colocado

en mi puerta trasera?

—Su puerta —comentó él. Colocó los pulgares en la cinturilla de los estrechos vaqueros.

—Sí, mi puerta. Me llamo Hayley Hart Thomas. Y desde hace dos semanas, Heartskeep nos pertenece a mi hermana y a mí.

Dos semanas atrás, su madre había sido declarada oficialmente muerta y no había ninguna otra persona viva que tuviera derechos legales para reclamar la propiedad.

El herrero la miró unos segundos en silencio. La oscuridad caía con rapidez.

Las oleadas de calor que emanaban del fuego parecían llenar la noche y tapar los sonidos normales.

—No hay llaves, señorita Thomas —dijo él al fin—. Tendrá que hablarlo con el señor Thomas.

—Oh, no se preocupe, pienso hacerlo —pensó con amargura que quizá tuviera que llamar a la policía después de todo—. Siento haberlo molestado.

Se volvió, pero después de dar dos pasos, se detuvo a mirar por encima del hombro.

—Y quiero recuperar mis leones.

Él enarcó las cejas.

—¿Se refiere a los leones de piedra que estaban en la entrada principal? El señor Thomas me dijo que los destruyera...

—¿Y lo hizo?

—No. Los llevé a mi taller.

Hayley respiró aliviada.

—¿Y dónde está eso?

—En las colinas, a una hora en coche de aquí hacia el noroeste. Dudo que haya oído hablar de él. Murett Township no aparece en los mapas.

Tenía razón. Ella no lo conocía.

—Quiero que vuelva a ponerlos donde estaban. Disculpe, tengo que hablar con mi padre. Buenas noches, señor...

—Myers. Bram Myers.

—Bien, señor Myers. Ha sido interesante hablar con usted. Tendrá que perdonarme porque me parece que voy a tener que hacer chocar mi coche contra una de sus puertas para entrar en mi casa.

Él la miró con regocijo.

—¿Por qué será que la creo muy capaz de hacerlo?

—Porque su intuición es muy buena.

—Pruebe la puerta delantera —sugirió él—. Aún no he terminado el diseño de esa verja.

Hayley vaciló.

—Lo haré. Y yo en su lugar no perdería más tiempo en seguir creando verjas o barrotes para Heartskeep.

Echó a andar hacia la casa. No se atrevía a mirar atrás. Bram Myers la desconcertaba mucho. Era el hombre más sexy que había visto nunca y le parecía una lástima tener que despedirlo a la mañana siguiente.

Se acercó con cautela a la puerta frontal, donde ni siquiera tuvo que hacer uso de su llave, ya que se abrió al empujarla, revelando un interior cavernoso que distaba de resultar invitador. Hayley tendió la mano hacia el interruptor más cercano y lo apretó, pero no sucedió nada.

En el vestíbulo había un candelabro grande y, aunque podía haber alguna bombilla fundida, no iban a estarlo todas. Estaba claro que no había luz y la casa producía una sensación de abandono. ¿Dónde estaba todo el mundo?

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Su voz resonó en el vacío.

Enfrente de ella se elevaba la gran escalinata que conducía al segundo piso.

Más allá había una sala de estar. A la derecha de Hayley se encontraba la biblioteca y a la izquierda el salón que su abuelo había convertido en sala de espera para las pacientes de Marcus.

Hayley miró con sorpresa la puerta abierta de ese salón, ya que Marcus solía tenerla siempre cerrada con llave excepto cuando trabajaba.

A pesar de su sorpresa, se sintió atraída hacia allí. Dejó la maleta y entró con nerviosismo. Las ventanas de su izquierda estaban tapadas con gruesos cortinones, por lo que no había ni rastro de luz en la sala de estar.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Creó oír un sonido procedente del interior. El sentido común le decía que debía alejarse y el miedo la invitaba a correr, pero se dijo que no era ninguna niña, estaba en su casa y no tenía nada que temer.

—¿Hola?

Se apartó un mechón largo de pelo que se había soltado de la coleta y entró en la estancia oscura.

—¿Hay alguien aquí?

No obtuvo respuesta, pero sí oyó un sonido que le produjo escalofríos de miedo. Era imposible señalar la fuente del ruido, pero percibía que había alguien cerca. Alguien que no quería dar a conocer su presencia.

Hayley avanzó con cautela y su pierna chocó con un objeto duro. Sus dedos

identificaron el mostrador de recepción mientras sus ojos luchaban por penetrar

la oscuridad. Una corriente de aire le rozó la piel y sintió más que vio un movimiento en el pozo de negrura que era ahora la puerta que conducía antes al salón de baile y daba ahora al pasillo que había hecho su abuelo al convertir un trozo del salón de baile en cuarto de baño, laboratorio y consulta para Marcus. El estrecho pasillo terminaba en una oficina.

Hayley contuvo el aliento. Estaba segura de que alguien la observaba en silencio desde las sombras. La sensación de peligro no dejó de crecer hasta que se volvió hacia el vestíbulo.

Y chocó con una figura alta y grande.

Lanzó un grito. Unas manos la sujetaron por los hombros. A pesar de que el miedo le dejaba la boca seca, dio instintivamente una patada en la pantorrilla de la figura y se vio recompensada con un gruñido de dolor. Su atacante la soltó.

—Tranquila, ¿vale? No le haré daño.

Hayley reconoció la voz. Él encendió una linterna y ella quedó cegada por el rayo de luz hasta que Bram Myers lo apartó de su cara.

—Si la he asustado, lo siento —dijo.

—¿Asustado? —el corazón le golpeaba en el pecho como si hubiera corrido dos kilómetros—. Por poco me da un infarto.

—Eso habría sido una verdadera lástima. Y un gran problema.

—¿Qué hace aquí?

—Quería asegurarme de que no había entrado en la casa con el coche.

—Muy gracioso —Hayley no podía dejar de temblar. Había sido un día duro y él estaba muy cerca.

—¿Qué le ha pasado a la luz?

—No hay —dijo ella.

—Ya me he dado cuenta —iluminó el vestíbulo vacío con la linterna—. ¿Se encuentra bien? Está temblando.

—Claro que estoy temblando. Me ha dado un susto de muerte.

—Tal y como ha salido de esa habitación, me parece que yo no soy lo único que la ha asustado.

Hayley se sonrojó e intentó fingir un aplomo que estaba lejos de sentir.

—Hay alguien ahí y no ha contestado a mi llamada.

Él se puso tenso.

—Espere aquí.

Antes de que pudiera detenerlo, Bram entró en la otra habitación. Hayley lo siguió de cerca, aliviada en secreto por su presencia. La linterna llevó vida a la estancia oscura. Las cortinas eran de damasco grueso y pesado. Delante de ellas había una hilera de sillas vacías.

—Muy acogedor. Espero que piense llamar a un decorador —comentó él.

—Muy gracioso.

El rayo de luz iluminó el mostrador de recepción y las puertas dobles y pesadas que llevaban a la guarida de Marcus. Estaban cerradas, pero a Hayley se le encogió el estómago.

—Hace un segundo una de esas puertas estaba abierta —susurró.

Bram la miró y se acercó a probar el picaporte.

—¿Está segura?

—Sí.

Él movió el picaporte.

—Ahora está cerrada. ¿Quiere que la abra de una patada?

Hayley quería aceptar la oferta, pero no se decidió, aunque estaba segura de que un momento antes había alguien en el umbral.

—Puedo hacerlo —insistió él—, ¿pero seguro que no ha sido fruto de su imaginación? Sería muy comprensible. Sin luz, esta habitación está tan oscura como el interior de un ataúd.

Para reforzar sus palabras, apagó la linterna y los dejó a oscuras. Hayley reprimió un respingo. Bram siguió hablando.

—Yo estoy muy cerca y no puedo ver las puertas, y mucho menos saber si están abiertas o cerradas. Si se equivoca, sería una pena romperlas. Ya no se hacen puertas interiores de madera de cerezo como éstas.

¿Estaba antes la puerta abierta o podía haber sido su imaginación? Después de todo, estaba cansada del viaje y nerviosa por lo que había encontrado allí. Y Marcus se pondría furioso si estropeaba algo.

¿Pero por qué la preocupaba eso? Después de todo, aquélla era su casa.

Pero aun así, vacilaba. ¿No podía haberse equivocado?

—¿Qué le ha pasado a la electricidad? —preguntó Bram, que volvió a encender la linterna.

—No lo sé —ella maldijo el temblor de su voz, pero no podía controlar los escalofríos que recorrían su cuerpo—. ¿No lo siente? —susurró, sin poder evitarlo.

—¿Sentir qué? —preguntó él.

Hayley movió la cabeza.

—No importa. La casa parece... vacía.

—Acaba de decir que había alguien aquí.

—Olvídelo —avergonzada, se volvió hacia el vestíbulo.

—Mire, no sé lo que pasa, pero creo que deberíamos intentar arreglar la luz.

¿Sabe dónde está la caja de fusibles?

La joven asintió con la cabeza.

—Hay una en la cocina, dentro de la despensa.

—¿Me muestra el camino?

Se acercó a poca distancia de ella, que se sintió pequeña y frágil a su lado.

—No comprendo lo que ocurre aquí —murmuró—. ¿Dónde están todos? ¿La señora Walsh? ¿Kathy? Tiene que haber alguien aquí. La puerta estaba abierta.

—¿Abierta? —preguntó él, sorprendido.

—Sí.

—Está bien, tranquilícese —musitó él—. ¿Siempre es tan nerviosa?

—Sólo desde que... —desde que había recibido una carta del abogado pidiéndole que fuera a casa para tratar un problema. Pero no podía decirle eso a un desconocido—. Desde que he llegado aquí y lo he encontrado todo cambiado.

—Entiendo que eso la ponga nerviosa. Me temo que yo no he hablado con nadie en un par de días. Duermo en el viejo granero cerca de la forja y no conozco a las personas que ha mencionado. Desde que llegué aquí, sólo he hablado con sus padres.

—Mi padre y su esposa —corrigió ella. Se apartó porque la proximidad de él la desconcertaba—. La cocina está por aquí.

Bram iluminó el pasillo ante ellos y ella apresuró el paso.

—¿La esperaba su padre? —preguntó él.

—No lo he llamado para decirle que venía, si se refiere a eso.

Bram no contestó. Si le extrañaba su relación con Marcus, no dijo nada.

La cocina estaba oscura y en silencio. Hayley apretó el interruptor de la luz sin ningún resultado.

—La despensa está ahí —señaló una puerta cerrada.

Curiosamente, de niña nunca había encontrado tétricos tantos paneles de madera pesada. En su infancia la casa había sido un refugio cálido y reconfortante, pero la sensación había desaparecido, igual que su madre y su abuelo.

Bram abrió la puerta de la despensa y entró.

—Es grande —comentó.

Hayley no contestó. La casa era enorme. Las habitaciones, las alacenas, todo

en ella era grande. Lo observó estudiar el panel de la electricidad un momento y subir uno de los fusibles. No sucedió nada.

—Debe haber un fallo en la línea —dijo.

—Eso ocurre cuando hay tormenta, pero esta noche no la hay —señaló ella.

—No —asintió él—, pero quizá un coche ha tirado un poste o algo así. Tal vez

por eso se han ido todos. Este lugar no resulta muy agradable sin luz. ¿Tiene otro sitio donde pasar la noche?

Heartskeep, situado sobre el río Hudson, al noreste de Saragota Springs, se hallaba a bastante distancia de su vecino más próximo y del pueblo de Stony Ridge. Podía llamar a algunos vecinos, pero no le gustaba la idea de molestar a personas a las que hacía años que no veía.

—No, pero tampoco me voy a congelar porque no haya luz. Puedo encender velas.

—¿Piensa quedarse aquí sola? No creo que sea buena idea. ¿Y si hay alguien

más por aquí?

—Prefiero no pensar en eso —Hayley sintió miedo en la boca del estómago.

Él tenía razón; además, estaba bastante segura de que no había imaginado la presencia de alguien en el salón.

—¿Ha comido?

Hayley miró a Bram sobresaltada.

—¿Qué?

—Yo aún no he cenado y tengo un bistec bastante grande para los dos. La invito a compartirlo.

—¿Usted cocina? —preguntó ella.

A él le brillaron los ojos.

—¿Quiere comprobarlo?

—Pero no hay electricidad.

—Yo tengo una forja caliente.

—¿Cocina en la forja?

A él le brillaron los dientes en una sonrisa. Hayley sintió un cosquilleo de emoción; tenía el presentimiento de que las sonrisas no eran algo habitual en aquel hombre. Y la que arrugaba su rostro en aquel momento era tan seductora como él mismo.

—Tengo una bombona pequeña de propano y un camping gas. ¿Tiene hambre?

Los frutos secos que había comido en el viaje desde Boston le parecieron de pronto menos alimenticios que unas horas atrás.

—Sí, creo que sí. Si no le importa alumbrar con la linterna, yo puedo poner el vino —él alumbró la hilera de vinos—. Yo no entiendo mucho —confesó ella—.

¿Quiere elegirlo usted?

Él tendió un brazo musculoso y Hayley miró fascinada el tatuaje que tenía en la parte de arriba mientras él agarraba una botella sin vacilar.

—¿Eso es un dragón? —preguntó.

—Sí. ¿Sacacorchos? —tomó uno y, de camino a la puerta, tomó también la maleta pequeña que había dejado ella en la entrada—. Por si acaso —comentó.

—¿Por si acaso qué? —preguntó la joven, nerviosa.

—Por si es cierto que hay alguien por aquí.

—Ah.

Salieron al exterior y ella introdujo su llave en la cerradura.

—Por lo menos no la han cambiado —murmuró—. ¿Cree que debería llamar a la policía?

—Depende de usted. Es su casa, señorita Thomas.

—Llámeme Hayley.

Él inclinó la cabeza.

—Bonito nombre.

—Gracias —repuso ella, desconcertada de nuevo.

—Uno de los problemas de llamar a la policía es que se necesitará más de un agente para registrar una casa de este tamaño. Y para cuando el agente que conteste consiga enviar refuerzos, quienquiera que haya dentro se habrá marchado ya.

—Cierto —asintió ella, que no estaba segura de que respondería la policía si la llamaban—. Pero si hay alguien dentro, puede hacer mucho daño y robar artículos muy valiosos.

La adrenalina empezaba a desaparecer y ella a calmarse. Ya no le parecía tan buena idea seguir a aquel hombre por entre los árboles.

—Como quiera —musitó él—. Puede quedarse aquí, si lo prefiere, pero yo me voy a cenar.

La joven lo siguió por el porche y la alfombra gruesa de hierba. Miró atrás por encima del hombro con nerviosismo y un movimiento atrajo su atención. Estaba casi segura de que se había movido una cortina en una de las ventanas del salón.

Capítulo 2

—¿Sigues pensando que ha visto a alguien en la ventana antes de irnos?
—preguntó Bram.

Vio que el rostro de Hayley se ponía tenso. Enderezó los hombros en la silla plegable que ocupaba y lo miró a los ojos.

—Sí.

Bram pensaba más bien que la visión se debía a que la casa la asustaba, cosa que no tenía nada de extraño ya que a él le ocurría lo mismo. Heartskeep no era una estructura a la que le hubiera gustado llamar su hogar.

—Está muy oscuro. Seguramente habrás visto una luz reflejándose en la ventana.

—¿Qué luz?

En eso tenía razón.

—¿La de mi linterna? —la mirada de ella indicaba claramente lo que pensaba de esa sugerencia—. Tenías que haberme dejado volver a mirar.

—No, tú tenías razón. La casa es muy grande para registrarla sin luces. Podría pasarte algo.

—¿Eso crees? —Bram la vio encogerse de hombros y tomó un sorbo de vino.

Ella miraba nerviosa alrededor del claro. En una noche sin luna, el lugar parecía diseñado especialmente para poner nervioso a cualquiera. La única luz procedía del camping gas y de las velas perfumadas que él había colocado para espantar a los mosquitos.

Sospechaba que no eran esos los bichos que asustaban a Hayley. Estaba sola con un hombre al que no conocía, rodeada de árboles, y si gritaba pidiendo ayuda, no acudiría nadie. Sólo una tonta se habría sentido cómoda en una situación así, pero tenía que admitir que ella lidiaba bien con su miedo.

Sintió una punzada de deseo y se apresuró a reprimirla. Su reacción le sorprendía. Ella era atractiva, sí, con un cuerpo bajito y seductor, pero él llevaba tiempo esforzándose por resultar inmune a la figura de cualquier

mujer.

Tal vez ése era el problema. Excepto porque no lo atraía tanto su figura como sus ojos de paloma. A pesar de su aparente osadía, Hayley poseía una sensualidad extrañamente inocente.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, con más brusquedad de la que había sido su intención.

—Lo cierto es que sí. No sabía que tenía tanta hambre hasta que he empezado a comer. Gracias.

—De nada. Ha sido un placer.

Hayley había terminado su parte de comida y tomaba ahora su segundo vaso de vino con sorbos delicados. No parecía haber notado que él no había tocado su vaso. Bram buscaba algo que decir cuando sintió la mirada de ella en su pecho, donde se detuvo el tiempo suficiente para causarle un calor inesperado en el vientre.

—Una mirada así puede traerte muchos problemas —dijo con suavidad.

Ella lo miró a los ojos y él estuvo seguro de que se había ruborizado.

—Perdona. Estaba buscando la capa y el traje con la S de Superman.

Él sonrió.

—Lo siento. En mi guardarropa no hay trajes de superhéroes.

—Lástima.

—Pero puedo volver contigo a la casa y echar un vistazo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Aunque ese dragón de tu brazo parece muy fiero, dudo que lance llamas auténticas y no quisiera que descubrieras por mi culpa que esa piel tan dura que tienes no es a prueba de balas.

Por tercera vez aquella noche, Bram sintió ganas de sonreír. Ella sabía pillarlo por sorpresa con su sentido del humor.

—Lo que debería haber hecho era llamar a la policía en cuanto he visto la verja —dijo ella.

—No sabía que mi trabajo fuera tan malo, pero, eh, por mí no te prives.

Ella lo miró por entre las pestañas.

—No me refería a eso. Tu arte es hermoso y lo sabes. Además, no los he llamado. Y me imagino la reacción de Marcus si volviera a casa y se encontrara a la policía registrándola otra vez.

—¿Otra vez? —era evidente que su padre y ella no estaban muy unidos.

Hayley ignoró la pregunta.

—La persona que había dentro se habrá marchado ya.

—En ese caso, no me pasará nada por echar un vistazo, aunque mi piel no sea a prueba de balas.

—No es necesario.

Bram no sabía por qué lo irritaba tanto su negativa. Se levantó con brusquedad y buscó una bolsa para la basura.

Hayley se puso también en pie con nerviosismo.

—Se hace tarde —le dijo—. Tengo que irme.

Le pasó el plato de papel y sus dedos se rozaron. Bram sintió el contacto hasta esa parte de su anatomía que la presencia de ella había devuelto a la vida.

Hayley se quedó inmóvil. Abrió mucho sus grandes ojos azules, como si ella también sintiera la descarga, y apartó la mano tan deprisa que el plato cayó al suelo. Lo miró consternada.

—Perdona —musitó.

Se apartó un mechón de pelo de la mejilla, claramente nerviosa, y él siguió con los ojos el movimiento de su mano. La piel de ella era suave y tan tentadora como su fascinante cabello. Levantó el plato y lo apretó con fuerza para reprimir el deseo de tocarla.

¿En qué narices estaba pensando? Ella era una niña asustada. Además, él no quería líos con mujeres.

—Siéntate y termina el vino —ordenó con brusquedad—. Ya me ocupo yo de la limpieza.

Ella retrocedió un paso con expresión dolida.

—Ya he bebido bastante. Tengo que volver a la casa. Seguro que Marcus y su esposa han llegado ya.

—No te gusta mucho tu madrastra, ¿eh? —preguntó él.

Hayley levantó la barbilla.

—Aunque no es de tu incumbencia, has de saber que su matrimonio con Eden me deja indiferente.

Bram no la creía, pero ella tenía razón.

—Tienes razón; no es de mi incumbencia.

—Perdona. Eso ha sido una grosería. Eden puede ser... difícil.

—Imagino que no es fácil tener una madrastra.

—Oh, ella siempre ha sido así. Fue enfermera de Marcus durante años.

—No sabía que tu padre estaba enfermo.

—No lo está. Era médico y ella trabajaba para él.

Bram enarcó las cejas.

—¿Era?

—Creo que ya no practica; la verdad es que no tenemos una relación muy fluida y no sé lo que hace. Y no se puede decir que esté deseando verlo —se encogió de hombros—. Él no sabía que venía yo.

Bram frunció el ceño. Había muchas cosas que empezaban a preocuparlo.

—¿Y tú heredaste Heartskeep de tu madre?

—De mi abuelo. Este terreno ha pertenecido a nuestra familia desde la Guerra

Civil.

—Impresionante, pero confuso. Si era de tu abuelo materno, ¿por qué está tu padre al cargo?

—No lo está, sólo cree que lo está —ella movió la cabeza—. Es una larga historia.

—No tengo prisa.

Vio que ella se encogía de hombros y respiró hondo. No se marchaba todavía.

—Según la tradición familiar, la propiedad ha pasado siempre al primogénito.

Mi madre era hija única, pero a mi abuelo no le gustaba Marcus, así que nombró heredera a la primogénita de mi madre.

—¿Tú?

—Sí. Como mi hermana y yo éramos menores de edad entonces, mi abuelo dejó dicho en el testamento que no heredaríamos hasta que cumpliéramos los veinticinco años.

—¿No suelen ser los veintiuno?

—Es lo que quiera el testador —ella se encogió de hombros—. Mi abuelo padecía del corazón. Sabía que si le ocurría algo antes de que pudiéramos defendernos solas, Marcus podía crearnos problemas.

Se encogió de hombros una vez más y Bram no pudo evitar contemplar cómo subían y bajaban sus pechos con la respiración. Cuando vio que ella se había dado cuenta, se volvió y se concentró en recoger los restos de la cena.

—¿Cómo empezaste a trabajar el hierro? —preguntó ella.

—Mi padre y mi hermano eran herreros. Yo pasaba mucho tiempo en la

fragua de niño.

Como aquello le recordaba la enfermedad de su padre, Bram se apresuró a cambiar de tema.

—¿Cómo te ganas tú la vida?

—Ayudo a comprar arte para una galería de Boston.

—Impresionante —comentó él.

—Te burlas de mí.

—No.

Ella hundió los hombros.

—Tengo dos licenciaturas, en Bellas Artes y en Empresariales. Marcus y Eden

creen que estoy desaprovechando mi educación, pero estoy aprendiendo el negocio. Un día abriré una galería propia.

—Eso no está mal. ¿Eres artista también?

—No.

—Ha sido un no muy rotundo. ¿También te han dicho eso Marcus y Eden?

Hayley se echó a reír.

—No, mis profesores de arte. Intentaron ser amables, pero yo era un desastre.

Una de ellas sugirió que el único lienzo apropiado a mi talento era el exterior de un edificio.

—Lo siento.

Ella sonrió.

—Tenía razón. Tengo buen ojo para el color y el dibujo y puedo oler una obra de arte a un kilómetro de distancia, pero como creadora soy terrible. ¿Tú has diseñado personalmente la verja de la entrada?

—Sí.

—Eso sí es arte.

—No lo creo; sólo es una verja.

—Es arte —repitió ella, convencida.

—Te recuerdo que antes querías estrellar un coche contra esa obra de arte.

—Estaba furiosa —repuso ella.

—Lo sé. Oye, odio cambiar de tema, ¿pero qué piensas hacer esta noche si tu

padre no ha vuelto aún?

—No lo he pensado. ¿Dónde duermes tú?

El cuerpo de él se tensó de deseo.

—Aquí fuera. Puedes venir si quieres, pero sólo tengo un saco de dormir.

La joven abrió mucho los ojos, sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias, pero tengo una cama muy cómoda dentro de mi casa.

—Sin electricidad y con la compañía de un posible intruso —señaló él.

—No tienes que preocuparte; seguro que ya ha llegado alguien. Marcus se acuesta en cuanto se pone el sol. Ya es muy tarde para sus costumbres.

La frialdad de su voz cada vez que hablaba de su padre no dejaba de sorprender a Bram.

—Quizá se haya ido fuera unos días —comentó—. Has dicho que no sabía que venías.

—Marcus casi nunca abandona Heartskeep y sus preciosas rosas. Y no quiero

que te preocupes por mí. Yo me crié en esa casa y puedo cerrar con llave la puerta de mi cuarto.

Sus palabras eran valientes, pero Bram veía los pequeños temblores que intentaba ocultar. La idea le gustaba menos de lo que quería dar a entender. Y a pesar de su determinación de no mezclarse, él no estaba dispuesto a dejarle cometer ninguna estupidez.

—Iré contigo a la casa —declaró—. Me sentiré mejor si echo un vistazo.

—No es necesario.

—Puede que no, pero tampoco veo que tú lleves traje de Superman.

Tomó la pequeña maleta de ella sin esperar respuesta y echó a andar entre los

árboles.

Hayley tuvo que correr casi para mantener el paso de él.

Aquel hombre era una dicotomía que no podía ignorar. Desde luego, no parecía causarle esfuerzo ignorarla... excepto en el breve momento en que se habían tocado sus manos, pero también parecía preocuparse por ella, que, por su parte, no podía negar ni su atracción por él ni el alivio que le producía su presencia a medida que se acercaban más a la casa. Bram podía ser un extraño, pero le daba sensación de seguridad. Miró la ventana donde creía haber visto antes a alguien. No le gustaba tener miedo, pero no podía evitarlo.

Abrió la puerta, entró con valentía en el vestíbulo principal y apretó el interruptor de la luz. Para alivio suyo, la electricidad había vuelto, aunque como todo lo demás de por allí, que necesitaba urgentemente reparaciones, el

candelabro tenía varias bombillas fundidas, cosa que contribuía a la atmósfera tenebrosa del lugar.

Hayley llamó en voz alta, pero no obtuvo respuesta.

—No puedes quedarte aquí —declaró Bram. Sus ojos se posaron en el gran piano del rincón, en la escalinata que llevaba al segundo piso y en la gran sala de estar de más allá de la escalera.

Hayley movió la cabeza.

—No me dejaré expulsar de mi casa. Aunque, si te gusta un cambio de aires,

puedes pasar la noche aquí conmigo.

Al instante siguiente se hubiera mordido la lengua. Bram la miraba en silencio

y ella sabía bien lo que pensaba.

—No quería decir conmigo —corrigió—. Quería decir en una cama. Hay muchas habitaciones libres, puedes elegir. He pensado que te gustaría no tener que dormir en el suelo y, ya que te preocupa que me quede aquí sola...

Sabía que tartamudeaba como una cría en su primera cita. Si hubiera tenido un ápice de cerebro, se habría metido en su coche y se habría marchado. ¿Qué hacía allí invitando a un desconocido a pasar la noche con ella?

—A tu padre no le gustaría —repuso él.

Hayley enderezó los hombros.

—¿Y qué? Soy una adulta, no una niña. Y esta casa es mía, no suya.

—Es posible, pero a mí me contrató él —dijo Bram con suavidad.

Hayley vaciló. ¿Debía quedarse o irse? Miró a su alrededor con nerviosismo.

No recordaba haber visto nunca Heartskeep vacío. Cuando no estaban su madre o su abuelo, siempre estaban Kathy o la señora Walsh. ¿Dónde se hallaban ahora? El ama de llaves y su hija eran prácticamente miembros de la familia.

El timbre de un teléfono rompió el silencio. Hayley se sobresaltó y sonrió débilmente a Bram, aliviada por aquel sonido familiar.

—Disculpa un momento.

Corrió a la biblioteca, abrió una de las pesadas puertas de madera, encendió la luz y comprobó con alivio que la estancia estaba tal y como ella la recordaba. El resto de la casa podía parecer fría y extraña, pero de aquella

habitación tenía sólo recuerdos entrañables.

Se lanzó a por el teléfono, temerosa de que dejara de sonar antes de que contestara. Notó entonces que Bram la había seguido y estaba al lado de la puerta.

—¿Diga?

Alguien respiró con fuerza al otro lado.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

Hayley reconoció inmediatamente el tono nasal de Eden.

—Soy Hayley.

—¿Qué haces ahí?

—¡Caray, Eden! Hasta donde yo sé, ésta es mi casa.

Eden había trabajado como enfermera de su padre desde antes del nacimiento de Hayley y, aunque nunca se había mostrado especialmente amigable, tampoco había sido hostil hasta la desaparición de su madre.

—Pásame a la señora Norwhich —exigió.

—¿A quién?

—A la nueva ama de llaves.

—¿Dónde están la señora Walsh y Kathy?

Eden carraspeó.

—Se marcharon. ¿Está ahí la señora Norwhich, sí o no?

—¿Cuándo se marcharon? ¿Adónde fueron?

—No tengo tiempo para esto, Hayley. Pásame a la señora Norwhich.

Hayley procuró reprimir su rabia.

—Hasta donde yo sé, aquí no hay nadie aparte de mí.

—¿Dónde está tu hermana?

—Leigh sigue en Inglaterra.

—¿Ha vuelto la luz?

—Sí.

—Bien, Marcus se ha acostado ya y no pienso despertarlo. Me ha costado mucho convencerlo de que nos quedáramos esta noche en la posada. Es imposible saber cuánto tiempo durará la electricidad esta vez. Hay problemas con un transformador o algo así y nos hemos venido aquí porque la posada tiene generadores propios. Te aseguro que todo esto ha sido muy molesto. Es posible que Odette también haya decidido quedarse en el pueblo.

—¿Quién es Odette?

—La señora Norwhich —explicó Eden con brusquedad—. Tu padre y yo

volveremos después de desayunar.

—¡Espera! ¿No hay nadie durmiendo en la casa?

—No. Es una pesadez, pero de momento la señora Kerstairs sólo viene a limpiar por el día. Aunque esta semana no ha hecho gran cosa. No se puede trabajar sin luz.

Hayley miró el polvo que cubría la mesa y pensó que la señora Kerstairs llevaba mucho más de una semana sin hacer nada, pero no dijo nada.

—Oh. Está también ese hombre al que contrató Marcus para colocar las verjas

nuevas. No recuerdo su nombre, pero acampa cerca del viejo granero.

—Sí, ya he conocido al señor Myers.

Eden lanzó un gruñido de desaprobación.

—Si no quieres quedarte ahí sola esta noche, tendrás que buscar un motel en la autopista. La posada está completa. Este problema con la electricidad ha echado de sus casas a muchos vecinos. Si vuelve la señora Norwhich, dile que no desayunaremos allí. Le diré a tu padre que has vuelto.

Colgó el teléfono.

—Hazlo —musitó Hayley. Dejó el auricular en su sitio con rabia y miró a Bram, que la observaba en silencio desde la puerta.

—¿Va todo bien? —preguntó él.

—Marcus y Eden han ido a pasar la noche a la posada del pueblo porque la electricidad viene y se va.

Bram frunció el ceño.

—¿Tú te irás con ellos?

Hayley no pudo reprimir un estremecimiento.

—No.

—Tengo el presentimiento de que debo alegrarme de no ser uno de los pacientes de tu padre.

Hayley sonrió débilmente.

—Habrías pasado a la historia de la medicina. Es ginecólogo.

Bram sonrió también.

—En ese caso, me alegro de no ser uno de sus pacientes. Vuelve conmigo a guardar algunas cosas para la noche y luego elegimos un dormitorio.

La invitación sonaba deliberadamente provocadora y ella se sonrojó y se preguntó cómo sería besarlo.

La pregunta la atormentó durante el regreso por el bosque. Mientras lo

observaba inspeccionar la forja y guardar herramientas, pensó que él lo hacía todo con una deliberación desconcertante. ¿Haría igual el amor?

Pero no debía pensar así. Sus hormonas llevaban toda la noche alteradas.

Cuando Bram reunió algunas cosas y un cambio de ropa, volvieron de nuevo a la casa. Hayley se detuvo de pronto. Las luces que habían dejado encendidas un momento atrás estaban apagadas de nuevo.

—¿Otra avería?

Bram observó la casa.

—Espera aquí; voy a ver.

Ella lo siguió de cerca. Imaginaria o no, no podía reprimir la sensación de que

por allí cerca acechaba algo diabólico.

Bram iluminó el vestíbulo abierto con la linterna y ella miró la negrura que protegía la parte de arriba de las escaleras. Unos ojos invisibles parecían mirarlos. Cuando Bram le tocó el hombro, se sobresaltó.

—Mira, a mí esos dos sofás de la biblioteca me han parecido muy cómodos —

dijo—. ¿De verdad quieres ponerte a explorar ahora? Porque podemos darles una oportunidad esta noche.

Hayley respiró hondo.

—A riesgo de parecer una niña asustada, creo que es una idea magnífica. Al lado de la biblioteca hay un cuarto de baño que podemos usar.

No le dijo que más allá de ese baño había dos dormitorios de invitados. Podía compartir una habitación con dos sofás, pero no podía pedirle que compartieran un cuarto con una cama.

—Mamá siempre tenía velas en la chimenea de la biblioteca —le dijo—. Y también podemos hacer fuego si necesitamos más luz.

—Hace mucho calor para eso —repuso él.

Hayley asintió. Con ayuda de la linterna, encontraron varias velas gruesas cuadradas y las colocaron en la mesita de café que había entre los dos sofás. En uno de los armarios de la pared encontró mantas de ganchillo de su abuela y, aunque hacía calor, le resultó consolador cubrirse con aquella tela familiar en una casa que tan extraña le resultaba.

Sabía que no podría dormir. Para empezar, era demasiado consciente del cuerpo de Bram, que había usado la manta de ganchillo a modo de almohada.

Cuando lo vio cerrar los ojos, observó su rostro y empezó a relajarse. La

luz de la vela suavizaba sus rasgos duros y era en realidad un hombre muy atractivo.

Cerró los ojos; su trabajo de los últimos tiempos y su llegada allí habían resultado más estresantes de lo que imaginaba. Cuando se permitió relajarse, la imagen de Bram se fue debilitando en su mente para dar paso al agotamiento.

Unas voces susurrantes la sacaron lentamente del sueño. La habitación estaba a oscuras. Tardó un minuto en comprender lo que ocurría. Las velas se habían extinguido y se preguntó si los susurros habrían formado parte de un sueño.

Ahora no se oía nada. Tardó unos minutos en darse cuenta de que el otro sofá estaba vacío.

Bram no estaba.

Se sentó y rozó una vela con la mano; la cera estaba todavía caliente.

Seguramente la había apagado Bram. ¿Por qué?

Oyó de nuevo los susurros. En el despacho de su abuelo, al lado de la biblioteca, había alguien. Se levantó sin hacer ruido, pero no pudo entender las palabras. Ni siquiera sabía si eran voces de hombre o de mujer. Se acercó en silencio a la puerta abierta del despacho; estaba segura de que antes había estado cerrada.

El despacho estaba casi tan oscuro como el resto de la casa. Las cortinas allí

eran más finas, pero en una noche sin luna, tampoco dejaban pasar luz. Los susurros cesaron bruscamente.

Sintió deseos de llamar a Bram, pero se contuvo. Sabía instintivamente que era mejor que los que hablaban no supieran que estaba despierta. Si Bram había apagado las velas, era porque no quería que viera con quién hablaba. Un mal presentimiento le oprimió el pecho.

Se golpeó un dedo del pie en el borde del escritorio de su abuelo y se mordió

el labio inferior para no gritar.

¿La habían oído?

Contuvo la respiración. Aquel silencio resultaba más perturbador que los susurros de antes. La sensación de peligro se hizo tan aguda que deseó echar a correr. El corazón le latía con tal fuerza que estaba segura de que debía oírse desde el pasillo.

Sabían que estaba allí.

Buscó con la mano el borde del escritorio para usarlo de guía. Cuando sus dedos no lo encontraron, se dijo que debía conservar la calma. Ella conocía la casa, sólo tenía que volverse y andar en línea recta. La puerta de la biblioteca estaba justo delante de ella.

Y en ella había una forma grande y oscura.

Capítulo 3

—¿Qué rayos haces merodeando así por la casa? —preguntó Bram, tomándola por los hombros.

El alivio de Hayley no tardó en dar paso a la furia. Le golpeó el pecho, pero se sobresaltó al sentir piel desnuda y firme bajo los dedos. Él la soltó al instante.

—¡Deja de acercarte así, no me gusta nada! —exclamó ella.

—Te estaba buscando. ¿Por qué has apagado las velas? Este sitio es una tumba.

—Yo no he apagado las velas, has sido tú —repuso ella.

—No es cierto.

—Entonces se habrán apagado solas —se burló Hayley—. ¿Con quién hablabas?

Captó la cautela repentina de él, pero no podía verle la cara.

—Yo no hablaba con nadie —dijo Bram—. Debías estar soñando. He ido al cuarto de baño.

—No me digas eso. Yo te he oído.

—No sé lo que te ha parecido oír, pero no era yo.

Hayley sintió carne de gallina en los brazos. Empezaron a castañetearle los dientes, pero se dio cuenta de que lo creía.

—En ese caso, no estamos solos. He oído a dos personas susurrando. Y yo no he soplado las velas.

Bram murmuró un juramento.

—Vámonos. Necesito mi linterna.

—¿Por qué no la tienes tú?

—Porque antes la busqué con la mano, se cayó de la mesa y no quería despertarte buscándola. Para ir al baño no la necesitaba, pero no sabía que íbamos a estar merodeando así en la oscuridad. Ven, ayúdame a buscarla.

Bram tendió la mano, tomó la de ella y la guió sin vacilar hacia el interior de la biblioteca.

Su contacto resultaba tan reconfortante que ella casi lamentó que la soltara.

—Creo que ha rodado debajo de la mesa —dijo él.

Hayley se dejó caer de rodillas al lado de la mesa y él hizo lo mismo al otro lado. Sus manos recorrieron un espacio de alfombra vacío, pero no tardó en oír un grito de alegría de él.

—La tengo.

Un rayo de luz más débil que antes iluminó la estancia, creando sombras tétricas en las paredes.

—Supongo que no tendrás pilas nuevas —musitó él.

—Puede que haya en la cocina.

Bram dejó la linterna en la mesa y encendió las velas.

—Espera aquí mientras voy a echar un vistazo.

—¡No! Aquí hay alguien. ¿Y si están armados?

—No creo que eso sea muy probable.

Su tono de escepticismo molestó a Hayley.

—No me crees.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas. Se te nota en la voz.

—Hayley...

—Había dos voces —dijo ella con firmeza—. Una era tuya, ¿verdad? ¿Por qué me mientes? ¿Con quién estabas?

—Cálmate.

Hayley le apuntó con un dedo.

—¡No me digas que me calme! Quiero saber lo que pasa aquí.

Bram le apartó la mano y tomó su camisa, que había dejado en el respaldo del

sofá.

—No sé lo que pasa, pero tengo intención de averiguarlo —repuso. Se puso la

camisa.

—He oído voces —insistió ella.

Bram se pasó una mano por la barbilla, donde asomaba una barba oscura.

—¿Alguna vez has tenido un sueño que sabías que era un sueño pero no podías despertarte? —preguntó—. ¿Y luego, al despertar, el sueño te ha acompañado como una niebla y ha hecho que te sintieras desorientada?

—¡No lo he soñado! —insistió ella—. Y si ha sido un sueño, ¿cómo

explicas

que se hayan apagado las velas? ¿Crees que las he soplado en mi sueño?
Bram la miró con solemnidad.

—Cuando he salido al baño, estaban encendidas. Cuando he vuelto, ya no. Te he oído moverte en la otra habitación y he ido a investigar.

Hayley se estremeció. ¿Podía haber soñado los susurros?

Un ruido apagado procedente del pasillo hizo que le diera un vuelco el corazón. Bram salió de la habitación como una flecha y enseguida se oyeron ruidos de lucha. Hayley tomó la linterna y corrió tras él. El débil rayo iluminó dos figuras abrazadas cerca de la puerta principal.

—¿Jacob?

Bram sujetaba al más joven contra la pared. El dragón de su brazo apretaba la

garganta de Jacob y parecía a punto de echar fuego.

—¿Lo conoces? —preguntó con suavidad.

—Es el hijo de Eden. Suéltalo.

Bram lo miró con dureza antes de apartarse, aunque con aire de reanudar el ataque a la menor provocación. Jacob se frotó la garganta y tragó saliva.

—¿Hayley? —preguntó—. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es este hombre?

Hayley bajó la linterna para que el rayo de luz no le diera en los ojos.

—Jacob Voxx, te presento a Bram Myers. Lo contrató Marcus.

—¿Para qué? ¿Como perro de presa?

—Bram es el artista que ha creado e instalado las verjas de la casa.

—¿Sí? Ya he visto la verja. ¿Qué tenían de malo los leones?

Hayley suspiró.

—¿Qué hace aquí a estas hora de la noche? —preguntó Bram con suspicacia.

—Vivo aquí. O por lo menos, vive mi madre —Jacob miró a Hayley—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué le ha pasado a la luz?

La joven se lo explicó lo mejor que supo.

—¿No lo esperaban? —preguntó Bram.

—Ah, no. Quería darles una sorpresa —Jacob miró a Hayley—.

¿Sorpresa?

—Oh, Jacob, perdona. Es que nos has asustado. Pensamos que se esconde alguien en la casa.

—¿No me lo creo! —exclamó Jacob.

Miró a Bram en busca de confirmación.

—Hayley ha oído voces —dijo éste.

—¿Habéis llamado a la policía?

—No —repuso Hayley.

—Es una casa muy grande para registrarla en la oscuridad —añadió Bram, que no apartaba la vista del recién llegado.

—Bueno, sí, pero la policía tiene linternas potentes. Si hay alguien aquí, deberíamos llamarlos, ¿no?

—Depende de Hayley —repuso Bram.

Ella los miró a los dos de hito en hito.

—No tiene mucho sentido pedir ayuda a la policía y tú lo sabes, Jacob.

—Ah, mira, Hayley. Sé que no te gusta la policía de aquí, pero si hay intrusos tenemos que hacer algo.

—Y haremos algo —replicó ella con firmeza—. Volveremos a la biblioteca a

esperar que vuelva la luz o se haga de día, lo primero que ocurra. Con tanto jaleo, cualquier ladrón en su sano juicio se habrá largado ya.

Jacob miró a Bram, que se encogió de hombros.

—Ya ha oído a la dama.

Hayley se volvió rabiosa y regresó a la biblioteca. Se sentó en el sofá de mal humor hasta que llegó Bram y se acomodó a su lado, tan cerca que sus piernas se rozaban. Una acción tan retardora como la mirada que dirigía a Jacob.

Éste los miraba confuso.

—¿Os conocéis?

—No mucho.

—Sí —contestó Bram al mismo tiempo—. Estábamos pasando una velada de

lo más agradable cuando empezaron a ocurrir cosas.

—Oh —Jacob no parecía saber qué pensar—. ¿Dónde está tu hermana?

Hayley intentó cambiar de posición, pero se encontró atrapada entre el bazo del sofá y el cuerpo duro de Bram.

—Está en Inglaterra con unos amigos —repuso.

—Ah, sí, creo que me lo dijo mamá. Un viaje antes de empezar su nuevo trabajo, ¿verdad? —Jacob se sentó en el sofá de enfrente y bostezó. Parecía cansado y preocupado al mismo tiempo—. ¡Qué suerte! Oye, ¿has visto ya

a las nuevas empleadas de mamá?

—No —Hayley intentó empujar a Bram, que no se movió ni un milímetro—. —

¿Qué ha sido de la señora Walsh y de Kathy?

—Ni idea. Hace mucho tiempo que se fueron. Pensaba que lo sabías.

—Me he enterado hace un par de horas, cuando he hablado con tu madre por teléfono. Me ha dicho que habían tenido una oferta mejor.

Jacob se encogió de hombros.

—A mí me dijo que se marcharon cuando Leigh y tú dejasteis de venir por aquí. Desde entonces ha tenido problemas para encontrar sirvientes que vivan aquí. Creo que ésta es la quinta o sexta ama de llaves que contrata. La señora Norwhich tiene un cuerpo como el de Bram. Es un poco más vieja y le falta el tatuaje, pero muy fuerte. Un poco rara, pero menos que la asistenta. A lo mejor eran ellas las que has oído.

Hayley negó con la cabeza.

—No lo creo. Tu madre creía que la señora Norwhich se quedaba esta noche

en el pueblo. Además, si hubiera llegado a casa y encontrado a una extraña dormida en el sofá, ¿no me habría despertado?

—Supongo que sí.

—A lo mejor lo ha intentado —intervino Bram—. Tienes un sueño muy pesado. Cuando yo me he levantado, no te has movido.

Sus palabras implicaban una intimidad que no existía y que Hayley no quería dar a entender. Jacob bostezó aparatosamente.

—Lo siento, llevo horas en la carretera por culpa de un accidente múltiple.

Creo que estoy muy cansado para preocuparme de ladrones o amas de llave raras. Por lo que a mí respecta, pueden hacer lo que quieran siempre que me dejen dormir. ¿Os importa que vaya a acostarme arriba?

—Quédate en ese sofá —repuso Bram con firmeza—. Hayley prefiere que sigamos juntos.

—Pero aquí sólo hay dos sofás.

—A nosotros no nos importa compartir éste, ¿verdad, Hayley?

La joven iba a protestar, pero la mirada de advertencia de Bram la hizo vacilar.

Sí quería que siguieran juntos. Jacob no debía irse solo hasta que supieran lo que sucedía allí. Aunque ellos no la creyeran, ella sabía que había gente en

la casa.

—Adelante, tumbate ahí. Yo ya no estoy cansada y Bram se va a quedar sentado y a contarme todos los detalles fascinantes de su vida, entre ellos cómo se hizo ese tatuaje, ¿verdad? —preguntó con fingida dulzura.

Bram se echó hacia atrás en el sofá.

—Yo no aburriría a nadie con la historia de mi vida, pero seguro que podemos

encontrar algo más interesante de lo que hablar —repuso—. Podemos empezar

por las cosas que tenemos en común. No temas, Jacob. Hablaremos en voz baja.

—Ah, está bien —Jacob los miró perplejo y se tumbó en el sofá.

Bram lo miró a su vez. Su llegada había sido demasiado oportuna para ser coincidencia. Si de verdad había oído Hayley a gente dentro de la casa, era probable que él fuera uno de ellos.

Hayley se movió con nerviosismo, pero Bram ignoró su esfuerzo por colocarse mejor. Disfrutaba de la sensación de su cuerpo apretado contra el de él.

Y si había más incidentes esa noche, quería estar seguro de que tendrían que pasar por él para llegar hasta ella.

—Cuéntame más cosas del lugar donde trabajas —le pidió.

—Prefiero que hablemos de ti.

—Me siento halagado.

—No te sientas. Es por hablar de algo. ¿Cuándo te hiciste ese dragón?

—¿Estás pensando hacerte uno?

—Estás imposible.

—Son muchos años de práctica —asintió él.

—¿Es un gran secreto? ¿Un tatuaje de una banda o algo así?

—Tienes una opinión interesante de mí. Si tanto te interesa, me desperté después de una borrachera y estaba ahí.

Sabía que sonaba cortante, pero odiaba pensar en aquel periodo de su vida. Y no porque pudiera recordar mucho de él, ni siquiera cómo y dónde se había hecho el tatuaje; bebía mucho en aquellos días.

—Oh.

Ella pasó un dedo por un ala del dragón y Bram, que sintió el contacto en todos los nervios de su cuerpo, intentó buscar un tema de conversación más

seguro, por lo que le habló de su trabajo hasta que ella asintió, apoyó la cabeza en su hombro y se quedó dormida.

Bram aprovechó para tocarle el pelo largo, que le caía sobre el pecho. Y descubrió que era tan suave como había imaginado.

Jacob roncaba levemente en el sofá de enfrente. Bram tapó a Hayley con la manta de ganchillo y la acomodó mejor contra él. Ella no sólo no protestó, sino que se dejó hacer y él sintió una presión en el pecho. Había olvidado lo estupendo que podía ser abrazar simplemente a una mujer. Y aunque no le gustaba la sensación protectora que sentía crecer en su interior, no sabía cómo suprimirla. Pero no podía permitirse que ella le importara demasiado. Eso podía acabar en un sufrimiento que no tenía deseos de repetir.

La rodeó con un brazo y apoyó la mejilla en su cabeza. Era joven. Y él no debía olvidar que era demasiado viejo y tenía demasiadas cicatrices para el tipo de pensamientos que intentaba no tener sobre ella.

Su padre le había dicho que nunca sería libre hasta que afrontara los fantasmas que atormentaban su alma. Y no pudo evitar pensar que quizá había llegado al fin el momento.

Cuando Hayley despertó, bailaban partículas de polvo entre los rayos que llenaban la habitación. Estaba tumbada en el sofá, cubierta con la manta familiar, y ya no sentía vacía la casa, aunque la biblioteca lo estaba.

Miró a su alrededor y vio que su maleta pequeña tampoco estaba allí. Alguien debía haberla subido a su habitación.

Lo primero que notó fue que la puerta del antiguo salón seguía abierta.

Necesitaba ir al baño, pero no pudo evitar sentirse atraída hacia allí. A pesar de la luz del día, la atmósfera de la habitación seguía resultando deprimente.

—¿Buscas algo?

La voz de Bram la hizo volverse. El corazón le dio un vuelco al verlo. A la luz del día, sus ojos marrones parecían capaces de leer los pensamientos más íntimos de ella.

Se había puesto vaqueros y camiseta limpios y se había afeitado. A pesar de las líneas finas que tenía en torno a la boca y los ojos, parecía más joven que la noche anterior. Su pelo estaba húmedo todavía, como si acabara de ducharse, y en conjunto era un hombre muy sexy.

—Ah, quería ver esta habitación con luz —dijo ella.

Entró en la estancia, donde una hilera de sillas elegantes acumulaban

polvo debajo de las ventanas cubiertas de cortinas pesadas que se alineaban a lo largo de la pared. El mostrador de recepción parecía fuera de lugar en una habitación así, pero servía para cortar el acceso a las puertas dobles que en otro tiempo llevaban al salón de baile y ahora a la consulta de Marcus.

—A Hitchcock le habría encantado este sitio —murmuró Bram a sus espaldas.

Hayley no tenía nada que objetar. Había algo raro en aquella habitación. Se acercó a mover el picaporte, pero las puertas estaban cerradas. Sintió un frío inexplicable.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—No lo sé. ¿Buscar pruebas de que anoche no imaginaba cosas?

Bram le tocó el hombro.

—¿Tú crees que estabas imaginándolas?

—No.

Bram asintió.

—He llevado arriba tu maleta.

—¿Sí?

—La señora Norwhich me ha dicho cuál es tu habitación.

Lo que implicaba que había visto su habitación, decorada todavía con los pósters de su época del instituto.

—¿Has conocido a la señora Norwhich?

—Ajá. Ha llegado sobre las seis y no ha parecido sorprenderle mucho encontrar gente aquí. Me ha dicho que podía ducharme y me ha ofrecido prepararme el desayuno.

—¿Y cómo sabía cuál es mi habitación? Yo no la he visto nunca.

—Ni idea.

—¿Dónde está Jacob?

—Ha salido, después de insinuarle a la señora Norwhich que debía contar la plata —sonrió él—. Me parece que no le caigo muy bien.

—La primera impresión no pudo ser muy buena —le recordó ella—. Creo que voy a subir a ducharme.

—He puesto ropa limpia en su habitación —anunció una voz ronca desde el umbral.

Hayley se volvió y miró a la mujer alta de edad mediana vestida con pantalones anchos y camisa estampada. Tenía un cuerpo huesudo y el pelo, mezcla de rubio y plateado, iba sujeto en un moño en la parte alta de la

cabeza.

Su rostro, largo y huesudo, parecía hundido y con el ceño permanentemente fruncido. Sostenía un plumero en una mano y a sus pies había un cubo con artículos de limpieza.

—Se supone que aquí no entra nadie. O eso me dijeron. Me dijeron que no entrara en el salón delantero.

—Señora Norwhich —musitó Hayley, confusa.

Los ojos de la mujer se endurecieron.

—Ella está en la cocina —se volvió y se alejó por el pasillo con la espalda muy tiesa.

—Ahora sé por qué dijo Jacob que la asistente era rara —murmuró Bram.

—Se mueve como un fantasma.

—Y lo parece —asintió él—. Es puro esqueleto. ¿Quieres que te acompañe arriba?

—Recuerdo el camino.

De pronto él se acercó mucho, y ella no estaba preparada para las emociones que su proximidad le producía.

—Entonces será mejor que me vaya a trabajar —dijo él.

—Gracias por lo de anoche.

Bram bajó la cabeza y le levantó la barbilla.

—De nada.

La besó en la punta de la nariz, la soltó y salió por la puerta sin mirar atrás.

Hayley apenas pudo subir las escaleras hasta su cuarto. Le temblaban las piernas y el corazón le latía como si acabara de correr un maratón.

Se duchó con rapidez y bajó a la cocina, donde conoció al fin a la señora Norwhich, una mujer grande de pocas palabras, que pronunciaba con desdén, sobre todo cuando Hayley rechazó el desayuno que le ofrecía en favor de un café y una tostada.

Eden llegó cuando llevaba la taza y el plato al lavavajillas y no se molestó en

perder el tiempo con saludos.

—Bien. Tenemos luz. Tenemos que instalar un generador propio, esta situación es intolerable. Queremos la cena a las siete, señora Norwhich. ¿Ha llegado Paula?

—La señora Kerstairs está haciendo los dormitorios.

—Quiero que esta mañana haga la sala. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte, Hayley?

La joven se esforzó por mostrarse agradable.

—Indefinidamente, Eden. ¿Dónde está Marcus?

Su madrastra apretó tanto los labios que desaparecieron en su rostro.

—En el jardín —escupió al fin—. Pero no te sorprendas si te dice algo raro.

—¿A qué te refieres?

—Le han diagnosticado que está en las primeras fases de una demencia senil.

—¿Qué?

Eden se volvió y salió de la habitación sin añadir nada más. La señora Norwhich gruñó y cambió la colocación de la taza de Hayley en el lavavajillas.

Hayley se acercó a la despensa y tomó una botella de agua mineral. Se había acostumbrado a llevar siempre agua encima, posiblemente lo único que tenía en común con Marcus.

—Hay botellas frías en la nevera —la informó el ama de llaves.

—Gracias.

—No sé qué tiene de malo el agua del grifo —murmuró la mujer—. Si es lo bastante buena para cocinar, tiene que ser lo bastante buena para beberla.

Hayley cambió la botella por otra fría y se acercó a la puerta lateral que daba a los jardines.

Era muy propio de Eden dejar caer una bomba y luego alejarse. ¿Cómo podía estar Marcus en los primeros estadios de demencia? Sólo estaba en la década de los sesenta. Hayley tenía muchas preguntas, pero sabía que no encontraría fácilmente respuestas en Eden, así que tendría que valorar la situación por sí misma.

Se acercó a la entrada del tercer laberinto. Su madre y su abuelo habían trabajado mucho para crear tres laberintos distintos llenos de jardines de flores alegres y setos recortados con distintas formas. Ellos habían mantenido siempre los setos a la altura de la cintura, pero Marcus los había dejado crecer de modo que ahora ocultaban a una persona de tamaño mediano. Pasear entre ellos no sería fácil, puesto que las figuras de otro tiempo resultaban ya irreconocibles por el excesivo crecimiento de los setos.

En el pasado, los jardines siempre le habían producido una sensación de

paz.

Leigh solía jurar que podía sentir la presencia de su madre allí. Pero ahora no causaban solaz a Hayley. La muerte de su abuelo había sido dura, pero la desaparición de su madre no sabía si la superaría alguna vez. En su vida no habría paz hasta que descubriera lo que le había ocurrido a Amy Thomas.

No vio el charco que había en el sendero hasta que se metió en él. Sacudió la deportiva mojada, irritada consigo misma por su falta de atención.

Evidentemente, esa mañana habían funcionado los aspersores, y ahora que se fijaba mejor, veía gotas de agua en las hojas y los pétalos.

El sistema de riego también le recordaba a su madre, ya que lo habían instalado el día en que Andy Thomas desapareció y era el último regalo que había dado a su precioso jardín. A Hayley la enfurecía que Marcus hubiera descuidado tanto aquello. Todo era un desastre excepto las rosas. Los lechos de flores que no contenían rosas necesitaban desesperadamente una limpieza de malas hierbas. Las enredaderas empezaban incluso a cubrir algunos de los bancos instalados en los claros.

Hayley no sabía de dónde procedía el interés de Marcus por las rosas, como no sabía tampoco por qué se habían casado sus padres ya que siempre los había conocido llevando vidas completamente separadas y compartiendo sólo la casa y algunas funciones sociales.

La religión de su madre no aceptaba el divorcio, pero ellos no se habían casado por la iglesia, por lo que la joven sospechaba que la decisión de su madre de seguir casada se debía más al hecho de que no rompía nunca una palabra dada.

El murmullo de una voz de hombre la sacó de sus pensamientos. Dobló un recodo en el camino y se detuvo de pronto. Marcus estaba de rodillas podando un rosal cubierto de rosas rojas brillantes. No había nadie más a la vista.

—Tus rosas están bien, Amy. No hay ni una mancha negra por ninguna parte.

Supongo que estarás contenta.

Acarició la tierra con una mano enguantada y Hayley se escondió y tragó saliva. ¿Era posible que hubiera estado equivocada con él todos esos años?

¿Cabía la posibilidad de que Marcus añorara a su madre, o su comportamiento se debía a la demencia senil que había mencionado Eden?

Hayley estaba muy afectada. Aquel Marcus no se parecía apenas al hombre adusto que siempre había conocido. Había perdido mucho peso, tenía el pelo

más blanco que castaño y parecía muy débil arrodillado en la tierra.

Su aspecto y sus palabras le habían quitado las ganas de enfrentarse a él.

Siguió un sendero lateral que llevaba de vuelta a la casa y a la fuente de piedra que habían instalado a la vez que el sistema de riego.

Siete años atrás, Hayley y Leigh estaban tan seguras de que Marcus había matado a su madre que habían convencido al jefe de policía de que retirara la fuente nueva para buscar su cuerpo. Marcus había observado el procedimiento en silencio. Cuando la policía no encontró nada, ordenó al paisajista que volviera a instalar la fuente y se alejó. Después de aquel día, apenas dirigió ya la palabra a sus hijas.

—Te ofrecería un penique por tus pensamientos, pero, a juzgar por tu expresión, no sé si quiero oírlos.

Hayley levantó la cabeza sobresaltada y vio a Bram que se acercaba a ella.

—¿Te ocurre algo? —preguntó él.

—¿Qué haces aquí?

—Iba a colocar una verja en una ventana cuando te he visto —suspiró—. Hace calor.

Hayley asintió y bebió un trago de la botella de agua que llevaba.

—¿Quieres compartirla? —preguntó él.

A Hayley se le aceleró el pulso.

—Ya he bebido de la botella.

—Tengo suficiente sed para arriesgarme a unos cuantos gérmenes.

En su tono no había nada sensual, pero Hayley sintió una punzada de deseo y le acercó la botella. Sus dedos se encontraron, lo que le provocó un cosquilleo eléctrico.

—Gracias —Bram bebió despacio, sin prisa. Hayley no podía apartar la vista de su garganta—. No deberías mirar así a un hombre —dijo él con suavidad.

—¿Así cómo? —susurró ella.

—Ya sabes a lo que me refiero. Soy muy mayor para juegos, Hayley.

Le tendió la botella.

—¿Qué os creéis que estáis haciendo? —gruñó una voz familiar detrás de ellos.

Capítulo 4

La botella abierta cayó al suelo y el agua salpicó las piernas de la joven. Bram se colocó delante de ella. El instinto de protección que había sentido la noche anterior volvió con fuerza al oír la voz del hombre que lo había contratado.

—Yo no te pago para tontear en el jardín.

—Señor Thomas —saludó él con una calma que no sentía.

Hayley intentó apartarlo. Como no pudo, salió de detrás de él.

—Le he dado agua —dijo a su padre—. Hace calor.

—Le pago para trabajar, no para que se esté parado —insistió Marcus.

—Su trabajo ha terminado. Yo no quiero barrotes en las puertas y ventanas de Heartskeep.

Bram se puso tenso. Hayley afrontó la mirada fiera de su padre sin pestañear, pero la hostilidad entre ellos resultaba palpable. Los dos parecían haber olvidado su presencia.

—A mí no me interesa lo que tú quieras —comentó Marcus.

—No te ha interesado nunca, pero eso ya no importa. Heartskeep no es tuyo, es mío.

Marcus se adelantó con rabia y Bram le cortó el paso. Por un momento pensó que iba a pegarle, pero Marcus debió comprender que no podía nada contra él, ya que abrió los puños y miró con rabia a su hija.

—Tú no heredas nada hasta que cumplas veinticinco años el año que viene.

—Cierto. Pero tú dejaste de ser mi tutor legal cuando cumplí los dieciocho. El guardián de la propiedad es el abogado del abuelo y él respetará mis deseos.

—Eso ya lo veremos.

—Sí, lo veremos —declaró ella con firmeza.

Marcus miró a Bram con una mueca.

—Te la follas en tu tiempo libre, tenemos un contrato. Vuelve al trabajo.

Hayley sujeto a Bram por el brazo y sólo entonces se dio cuenta él de que había apretado los puños. Marcus retrocedió un paso, consciente sin duda de que había ido demasiado lejos.

Se volvió y echó a andar hacia la casa. Bram se obligó a relajar los músculos.

—¿Ese hombre es tu padre?

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —contestó Hayley, temblando visiblemente—.

Siento que te hayas visto atrapado en el fuego cruzado. Puede que Marcus sea mi padre biológico, pero su rol paternal terminó ahí.

Bram pensó en el vínculo estrecho que tenía con su padre y frunció el ceño.

—Es una lástima.

—No, no lo es. Por si no lo has notado, él no es una persona agradable. No es alguien con quien quiera más relación. Y mi hermana y yo nos criamos muy bien, gracias. Mi abuelo ocupó su lugar y nos dio todo el amor que podíamos desear.

Los ojos de ella se humedecieron un segundo. Suspiró.

—Lo siento mucho, pero tengo que pedirte que dejes de trabajar en la casa, aunque se te pagará el trabajo que ya has hecho.

Bram ya había visto venir aquello.

—No puedo hacer eso.

—Sí puedes.

—Yo tengo un contrato con tu padre.

—No es válido —declaró ella con decisión—. Marcus no tiene derecho a contratarte. Lo siento, pero estás despedido.

Bram maldijo en silencio. No dudaba de que la dueña de aquello era ella, pero

él necesitaba aquel trabajo.

—Tú no puedes despedirme, no me contrataste tú.

—¡Ésta es mi casa!

—Lo siento. Yo soy herrero, no abogado, y me contrataron para hacer un trabajo. He invertido mucho tiempo y dinero en este proyecto.

—Ya te he dicho que te pagaremos tu trabajo, pero Heartskeep me pertenece y Marcus no tiene derecho a profanar mi casa.

—¿Profanar? —repitió Bram, herido.

—¿Quieres ver la carta del abogado de mi madre? —preguntó ella.

Bram negó con la cabeza.

—Eso no anula el contrato que tengo con tu padre.

—¿Y qué lo anulará?

Bram no quería pelearse con ella.

—Hayley...

—Si necesitas una orden judicial para parar el trabajo, la conseguiré.

Se volvió y se alejó hacia la casa a paso rápido.

Bram lanzó un juramento. Al final, ganaría ella. Él no tenía tiempo ni dinero

para una batalla legal. Las facturas médicas de su padre crecían en proporción a su cáncer. Si sólo le iban a pagar el trabajo realizado, tendría que trabajar más deprisa para ganar todo lo posible antes de marcharse.

A menos que encontrara el modo de convencer a Hayley de que le dejara terminar.

Hayley se secó unas lágrimas de rabia y frustración. ¿Por qué tenía que ser tan testarudo? Para él aquello era sólo un trabajo, pero para ella era su herencia familiar.

No le importaba lo atractivo que fuera ni lo amable que se hubiera mostrado la noche anterior. No pensaría en eso. Y no volvería a llorar; estaba acostumbrada a lidiar con el estrés.

Entró en la cocina vacía y dio gracias en silencio por el aire acondicionado.

Tenía la boca tan seca que sentía la lengua espesa. Se acercó al frigorífico y se bebió una botella entera de agua.

El agua sació su sed, pero una fatiga creciente le impedía mantener los ojos abiertos. Ridículo, teniendo en cuenta que acababa de levantarse. Pero la noche anterior no había dormido mucho. Tal vez por eso se sentía tan débil emocionalmente.

Tomó otra botella de agua y decidió que no tenía sentido combatir el cansancio. Se tumbaría y luego buscaría el número del abogado y vería lo que tenía que hacer. Quizá había intentado ponerse en contacto con ella porque quería hablarle de la enfermedad de Marcus y la presencia de Bram.

Subió las escaleras de la parte de atrás, que Leigh y ella solían usar muy poco porque los escalones eran estrechos y llevaban a un rellano cerca del cuarto de

Marcus, pero no tenía fuerzas para llegar hasta la escalinata central.

Cuando llegó a su habitación, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Tendió la mano hacia la botella de agua cerrada para dejarla en la mesilla y la botella cayó sobre la alfombra con un golpe sordo. Después ya no oyó nada.

La voz de su madre, que la llamaba con un tono de urgencia, la sacó de su sueño. ¿Es que no veía que todavía estaba cansada? No quería abrir los ojos.

Pero la voz insistió hasta que Hayley abrió un ojo y miró el pie de la cama. Su cerebro confuso le dijo que la figura distorsionada que veía allí era un reflejo en el cristal del póster que colgaba de la pared. La figura se inclinaba sobre su maleta, que estaba en el suelo al lado de la cama.

¿Qué buscaba su madre?

Hayley quería volver la cabeza y preguntar, pero estaba muy cansada. Cerró los ojos y sólo consiguió emitir un gemido. Una tela cayó sobre su rostro y le cubrió la nariz y los ojos.

Se despertó en el acto, apartó la tela y rodó hacia el lado opuesto de la cama, intentando comprender lo que había ocurrido.

La habitación daba vueltas y sintió náuseas. Oyó que se cerraba la puerta de su cuarto.

¡Alguien había entrado en su habitación!

Cerró los ojos y volvió a abrirlos. La habitación dejó de dar vueltas y vio el contenido de su maleta esparcido por el suelo. La camiseta grande que usaba para dormir estaba arrugada en la cama. Alguien se la había tirado a la cara cuando empezaba a despertarse. Y ese alguien no era su madre. ¡Menos mal que había soñado que ésta la llamaba!

Se acercó tambaleante a la puerta. El pasillo estaba vacío.

El miedo empezaba a ser más fuerte que su confusión. Se agarró al marco de la puerta e intentó pensar. No sabía si había visto un hombre o una mujer. ¿Pero por qué quería nadie registrar sus pertenencias con ella en la habitación? No tenía sentido.

Miró hacia la cama y dio un respingo al ver el reloj de la mesilla. No podían ser las cuatro de la tarde. Si eso era cierto, había dormido casi todo el día.

Vio la camiseta arrugada y se acobardó. Tenía que contarle a alguien lo que acababa de ocurrir, pero no se decidía a llamar a la policía. Optó por el abogado.

Después de todo, su carta era la razón de que estuviera allí.

No recordaba su nombre y sentía un dolor sordo en la nuca. Le costaba

trabajo pensar, pero sabía que la carta del abogado estaba en su bolso.

¿Dónde estaba su bolso?

Recorrió la habitación con la vista. El bolso vaquero no estaba por ninguna parte. El ladrón había robado algo después de todo.

Corrió por el pasillo; un silencio tétrico parecía invadir la casa. ¿Dónde estaban todos?

Cuando se acercaba a la escalera principal, oyó voces apagadas. Una de ellas era de Eden. Se detuvo y se asomó por la barandilla. La mujer estaba al lado de la puerta principal y reñía a alguien. Hayley oyó una voz masculina. Era Bram.

—O baja o me deja pasar.

Hayley se volvió sorprendida al oír la voz nasal de Paula Kerstairs. Se agarró

a la barandilla para no caer. No había oído acercarse a la asistenta, que la miraba con algo parecido al odio.

—¿De dónde sale usted? —consiguió decir la joven.

La mujer señaló con la cabeza uno de los dormitorios; el cuarto había pertenecido a la madre de Hayley y tenía la puerta abierta.

—De limpiar —dijo—. Es mi trabajo.

—¿Ha entrado hace poco en mi cuarto?

—No —la asistenta hizo una mueca de desprecio—. Si ha ensuciado algo, tendrá que esperar. He terminado por hoy.

Paula Kerstairs, con su ropa amplia y su cubo, era la caricatura perfecta de una mujer de la limpieza. Una caricatura con muchos sitios donde esconder objetos pequeños. ¿Un bolso vaquero, por ejemplo?

Hayley hizo acopio de valor y le cortó el paso.

—Quiero echar un vistazo a su cubo —dijo.

Paula se lo tendió sin protestar. La joven miró en su interior, pero sólo contenía bayetas y productos de limpieza.

—¿Cree que estoy robando la plata familiar?

Hayley no le hizo caso; se negaba a dejarse intimidar por aquella persona desagradable.

—¿Ha visto a alguien más aquí arriba? —preguntó.

—Sólo a usted.

La apartó con brusquedad, tirándola casi al suelo en el proceso, y bajó las escaleras en silencio. Hayley iba a gritarle a Bram que la parara cuando se dio

cuenta de que Eden y él habían desaparecido. ¿Habrían visto lo que acababa de ocurrir?

Seguramente no, ya que Bram no se habría alejado de ser así. Bajó las escaleras detrás de Paula y captó un movimiento en dirección a la biblioteca. Le pareció ver a la señora Norwhich que se escondía detrás de las puertas dobles.

El corazón le latía con tanta fuerza que no podía pensar. Se agarró a la barandilla y procuró controlar su imaginación, que empezaba a bordear la paranoia.

Respiró hondo y se dijo que debía calmarse. Subiría a su coche e iría al pueblo a buscar al abogado. ¿Pero cómo se llamaba? ¿Por qué no conseguía recordar su nombre?

No importaba. No podía haber muchos abogados en Stony Ridge. Lo encontraría.

Excepto que las llaves del coche estaban en su bolso.

—Hola, Hayley.

Jacob se acercaba desde la cocina mordisqueando una manzana. Hayley lo miró aliviada. Se había olvidado de él. Su madre podía ser fría y desagradable, pero Jacob caía bien a todo el mundo.

—¿Has descansado? —preguntó él.

—No. Sí —ella movió la cabeza confusa.

—¿Sucede algo?

Hayley se acercó a él.

—Alguien ha entrado en mi cuarto mientras dormía —dijo—. Se han llevado mi bolso.

Jacob dejó de masticar.

—¿En serio? Yo he visto tu bolso en la biblioteca hace un rato. Está en el suelo, al lado del sofá. Te lo dejaste ahí anoche.

Hayley corrió a la biblioteca. Su bolso estaba justo donde él había dicho, bien a la vista. Pero ella lo había subido arriba esa mañana.

¿O no?

No conseguía recordarlo.

Tomó el bolso con manos temblorosas.

—¿Estás bien? —preguntó Jacob.

—No. Ya te he dicho que ha entrado alguien en mi cuarto —intentó controlar el pánico que se apoderaba de ella—. Estaban registrando mi

maleta.

—¿Quién?

Ella abrió el bolso.

—No lo sé. Sólo he visto un reflejo en el cristal del póster del final de mi cama. Me ha tirado una camiseta en la cara para que no pudiera ver.

Jacob arrugó la frente confuso.

—¿Una camiseta? ¿Seguro que no lo has soñado? Porque anoche estabas muy asustada, y no es que me extrañe, pero...

Las llaves, la cartera, el carné de conducir, las tarjetas de crédito, parecía estar todo menos...

—No está.

—¿Qué no está?

Hayley miró a Jacob.

—La carta del abogado.

Él movió la cabeza.

—¿Te han robado una carta? ¿Para qué iban a robarte una carta? — preguntó

con aire razonable—. ¿Tienes el dinero y las tarjetas de crédito?

—Sí. Sólo falta la carta.

—Eh, tranquila. ¿Estás segura de que la carta estaba en tu bolso?

—Claro que sí.

—Tranquila, Hayley. Hace un momento también pensabas que te habían robado el bolso. A lo mejor se ha caído la carta —Jacob se puso de rodillas y buscó debajo del sofá—. No. Aquí no está —se levantó y se sacudió los pantalones—. O se te pudo caer en el coche.

—¿Dónde está la señora Norwhich? Hace un minuto estaba aquí. Yo la he visto. Se la ha llevado ella.

Jacob la miró con dureza.

—Hayley, no sé lo que te pasa, pero la señora Norwhich está en la cocina.

Acabo de hablar con ella.

—Yo sé lo que he visto.

—Eh, cálmate. Estás histérica.

Tenía razón. Hayley luchó contra el miedo y apretó el bolso contra su pecho.

Estaba segura de haber visto al ama de llaves allí, pero eso no implicaba que hubiera robado la carta. Si el bolso llevaba allí todo el día, podía haberla

robado cualquiera. No podía entrar en la cocina como una fiera y acusar a la mujer.

—Yo no he soñado lo de mi cuarto —insistió.

—Está bien —repuso Jacob—. Vamos a echar un vistazo. Si te falta algo, llamaremos a la policía.

Hayley lo siguió escaleras arriba, abrazando todavía el bolso.

—¿Cómo va tu trabajo? —preguntó él.

—Jacob, no estoy estresada por mi trabajo —repuso ella, cortante.

Él abrió las manos en un gesto conciliador.

—Eh, sólo lo decía para charlar un poco. Estás más tensa que un muelle a punto de saltar.

Hayley sabía que tenía razón. Miró la habitación de la que había dicho Paula que había salido.

—Espera un momento.

Jacob la siguió hasta lo que ahora era un cuarto de invitados. Los muebles de madera de cerezo brillaban sin nada de polvo. No olía a productos de limpieza, pero la habitación estaba limpia y ordenada y el baño adyacente también.

—Paula ha dicho que estaba limpiando aquí —comentó.

—Pues parece que era cierto. ¿Quieres que pase el dedo por encima de la puerta?

Hayley apartó la vista, avergonzada.

—No comprendo lo que ocurre.

Jacob movió la cabeza y la siguió al pasillo.

—¡Jacob, la puerta está cerrada!

Él frunció el ceño.

—¿Y eso es malo?

—Yo la he dejado abierta, estoy segura. Hay alguien dentro.

Jacob pasó a su lado y abrió la puerta. Hayley lo siguió y se detuvo de golpe.

La maleta seguía en el suelo, pero cerrada. En el cuarto no había nada fuera de su sitio.

—¡Lo han guardado todo de nuevo! —sintió una acidez fuerte en el estómago—. No comprendo —susurró.

Jacob miró la habitación ordenada.

—¿Seguro que no lo has soñado todo?

—Claro que no.

¿Podía haber sido un sueño? La cabeza empezaba a dolerle tanto que le resultaba difícil pensar.

—Oye, no te enfades, ¿pero estás tomando algo? ¿Cuánto hace que...?

—Yo no he tomado drogas en mi vida —repuso ella con fiereza. Salió al pasillo.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A mirar mi coche —gritó ella sin volverse.

Bajó corriendo las escaleras y no se detuvo hasta que llegó a su coche, en la parte de atrás de la casa. De pronto le parecía muy importante encontrar la carta del abogado; quería algo concreto que sostener en la mano. Registró el coche con frenesí.

La carta no estaba allí.

Cerró la puerta y los ojos. ¿Había metido la carta en su bolso antes de salir de su apartamento? Recordaba haberla leído antes de marcharse. ¿Por qué, entonces, no conseguía recordar el nombre del abogado? ¿Qué le ocurría? ¿Por qué se sentía tan rara?

—¿Has perdido algo?

Abrió los ojos y vio a Bram muy cerca. Ataviado con pantalón de traje y una camiseta de cuello en V, estaba muy atractivo.

—La cabeza —repuso con sinceridad.

Él enarcó las cejas.

—¿Y eso te sucede a menudo?

Hayley respiró profundamente y asintió.

—Ahora sí.

Bram frunció el ceño.

—¿Quieres hablar de ello?

¿Quería? Jacob no la creía, y eso que la conocía. ¿Quería que Bram la mirara con lástima porque la creía loca? Porque así era como empezaba a sentirse.

—¿Has comido? —preguntó él.

—¿Qué?

—Voy a la posada a por una cena temprana. Puedes acompañarme, si quieres.

Tengo comprobado que los problemas se ven de otra manera con el estómago lleno.

Hayley no tenía hambre, pero aquello era una oportunidad de escapar, de salir de allí y pensar.

—Tengo que cambiarme.

Bram la miró de arriba abajo.

—A mí me parece que estás bien.

A ella le dio un vuelco el corazón, pero sabía que su pantalón corto y su camiseta estaban arrugados y que el pelo formaba una masa revuelta en torno a su rostro.

—Sólo será un minuto.

—No hay ninguna mujer que pueda cambiarse en un minuto.

Hayley notaba que empezaba a relajarse.

—¿De veras? Creo que voy a aceptar ese desafío.

Bram echó a andar a su lado.

—De todos modos iba a pasar por el porche; antes me he dejado ahí la cinta métrica. Debe de ser el calor, porque yo nunca pierdo mis herramientas.

Juntos dieron la vuelta al edificio.

—A mí también me ha afectado —comentó ella—. Esta tarde me he echado una siesta y ha entrado alguien en mi cuarto a registrar mis cosas.

Bram se paró en seco.

—¿Quién?

Su preocupación fue un buen bálsamo para la inseguridad de ella.

—No lo sé. Sólo he visto su reflejo en el cristal del póster enmarcado que hay a los pies de mi cama. Me ha lanzado una camiseta a la cara y se ha marchado.

—¿Te ha quitado algo?

—Creo que no. Pensaba que me había quitado el bolso, pero Jacob me ha dicho que estaba en la biblioteca —vaciló un momento, pero optó por contarle toda la historia—. Ya sé que parece una locura, pero mientras estaba abajo, han vuelto a entrar en mi cuarto y lo han puesto todo en orden para que pareciera que lo había soñado, pero no es así.

El rostro de Bram era inexpresivo.

—¿Y qué buscabas en el coche? —preguntó.

—La carta del abogado. Creía que la tenía en el bolso, pero no está.

—¿Es importante?

—No sé. No veo que pueda tener valor para nadie; me molesta porque no recuerdo su nombre y tenía que ir a hablar con él.

—Ya son más de las cinco —señaló él—. De todos modos no podrías llamarlo hoy.

Ella asintió y echó a andar de nuevo.

—Tiene un despacho en Stony Ridge y no creo que haya muchos despachos de abogados allí.

—Seguro que no —dijo él.

Cuando doblaron la esquina, Jacob se levantó de los escalones del porche.

—¿La has encontrado? —preguntó a Hayley.

Ésta negó con la cabeza.

—Supongo que la dejé en Boston —miró a Bram—. Entra. Sólo tardaré un minuto.

Jacob la miró con preocupación.

—¿Vas a alguna parte?

—Bram me ha invitado a cenar en la posada.

El aludido se acercó a recoger la cinta métrica, que estaba al lado de la puerta.

—Buena idea —dijo Jacob—. La cena de la señora Norwhich no huele muy bien. ¿Os importa tener compañía?

—Otro día —repuso Bram. Abrió la puerta y esperó a que Hayley pasara delante.

—Eso ha sido una grosería —le dijo ella en cuanto entraron en el vestíbulo.

—Lo sé. Pero a mí me enseñaron que tampoco es de buena educación autoinvitarse a algo.

Hayley decidió no seguir con el tema.

—¿Te importa subir conmigo?

Él la observó un momento.

—¿Te preocupa él o yo? —inquirió.

—Tú puedes cuidarte solo —repuso ella—. Pero yo no quiero subir sola y encontrarme más sorpresas.

En parte era cierto y además le daba igual lo que pensara. No tenía intención de dejarlo solo abajo para que se metiera en una confrontación con Jacob ni con ninguna otra persona.

Bram inclinó la cabeza sin comentar nada y la siguió por la escalera. Cuando llegaron a la habitación, miró la cama, el póster y la maleta pequeña.

—¿Seguro que no te falta nada aparte de esa carta?

—Nada que yo haya notado —abrió la maleta. La camiseta estaba encima de todo—. Yo no doblo así la ropa.

A Bram se le oscurecieron los ojos y ella soltó la camiseta con un estremecimiento.

—Voy a cambiarme.

Sacó un vestido verde sin mangas del armario, buscó unas sandalias a juego y entró en el baño. Renunció a la ducha que tanto anhelaba y se vistió con rapidez.

Mientras lo hacía, se le ocurrió pensar si Bram tendría una mujer en alguna parte y por eso combatía tanto aquella atracción mutua.

Se maquilló un poco y optó por dejarse suelto el pelo, que cepilló a conciencia. Se sentía todavía extrañamente confusa, le dolía la cabeza y tenía mucha sed. Bram tenía razón; necesitaba algo más que una tostada en el estómago.

Cuando salió a la habitación, él se levantó de la cama y la miró con aprobación.

—¿Preparada?

—Sí.

Él dejó algo en la mesilla.

—Estoy impresionado.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—Siete minutos —aclaró.

—La próxima vez me saltaré el maquillaje.

Bram sonrió y a ella le cosquilleó el cuerpo y olvidó todo lo demás. Aunque se empeñara en combatirla, la atracción mutua era innegable. Y una mujer lista podía descubrir muchas cosas sobre un hombre en el transcurso de una cena.

Capítulo 5

Bram había olvidado lo llena de encanto que podía resultar la posada. Su interior estaba lleno de paneles de madera rica y oscura que le daban un aspecto hogareño. Además, no sólo servían buena comida, sino que solía ser un sitio donde se reunía la élite de la zona.

Un vistazo a los precios le recordó por qué él prefería comprar en el supermercado y cocinar en su camping gas.

Su resolución de hablarle a Hayley de su trabajo vaciló en cuanto entraron y a ella empezaron a saludarla antiguos amigos y vecinos. Como era muy amable, no sólo le presentaba a todo el mundo, sino que además les elogiaba su trabajo con un entusiasmo que hubiera resultado embarazoso de no haber sospechado él que intentaba hacerse perdonar su despido.

No había parado mucho por Stony Ridge, así que no esperaba que lo reconocieran, aunque siempre existía la posibilidad de que alguien recordara su nombre y su relación con otra familia prominente de la zona.

A Hayley no parecía importarle que los vieran juntos y comentaran sobre ello, ni siquiera cuando una mujer mayor le preguntó directamente si había boda en el horizonte. Ella se limitó a sonreír y aclarar que eran sólo amigos.

Bram guardó silencio hasta que un hombre con un corte de pelo caro y ropa de diseño se acercó a su mesa. Miró a Bram con desprecio y dedicó toda su atención a Hayley. Cuando Bram vio que le tocaba el pelo, el hombro y un brazo, tuvo que resistir el impulso de enseñarle mejores modales.

—Bueno, ¿tenéis algo que anunciar? —preguntó el hombre, al que Hayley llamaba Sean.

Ignoró los intentos que hacía ella por apartarse, por lo que Bram decidió agarrarlo por la muñeca y retirarle la mano.

—Si Hayley y yo pensáramos anunciar nuestro compromiso, tendría que sacarte fuera y romperte todos los huesos —sonrió con frialdad—. Y si vuelves a tocarla, empezaré por la mano; sólo para ir practicando.

Ignoró el respingo de Hayley y soltó lentamente la muñeca de Sean, que

retrocedió y se la frotó con la otra mano.

—Tranquilo, tío. Hayley y yo somos historia antigua, ¿verdad, muñeca? No sabía que te gustaban los hombres neandertales.

—Vete, Sean —le dijo ella.

Como no se movió, Bram empezó a levantarse. Hayley le puso una mano en el hombro y Sean se retiró apresuradamente hacia su mesa y su acompañante, para entonces perceptiblemente molesta.

—¡No se te ocurra hacer una escena aquí! —siseó Hayley.

Bram inclinó la cabeza a un lado y se sentó de nuevo en la silla.

—Pensaba sacarlo fuera —comentó.

—Soy muy capaz de lidiar con la gente como él. Es un imbécil y siempre lo ha sido. Nadie le hace ningún caso.

Bram se recostó en su silla, extrañamente complacido.

—En ese caso, creo que debes sonreír. Por cómo nos mira la gente, creo que piensan que estamos discutiendo por tu antiguo novio.

Hayley miró a su alrededor rápidamente.

—Eres imposible —comentó.

—Ya lo sé. ¡Ay!

—Oh. ¿Eso era tu pierna? —preguntó ella con dulzura.

Bram reprimió una sonrisa.

—Es culpa mía. Creo que he chocado mi espinilla con tu zapato.

—¡Ojalá me hubiera puesto tacones de aguja! Te darás cuenta de que mañana sabrá todo el pueblo tu escenita con Sean.

Bram se encogió de hombros.

—A mí no me importa.

Hayley lo observó un momento en silencio.

—¿Estás casado?

—¡No!

Ella levantó las cejas.

—¡Vaya, qué tajante! No te interesa la felicidad conyugal, ¿eh?

—Eso no existe —repuso él.

—Ah, estás quemado. Quizá debería haber preguntado...

Bram respiró aliviado al ver a la pareja de edad mediana que se acercaba sonriente.

—¡Hayley! No sabíamos que estabas por aquí.

—Hola, señor y señora Walken; me alegro mucho de verlos. Llegué

anoche.

Quiero presentarles a Bram Myers. Está haciendo un trabajo para Marcus. Bram,

te presento a Emily y George Walken. Son amigos de la familia y nuestros vecinos más cercanos desde que nací.

Bram se levantó y tendió la mano. George Walken se la estrechó con firmeza

y lo miró a los ojos. A Bram le cayó bien al instante.

—Bram, ¿verdad? —preguntó Emily—. Un nombre extraño. ¿Viene de Abraham?

—Quizá en su origen sí, ahora es un nombre de familia.

—Entiendo. Lo vi una tarde trabajando en la verja de Heartskeep. ¿El diseño es suyo?

—Sí, señora.

—Estoy impresionada —declaró Emily.

—Es impresionante —asintió George—. Aunque tengo que admitir que echo de menos los viejos leones de piedra.

Hayley lanzó una mirada triunfante a Bram.

—Volverán —aseguró—. Bram los tiene en su taller. Los va a restaurar.

Bram no discutió aquella afirmación, pero la seguridad de ella le hizo sonreír.

A instancias de Emily, volvió a sentarse.

—No le haga caso a George —dijo ésta—. No le gustan los cambios. Pero a mí me gustaría hablar con usted de unos trabajos cuando termine en Heartskeep.

—Será un placer —le aseguró Bram.

La pareja charló unos minutos más y se alejó.

—Tendría que haber sabido que ocurriría esto —dijo Hayley—. Todo el mundo aparece por la posada antes o después.

—Son buena gente. Me gustan.

—A mí también. Siempre han sido muy amables con Leigh y conmigo. Y conocen a todo el mundo. El padre del señor Walken y mi abuelo eran muy buenos amigos además de vecinos y George intimó mucho también con mi abuelo cuando murió su padre. Emily no podía tener hijos, así que han acogido a

muchos chicos con problemas a lo largo de los años.

—Son buenas personas. ¿Crees que ha dicho en serio lo de que trabaje para ellos?

—Seguro que sí.

Bram no fue consciente del momento exacto en que cubrió la mano de ella con la suya; simplemente se dio cuenta de que lo había hecho. La piel de ella era muy suave y le costó mucho reprimir el impulso de acariciarla con el pulgar. Sus miradas se encontraron y en la de ella vio que también lo deseaba. Le soltó la mano y apartó la vista.

—Bram, tenemos que hablar.

No, lo que necesitaban era salir de allí antes de que hiciera alguna locura como besarla.

Hayley terminó su vaso de vino y al instante llegó el camarero con la tarta y el café.

—¿Por qué discutías antes con Eden? —preguntó ella, cuando se quedaron solos de nuevo.

Bram la miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Os he visto cuando iba a bajar las escaleras.

Él miró a su alrededor para ver si los oía alguien. No parecía que fuera así.

—Me han dejado una nota en el parabrisas de la camioneta de que querían verme en la casa. Cuando he llegado, Eden me ha dicho que, como obrero contratado, no debía olvidar cuál era mi lugar y tenía que alejarme de ti.

Hayley respiró con fuerza, ultrajada.

—¿Te ha dicho eso?

También lo había advertido contra cualquier aspiración que pudiera tener de casarse con una heredera en potencia, pero Bram decidió que sería más prudente no mencionar esa parte, ni el hecho de que, al parecer, Eden había elegido a su hijo Jacob para ese papel.

Curiosamente, ese último hecho lo molestaba mucho más que la advertencia.

Lo cierto era que no le gustaba Jacob. Le disgustaba instintivamente desde la primera vez que lo vio.

—Míralo desde su punto de vista, Hayley —dijo con calma—. Sé que no te gusta, pero como madrastra tuya, querrá protegerte. Yo soy un obrero contratado y además un extraño.

—¿Protegerme? —los ojos azules de ella brillaban de furia—. A Eden yo no le importo nada. Pero me pregunto...

—¿Qué?

—Si habrá sido ella la que ha registrado mi maleta. ¿Cuánto tiempo llevaba en el vestíbulo contigo?

Bram movió la cabeza. Sabía que a ella no le iba a gustar lo que tenía que decirle.

—Mientras te cambiabas en el cuarto de baño, me he tumbado en la cama y he intentado ver un reflejo de tu cuarto en el cristal que cubre ese póster.

Hayley se enderezó en la silla.

—¿Y?

Bram hizo una mueca.

—Puede que no fuera el punto correcto o que el sol tuviera que entrar desde otro ángulo, pero...

—¿O puede que la pobre Hayley estuviera alucinando? —preguntó ella.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

—¿Por qué no? Las he sacado de tus pensamientos.

Bram lanzó un juramento.

Hayley se inclinó hacia él y el escote de su vestido bajó peligrosamente; seguramente, mucho más de lo que ella sospechaba. Bram la miró a los ojos, que brillaban más que sus pendientes de cristal.

—Ya has decidido que Jacob tenía razón, ¿verdad? La pobre Hayley lo ha soñado todo.

—Yo no he dicho eso —aunque sí había sido ésa su conclusión.

—Sí lo has dicho —repuso ella, rabiosa—. Pero no en voz alta —dejó la servilleta al lado del postre intacto—. Te espero fuera.

Bram le sujetó la muñeca antes de que pudiera levantarse.

—Si quieres hacer una escena, hagámosla completa. No me gustan las cosas a medias.

Ella abrió mucho los ojos.

—Tengo más años de experiencia escandalizando a la gente que tú. Puedo darles a tus amigos y vecinos una escena de la que hablen durante años. ¿Es eso lo que quieres?

—Me haces daño.

—No es cierto —le soltó la muñeca e hizo señas de que le llevaran la

cuenta.

A pesar de sus palabras, lo último que deseaba era una escena en Stony Ridge con otra miembro de una de las familias importantes de la zona.

Hayley estaba sentada muy quieta. Bram contó el dinero y añadió una propina.

—Lo siento —dijo ella, por sorpresa.

—No importa.

Esa vez fue ella la que le tomó la mano.

—Sí importa. Tengo muy mal genio. Leigh se llevó toda la calma. Es sólo que quería que me creyeras. Sé que todo eso parece una locura y, después del modo asustado en que me comporté anoche...

—Ahora mismo le traigo el cambio, señor —la interrumpió el camarero.

Hayley apartó la mano.

—No necesito cambio —dijo Bram—. ¿Estás lista?

La joven asintió, se puso en pie y cruzó el comedor con rostro inexpresivo y toda la gracia y el saber estar de una reina. Bram la admiró en silencio. Aquella mujer tenía muchas facetas. Tuvo que recordarse que, aunque no hubiera sido tan joven, había más de un millón de razones para no dejarse afectar por ella. No volvería a caer en aquella trampa.

Una vez en el exterior, a los dos les sorprendió ver el cielo prematuramente oscurecido por una serie de nubes bajas.

—No sabía que se acercaba tormenta —comentó ella.

—Yo he oído antes la radio y no han dicho nada.

—Es una lástima que no se les ocurra mirar alguna vez por la ventana.

Bram sonrió.

—Vamos.

Habían ido en el coche de ella y Hayley le tendió las llaves y le pidió que condujera. Se detuvo antes de entrar en el asiento del acompañante.

—Gracias por la cena.

—De nada.

Ella no se movió.

—¿Quieres conducir tú? —preguntó él.

—No.

—Entonces debemos irnos antes de que empiece a llover.

—¿Crees que lo soñé todo?

Bram suspiró.

—Sube al coche.

Hayley siguió sin moverse.

—Dijiste que no había nada de valor en la maleta —comentó él, resignado.

—Y no lo había.

—¿Y por qué querría registrarla alguien?

—No lo sé. A lo mejor no lo sabían o a lo mejor querían que todo el mundo pensara lo que piensas tú ahora. No tiene sentido, pero yo no soñé la camiseta en mi cara.

Bram la miró preocupado. Sin duda creía lo que decía ¿Podía ser que usara drogas? No se atrevió a preguntárselo.

Hayley respiró hondo y entró en el coche. ¿Qué importaba lo que él pensara?

Ella no estaba loca y sabía lo que había visto.

Pero no quería que Bram pensara que estaba loca como Marcus. La realidad era que se sentía sola y tenía miedo. Y él parecía su única ancla segura por el momento. Y tenía razón. Lo ocurrido no tenía ningún sentido.

Bram puso el motor en marcha y sacó el coche del aparcamiento sin mirarla.

—Creo que deberías volver a Boston esta noche —musitó.

La joven lo miró sorprendida.

—¿Tanto te molesto?

Bram la miró un instante.

—Tu situación me preocupa mucho —dijo con firmeza.

—Pensaba que no me creías.

Él vaciló, como buscando las palabras correctas.

—Estás muy sola en esa casa.

—Hay mucha gente.

—Gente hostil a ti. Necesitas un aliado.

Te olvidas de Jacob. Y de ti.

Bram frunció el ceño.

—He notado que te sientes atraída por mí...

—Bien. Yo he notado lo mismo de ti.

—Soy demasiado mayor para ti —dijo él.

—¿De verdad? No aparentas sesenta y seis años.

Él no sonrió.

—¿Ése es tu límite de edad en los hombres?

—Depende del hombre.

—Tengo casi treinta y cinco, Hayley.

—¿Tantos? ¿Te suenan los huesos al andar?

Bram apretó los dientes.

—Te llevo diez años.

Hayley se apartó el pelo de la cara.

—Las mujeres maduran mucho antes que los hombres. Supongo que mentalmente tenemos la misma edad.

—Déjate de tonterías. Tú no me interesas.

—Embustero —ella levantó la cabeza con altanería, pero se sentía dolida.

—Estás jugando con fuego —musitó él.

—Tú lo haces todo el tiempo. A mí no me asusta el calor. ¿Por qué me tienes miedo?

—No me das miedo. ¿Y siempre eres tan directa?

Hayley respiró con fuerza.

—Si por directa te refieres a si voy a por lo que quiero, la respuesta es sí.

—Y has decidido que me quieres a mí. ¿Es eso?

El tono de amargura de él la pilló desprevenida. Alguien le había hecho mucho daño.

—Ya estamos otra vez con ese ego tuyo —dijo con ligereza—. Me gustaría conocerte más. ¿Tiene eso algo de malo?

Empezó a llover; gotas grandes que caían como lágrimas en el cristal. Bram conectó los limpiaparabrisas y Hayley tardó en darse cuenta de que no pensaba responder. Recorrieron en silencio el resto del camino y él detuvo el coche en la parte delantera de la mansión.

—Vete a casa, Hayley —dijo.

—Mi casa es ésta —repuso ella con terquedad.

Bram apagó el motor.

—Déjale esa batalla a tu abogado antes de que te hagan daño.

Ella apretó la mandíbula.

—Gracias por el consejo —tendió la mano—. Dame las llaves.

—Lo digo por tu bien —repuso él. Le dejó las llaves en la mano sin tocarla.

—No te preocupes por mí; sé cuidarme sola.

Salió del coche y él la siguió.

—Buenas noches, señor Myers. Gracias por la cena.

Echó a andar hacia el porche con ganas de llorar. Por suerte no había nadie en el vestíbulo y pudo subir directamente a su dormitorio. Encendió la luz y observó el cuarto con cuidado. Parecía estar como lo había dejado.

Excepto por un trozo de papel que había en la mesilla.

Un nudo de miedo le encogió el estómago. Hasta que recordó a Bram dejando algo en la mesilla antes de salir. Se acercó y vio que se trataba de una fotografía.

La levantó y le sorprendió encontrarse con su cara. El fondo estaba borroso, pero el edificio no le resultaba familiar.

Se mordió el labio inferior. No recordaba aquella foto. Aunque podía ser de Leigh, su hermana gemela. La chica de la foto tenía dieciséis o diecisiete años, pero Hayley estaba casi segura de que ninguna de las dos había llevado nunca el pelo tan corto.

¿Dónde había encontrado Bram la foto y por qué la había dejado allí sin decir nada?

Confusa, golpeó su mano con la foto y ésta cayó al suelo. Cuando se agachó para recogerla, vio que asomaba algo debajo de la cama. Había olvidado la botella de agua que había tirado allí antes de dormirse.

Dejó la foto en la mesilla y abrió la botella. El agua estaba caliente, pero la bebió de todos modos. Tenía que dejar de estar tan nerviosa; ella nunca había sido así.

Cerca se oyó un portazo y Hayley se sobresaltó y se echó el agua por el pecho.

Contuvo el aliento y escuchó, pero había vuelto el silencio.

El portazo no había sido en el cuarto de Leigh, contiguo al suyo, pero sí en una de las puertas de esa ala de la casa, por lo que sólo podía haber sido en el dormitorio vacío cerca de la parte delantera, el de Eden o la puerta del desván.

Como la habitación de invitados no estaba ocupada y nadie subía nunca al desván, era lógico suponer que se trataba de la puerta de Eden.

Hayley dejó la botella de agua, abrió su puerta y se asomó al pasillo. Habían apagado las luces y la de su cuarto apenas conseguía iluminar un poco la penumbra.

Sintió un escalofrío. Los interruptores del pasillo se encontraban en los dos extremos de la pared. El más cercano estaba al lado de la puerta que

llevaba al desván, cerca del cuarto de Eden.

Otra vez Eden.

Aquella mujer nunca la había apreciado. ¿Creía que iba a asustarla apagando

luces y dando portazos?

Vale, la había asustado, pero Hayley había vivido en aquella casa desde pequeña y podía recorrerla con los ojos vendados de ser necesario.

Salió al pasillo y se dijo que no había nada que temer, pero cuando llegó al interruptor casi jadeaba. Lo apretó, pero no sucedió nada.

Sin duda había habido un cortocircuito, lo que explicaría que tampoco estuvieran encendidas las luces rojas de noche que había instalado su madre. No había nada que temer. Tomaría una linterna de su habitación y bajaría a inspeccionar el panel de la electricidad.

Siempre guardaba una linterna en la mesilla, ya que no era anormal que fallara la luz en aquella casa. Volvió a su cuarto con el corazón en la garganta y, por suerte, encontró la linterna donde tenía que estar. La encendió y se volvió justo en el momento en que alguien entraba en su cuarto.

Capítulo 6

—Hola, Hayley, no sabía que ya habías vuelto —dijo Jacob—. He visto tu luz encendida. ¿Va todo bien?

La joven tragó saliva con fuerza y consiguió sonreír débilmente.

—Todo va bien.

—¿Qué tal tu cita? No pretendía entrometerme.

—No era una cita. Bram me ha invitado a cenar con él y yo quería hablarle de su trabajo aquí.

—Oh. ¿Piensas exponer algo suyo en la galería en la que trabajas?

—Pienso sugerirlo. Su trabajo es muy bueno.

Jacob se encogió de hombros.

—Eh, quería disculparme por lo de antes. Yo sé que no tomas drogas.

—No las tomo.

Jacob se apresuró a cambiar de tema.

—¿Qué ha pasado con las luces del pasillo?

—No lo sé. Ahora iba a bajar a mirar los fusibles.

—En mi pasillo sí hay luz. Te acompaño abajo.

Hayley salió delante, aliviada.

—Oye —dijo él—. Ya sé que no es asunto mío, pero me preguntaba... si hay

algo entre el herrero y tú.

La joven dejó de andar. Por un momento no supo qué decir. Pensar en Bram la

confundía. No podía creer que se hubiera mostrado tan directa con él; ella no era así.

—Lo digo porque no me parece que sea tu tipo —añadió Jacob.

—¿Por qué no te cae bien?

—No tengo nada contra él, pero me parece un poco raro. Muy nervioso, creo.

Recuerda lo agresivo que se puso cuando entré en casa anoche.

—Quería protegerme de un posible intruso.

—Puede ser, pero mamá lo ha pillado antes merodeando por la casa y dice que no es la primera vez.

A Hayley se le aceleró el pulso.

—Ha dicho que te buscaba a ti, pero mamá dice que ni Paula ni la señora Kerstairs le habían abierto la puerta y estaba segura de que tú tampoco. No has sido tú, ¿verdad?

Hayley negó con la cabeza y se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja.

No quería decirle a Jacob que su madre había hecho llamar a Bram para darle una advertencia. ¿Pero por qué no le había contado la verdad a su hijo?

—Mi madre está preocupada. Tu padre lo contrató para hacer los barrotes, pero se supone que tiene que trabajar fuera, no aquí. Oye, yo no pretendo asustarte, pero no sabemos nada de él. Antes nunca lo había pensado, pero mamá me ha recordado hoy que vas a heredar mucho dinero cuando cumplas los veinticinco años. Y ahora me encuentro a ese herrero intentando conquistarte...

—No te preocupes, Jacob. Bram no intenta conquistarme —más bien era al contrario. La agresiva había sido ella, aunque sin resultado—. Pero gracias.

—¿Por qué?

—Por preocuparte por mí.

—Sólo quería decirte que tuvieras cuidado. Hay chicas a las que les gustan los desconocidos oscuros y misteriosos. Aunque sé que tú eres más sensata que todo eso. Y además, es muy mayor para ti.

—No tiene ni treinta y cinco años —protestó ella.

—¿De verdad? Parece mucho mayor. Y siempre que le veo ese tatuaje, me parece un motero.

—No te preocupes, no hay nada entre nosotros. Por cierto, que en la posada he visto a mucha gente, incluidos nuestros vecinos los Walken.

—Cuando te oigo llamar vecinos a gente que vive a más de un kilómetro de aquí, siempre me dan ganas de reír.

—Eres un urbanita.

—Y orgulloso de ello. No entiendo lo que ve mamá en este mausoleo. No te ofendas.

—No me ofen...

Hayley se quedó paralizada. Algo se movió en la oscuridad, cerca del

extremo del pasillo. Jacob le levantó el brazo de modo que la linterna alumbrara a la figura que había allí.

—Me está cegando —protestó Paula. Se cubrió los ojos con un brazo huesudo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Jacob, soltando el brazo de Hayley.

—He perdido mi billetero —se quejó la mujer. Mostró un billetero negro que llevaba en la mano—. He tenido que volver a buscarlo. Le he dicho a Odette que seguro que se me había caído haciendo las camas, pero no ha querido molestarse en mirar. ¿Por qué han apagado la luz?

Tendió la mano, apretó el interruptor y se encendieron todas las luces.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Hayley.

—¿No las quieren encendidas? —dijo Paula, con disgusto. Volvió a apagarlas.

—Enciéndalas —exigió Jacob.

—A ver si se deciden —gruñó la mujer, pero obedeció—. No tengo tiempo para quedarme aquí toda la noche.

Se alejó con rapidez y sin hacer el menor ruido y Hayley sintió carne de gallina en los brazos.

—Esa mujer me da escalofríos —musitó Jacob.

—Hace un minuto no funcionaba el interruptor —declaró Hayley.

Jacob se frotó la parte de atrás del cuello.

—¿Estás segura?

—Sí.

—A lo mejor mi madre ha llegado a los fusibles antes que nosotros.

Era posible, claro, pero eso no rompió el nudo que tenía Hayley en el estómago.

—¿Has oído un portazo hace un rato?

—¿En esta casa? —preguntó Jacob con incredulidad.

Él ocupaba el dormitorio contiguo al del Marcus y era posible que no lo hubiera oído desde su cuarto.

—¿Hayley?

—No pasa nada, Jacob. ¿Qué ha sido de las luces rojas de noche?

—¿Qué luces rojas?

—Las que tenía mi madre en los extremos de los pasillos.

Jacob se encogió de hombros.

—Ni idea. Supongo que las quitaría mi madre.

—¿Por qué?

—No lo sé. Yo nunca he comprendido a mi madre. Pregúntale a ella.

—Lo haré.

—No te ofendas, Hayley, pero estás un poco...

—¿Estresada? —sugirió ella—. Supongo que sí. Tengo muchas cosas en la cabeza.

Jacob se encogió de hombros y le sonrió.

—¿Quieres bajar a ver una película? He traído algunos vídeos. Tu padre ya se ha retirado a su cuarto y en la televisión no hay nada interesante.

Hayley vaciló. Quería preguntarle a Bram por la fotografía, pero las palabras de Jacob la habían afectado un tanto. Aunque estaba segura de que se equivocaba con el herrero, la realidad era que, a pesar de la atracción que sentía por él, era un desconocido.

—Me parece buena idea —dijo.

Jacob sonrió.

—Bien. Tú eliges la película y yo hago palomitas.

—Acabo de cenar —protestó ella.

—Siempre queda sitio para palomitas.

Tenía razón. El olor era imposible de resistir. Eligieron una comedia de aventuras. Hayley rechazó una limonada en favor de una botella de agua fría porque sentía la boca como algodón. Desde su llegada a la casa tenía mucha sed.

El calor intenso, cuando sólo estaban a principios de junio, empezaba a afectarla, y las palomitas saladas no ayudaban exactamente. Poco después se le cerraron los ojos y se despertó cuando Jacob la movió con gentileza.

—¿Hayley?

—¿Eh? —lo miró desorientada.

—Tienes que subir a la cama. La película se ha terminado.

La joven se frotó los ojos.

—¿De verdad? Lo siento. No sé qué ocurre últimamente. Mi cerebro parece hecho de papilla.

—No te disculpes, lo comprendo. Vamos, te acompaño a tu cuarto. ¿Quieres otra botella de agua?

—Sí, gracias; tengo mucha sed —intentó sonreír, pero estaba tan cansada que le costaba trabajo pensar—. Siento haberme quedado dormida. Te compensaré por ello.

—Esa idea me gusta. Una mujer hermosa en deuda conmigo.

¿Una mujer hermosa? Hayley se tambaleó atontada y Jacob la sujetó.

—Estás muy cansada, ¿verdad?

¿Era su imaginación o la mano de él le había rozado la piel en una caricia leve antes de soltarla?

—Esto es muy embarazoso.

—No. Lo embarazoso sería que me ofreciera a llevarte en brazos —sonrió él—. Yo no tengo la fuerza de tu amigo Bram y seguro que te tiraría.

Los brazos de Bram levantándola, guiando su cuerpo hacia... Hayley sacudió la cabeza para borrar la imagen y tropezó en un escalón. Jacob volvió a sujetarla por el brazo.

—¡Eh! ¡Cuidado!

La joven se soltó y se apresuró por el pasillo. De pronto deseaba encontrarse en su cuarto con la puerta cerrada.

—Buenas noches, Jacob. Gracias por la película. Siento no haber sido mejor compañía.

—No importa, lo comprendo —dijo él.

Le puso la mano en la mejilla sin previo aviso y ella sintió un escalofrío en la columna. Antes de que pudiera moverse, él la besó castamente en la frente y se apartó.

—Que duermas bien. Nos vemos mañana.

—Sí. Buenas noches.

Cerró la puerta y giró la llave sintiéndose como una tonta. ¿Qué le ocurría?

Conocía a Jacob de toda la vida. Estaba tan cansada que seguramente confundía las cosas; él sólo se comportaba como el amigo de la infancia que había crecido con ella, nada más.

Y a ella le sucedía algo. Tenía la sensación de que llevara meses sin dormir.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para desnudarse y ponerse la camiseta grande antes de meterse en la cama.

Cuando se despertó, brillaba el sol y tenía la garganta seca. Tendió la mano hacia la botella de agua y los sueños perturbadores que no conseguía recordar se disolvieron al instante. Se bebió media botella sentada en la cama y, cuando terminó, el miedo volvió a entrar en su vida.

La foto de Leigh ya no estaba en la mesilla.

Saltó de la cama. No estaba en el suelo, debajo de la cama ni debajo de la

mesilla. La puerta seguía cerrada con llave y la que daba al baño que conectaba con la habitación de Leigh también, pero la foto había desaparecido.

Alguien había entrado allí mientras estaba con Jacob abajo.

¿Bram?

Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué ir a buscar una foto que él había dejado allí?

—Hay una explicación racional. Cálmate y piensa.

El sonido de su voz la ayudó a controlar el pánico. Tomó ropa limpia, entró en

el baño y abrió los grifos de la ducha. No podía permitirse ceder al miedo.

Nunca había necesitado tanto a su hermana. En Inglaterra eran cinco horas más; si la llamaba, podía preguntarle cuándo habían hecho esa foto y si tenía algún significado especial.

Después de ducharse, se vistió de prisa y buscó en el bolso el número de teléfono de su hermana. Contestó una mujer de fuerte acento británico, que le dijo que Leigh y sus amigos habían salido y no volverían hasta más tarde.

Hayley le dio las gracias y colgó sin dejar mensaje.

Miró por la ventana. Tenía que hablar con Bram y exigir respuestas. Después buscaría el nombre del abogado de su abuelo en la guía. Tenía que hablar con él.

Un movimiento en el exterior atrajo su atención. Le sorprendió ver a Eden prácticamente acurrucada detrás de un seto en un claro del laberinto más cercano. No había nadie más a la vista. ¿Qué hacía allí?

Eden desapareció detrás de un árbol y Hayley, sin pararse a pensar, bajó corriendo las escaleras de la parte de atrás, decidida a averiguar el porqué de su comportamiento.

Odette Norwhich levantó la vista de las verduras que estaba cortando.

—Supongo que ahora querrá el desayuno.

—No tengo tiempo —la joven corrió hacia la puerta lateral.

—¿Hay fuego en el jardín? —murmuró la mujer—. Primero el señor, luego el joven y la señora, hasta Paula y ese herrero.

Hayley abrió la puerta y salió. El calor fue como una bofetada en la cara.

Menos mal que no se había secado el pelo.

Corrió hacia el laberinto y se detuvo en el árbol en el que había visto a Eden.

El aire no sólo era caliente y húmedo, sino que además no se movía. Hayley miró al cielo; no había ni una nube, pero la sensación era que se avecinaba una tormenta.

Avanzó con rapidez hasta que llegó a un cruce. No sabía por dónde había ido Eden. Uno de los senderos se introducía más en el jardín, hacia el precipicio que caía sobre el río Hudson; el otro daba la vuelta y acababa regresando a la entrada. Hayley optó por el primero.

Hacía años que no iba por allí y esperaba poder recordar el camino. Mientras caminaba, decidió contratar a alguien que pusiera todo aquello en orden. Una persona que no conociera los laberintos podía perderse fácilmente allí.

Frenó el paso. Empezaba a ponerse nerviosa. La blusa se le pegaba como una segunda piel. A pesar de que los árboles daban sombra en la mayor parte del sendero, el aire era tan húmedo que apenas si podía respirar.

Allí no encontraría a Eden y tenía que volver a la casa antes de derretirse.

De pronto oyó la voz furiosa de Marcus.

—¡No!

Se detuvo y se secó el sudor que le cosquilleaba en los ojos.

—¡No te daré ni un centavo más!

Si alguien le contestó, lo hizo en voz tan baja que Hayley no pudo oírlo. Se acercó a otro cruce en el camino.

Marcus se echó a reír, pero no había nada de humor en su risa.

—Las amenazas ya no funcionan —dijo.

Hayley lo había visto furioso otras veces, pero jamás le había oído aquel tono viperino. Se asomó con cuidado por el siguiente recodo. El camino terminaba de pronto y Marcus se encontraba solo en el claro, rodeado por una profusión de rosas de distintos colores. Cerca de él había un banco de piedra vacío.

Aparentemente, estaba solo.

A Hayley le sorprendió una vez más lo mucho que había envejecido. En su recuerdo era como un gigante furioso; en la realidad era un hombre alto, enjuto, de pelo gris y rasgos llenos de amargura.

¿Estaría Eden al otro lado del seto? No había nada que indicara su presencia.

Hasta los pájaros y los insectos parecían haberse escondido.

Marcus empezó a andar de un lado a otro con agitación. El calor no

parecía afectarlo. Ni siquiera sudaba, aunque vestía pantalón largo, camisa de manga corta y zapatos oscuros. Unos guantes sucios le colgaban del cinturón.

Se inclinó con brusquedad y agarró una rosa roja.

—No me das miedo, ¿sabes? —comentó.

Por un segundo, Hayley temió que le hablara a ella.

—Si quisiera, podría partirme el cuello así.

Arrancó la rosa con rabia y se sacó una espina del dedo. De ese punto salió una sangre tan roja como la rosa.

Tiró la rosa al suelo con una sonrisa horrible y la pateó salvajemente. Luego

volvió la cabeza.

¿La había visto?

Hayley temblaba de arriba abajo. En los ojos de Marcus había locura, pero también una expresión calculada; casi tenía la sensación de haber presenciado un asesinato a sangre fría y la maldad del gesto la dejaba sin aliento.

¿Era eso lo que le había hecho a su madre?

Se volvió y echó a correr. Tenía que alejarse de tanta maldad. Estaba segura de

que él había querido que presenciara aquella acción. Se detuvo de pronto, mareada. Se dobló y vomitó. Después se secó el sudor que le corría por la cara y le nublabla la vista.

El camino principal estaba justo enfrente. Sólo tenía que poner un pie delante del otro y llegaría a la casa y al aire acondicionado. Podía hacerlo. Sólo tenía que concentrarse. Pero la casa estaba muy lejos.

—¿Hayley?

La voz de Bram parecía llegar a través de un túnel largo, aunque el túnel por lo menos ofrecía refugio contra el sol y apenas sentía ya el calor.

Pero aquello no era normal. Debería sentir calor.

Intentó concentrarse, porque temía que iba a desmayarse.

—¡Hayley!

Bram la tomó por los hombros. ¡Bien! Él no la dejaría caer. Se agarró a él; necesitaba que comprendiera el horror de lo que acababa de ver.

—La mató él, Bram. Estoy segura. Quería que lo supiera.

Bram dejó sus herramientas y la tomó en brazos. El rostro de ella estaba rojo como una cereza y sudaba profusamente, pero su piel resultaba fría al

tacto.

Aquello no era buena señal.

La joven abrió los ojos.

—Estoy bien.

—No, no lo estás, pero lo estarás. Te sacaré del calor.

Echó a andar hacia la puerta de atrás. El ama de llaves lo miraba por la ventana de la cocina con expresión más sombría que nunca, pero Bram no estaba de humor para comentarios. La señora Norwhich, sin embargo, le sorprendió yendo a abrirle la puerta.

—Recto —dijo; señaló el camino con el cuchillo que tenía en la mano—.

Segunda puerta a la derecha.

Bram descubrió aliviado que lo había enviado a un dormitorio.

—Jacob tenía razón —murmuró Hayley—. Tú no me has tirado.

Bram no tenía tiempo de preguntarse qué querría decir. Le apartó los mechones de pelo que se pegaban a sus mejillas rojas.

—¿Hayley? No te vayas.

Odette Norwhich se acercó con un paño mojado en la mano extendida.

—Esa tonta ha salido corriendo con el estómago vacío. Esta casa es como un frigorífico y lo de fuera es una sauna. No se puede tratar así al cuerpo. Le prepararé algo y usted procure que se lo coma todo.

—Sufre agotamiento por el calor —dijo él—. Tenemos que bajarle la temperatura del cuerpo. ¿Hay una ducha o una bañera aquí abajo?

—Sí. Ahí —la mujer señaló una puerta abierta detrás de la cama.

Bram le dio las gracias y tomó a Hayley de nuevo en brazos.

—Mal —murmuró ella.

—Lo sé. Te sentirás mejor en un momento —pero cuando la dejó en el suelo,

ella se agarró al lavabo y unas náuseas secas sacudieron su cuerpo. Bram la enderezó.

Abrió el agua fría y dejó que se fuera llenando la bañera. Sin molestarse en desnudar a Hayley, la levantó en vilo y la colocó debajo de la ducha.

—¿Qué haces? ¡Tengo frío!

—Sí —repuso él con firmeza—. Tenemos que bajarte la temperatura del cuerpo. No te muevas o te caerás.

Empezó a quitarle la blusa empapada.

—Típico de los hombres —dijo ella, a la que le castañeteaban los dientes

—.

Aprovecharse de la situación.

Bram le hizo una mueca burlona y arrojó la blusa al lavabo.

—Por supuesto. Cualquier excusa es buena para quitarte la ropa.

Los pezones de ella eran dos puntos duros que resultaban muy visibles bajo el encaje del sujetador. Bram intentó ignorarlos y llevó la mano a la cinturilla del pantalón corto.

Hayley le apartó la mano.

—Puedo hacerlo sola.

—¿Y privarme de ese placer?

—¿Piensas meterte conmigo?

Bram se excitó a su pesar, aunque presentía que ella se mostraba burlona para ocultar su embarazo.

—Nada me daría más placer —le aseguró—. Pero preferiría oírte jadear de deseo y no de cansancio.

Ella se bajó los pantalones y se quedó con unas braguitas sencillas de nailon blanco. Empapadas como estaban, no dejaban nada a la imaginación.

—Si me sigues mirando así —murmuró ella—, lo haré por las dos cosas.

La niebla empezaba a abandonar sus ojos. Un color más natural reemplazaba ya el rojo de su piel. El pelo largo se le pegaba a la cabeza y los hombros. Y Bram estaba cada vez más excitado.

—Siéntate antes de que nos caigamos los dos —le ordenó—. Si no te portas bien, vamos a escandalizar a la señora Norwhich.

Hayley sonrió débilmente.

—Dudo que nada pueda escandalizarla —pero se dejó sentar en el agua—. Tengo frío.

—De eso se trata.

—¿Quieres que muera congelada?

—No, pero tenemos que bajar la temperatura de tu cuerpo lo más deprisa posible.

—Lo has conseguido. ¿Puedo salir? Ya me he duchado esta mañana —tiró débilmente de su pelo—. ¿Sabes lo que tarda esto en secarse?

—Deja de quejarte —pero cuando la vio temblar, ajustó la temperatura del agua a más templada—. O te bañas aquí o vas al hospital. Tú decides.

—¿Y si no quiero ninguna de las dos cosas?

—El calor excesivo no es ninguna broma.

—No he estado fuera tanto tiempo como para que sea grave.

—Díselo a tu cuerpo.

—Sólo estoy cansada y tengo náuseas.

—Ya lo he notado.

Entró la señora Norwhich con un vaso grande en la mano.

—Zumo de naranja —dijo—. Que se lo beba todo. Le dará fluidos y energía —dejó un montón de ropa limpia en el lavabo y salió.

—Ya la has oído.

—No me gusta el zumo de naranja.

—Hablas como los críos de mi hermano. Bébetelo de todos modos.

—No sabía que tenías un hermano.

—Tengo tres. Bebe.

—Tú debes de ser el mayor. Eres muy mandón —tomó un sorbo para probar y después bebió todo con rapidez—. No siempre soy una niña pequeña —musitó.

Bram se dejó caer de rodillas al lado de la bañera y le quitó el vaso. Hayley le pasó una mano mojada por el pecho y lo miró con ojos invitadores.

—Basta —protestó él—. La señora Norwhich puede volver en cualquier momento.

—Pues tendrá que buscarse otro hombre —replicó Hayley. Pero detuvo la mano.

—Tú serías capaz de tentar a un arcángel —dijo Bram.

—¿Sí? ¿Y por qué no puedo tentarte a ti?

Bram dejó el vaso en el suelo, la tomó en sus brazos, se incorporó con ella y la sacó de la bañera.

Hayley lo miró sorprendida. Él tomó una toalla grande y se la envolvió en torno al cuerpo.

—Vístete.

—No sé si puedo.

—En ese caso, llamaré a la señora Norwhich para que te ayude.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque yo soy mucho más débil que un arcángel. Y ahora vístete.

Capítulo 7

La señora Norwhich entró en el dormitorio con una camisa de hombre en la mano.

—He pensado que quizá la necesite —dijo.

Bram sintió que se sonrojaba, pero la mujer se volvió y salió enseguida. Él se quitó la camisa mojada y la cambió por la limpia. Estaba algo caliente, como si acabara de salir de la secadora; se preguntó si sería de Marcus.

—¿Tienes un peine? —preguntó Hayley, que salió del baño con el pelo envuelto en una toalla y ataviada con un vestido de algodón.

—Lo siento.

—No importa.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado ahí fuera?

—Preferiría olvidarlo, pero no creo que me sea posible —se sentó en un extremo de la cama—. Marcus ha matado una rosa del mismo modo que debió matar a mi madre.

Bram miró el umbral de la puerta y le alivió ver que estaba vacío.

—¿Estás diciendo que tu padre mató a tu madre? —musitó. Se sentó a su lado en la cama y resistió el impulso de tocarla.

—Nunca pudimos probarlo, pero siempre lo supimos.

—Cuéntamelo.

Hayley se lo contó y Bram descubrió que recordaba más o menos la historia.

La desaparición de la mujer había sido noticia. En su momento no había prestado mucha atención, pero ahora lo ayudaba a entender ciertas cosas. Por qué quería Marcus barras en todas las ventanas, por ejemplo; y también parte del comportamiento errático de Hayley. No era raro que Heartskeep resultara tan tétrico.

—¿Tú crees que Marcus le hablaba a Eden?

—No había nadie más por allí.

Bram se puso tenso.

—Podía haberlo. Has dicho que no la has visto después de entrar en el jardín.

—Yo la he seguido hasta allí. ¿Quién más podía ser?

Mucha gente. Él mismo, para empezar. Bram había visto a Jacob meterse en el laberinto y lo había seguido, pero lo había perdido en el cruce. Decidió que no era prudente contárselo a Hayley.

Oyó ruido de platos y Paula Kerstairs entró en la habitación con una bandeja.

Aquella mujer tenía un aura perturbadora; Bram no pudo apartar de sí la sensación de que llevaba varios minutos escuchando en la puerta.

—No tengo hambre —dijo Hayley.

Paula no le hizo caso y se dirigió a él.

—Me han dicho que le diga que se lo coma todo.

Dejó la bandeja y se marchó.

Hayley empezó a apartar el tenedor, pero Bram le detuvo la mano.

—Vas a ofender a la señora Norwhich. Come un poco, ¿de acuerdo? Luego hablaremos.

Hayley miró la tortilla, la tostada con mantequilla y el tazón de sopa.

—No puedo comer todo esto.

Cortó un trozo de tortilla de queso.

—¿Sabes cuántas calorías tiene esto? —preguntó.

Bram reprimió una sonrisa.

—No te vendrá mal ganar unos kilos.

—Sí, claro, eso lo dices ahora. ¿Pero dónde estarás tú cuando mis arterias estén taponadas por el colesterol? —se tragó el mordisco—. ¿Estás insinuando que estoy muy delgada?

—No.

La señora Norwhich apareció en la puerta con otra bandeja.

—Puede comer usted también —gruñó.

Bram le dio las gracias, sorprendido por su gesto.

—La limonada es para usted, el agua para ella —anunció el ama de llaves—.

El señor y ella devoran esas botellas. Aunque no sé por qué nadie tiene que pagar dinero por algo que puede conseguir gratis en el grifo.

Arrugó los labios y se alejó murmurando.

—¿Quién iba a adivinar que ese exterior ocultaba un corazón tierno? —

preguntó él—. ¿Te abro el agua?

—Sí, gracias.

Bram le tendió la botella abierta y llevó su bandeja al pequeño escritorio que había en un rincón.

—Voy a lavarme las manos. Come antes de que se enfríe.

Cuando volvió, vio que ella comía con gusto. Probó su bandeja y comprendió por qué.

—Esa mujer sabe cocinar.

Hayley asintió. Tomó un trago de agua. Su color había mejorado mucho, pero tenía sombras en torno a los ojos.

—Pareces cansada.

—Bram, no estoy loca.

Él estuvo a punto de atragantarse con un trozo de tostada.

—¿A qué viene eso?

Ella tomó una cucharada de sopa.

—Anoche no me creíste.

—¿Quién lo dice?

—¿Por qué dejaste esa foto en mi mesilla anoche?

Bram, confuso, empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo.

—¿Te refieres a la fotografía que recogí en el suelo de tu habitación? ¿Qué tiene que ver con todo lo demás?

—Eso es lo que yo quiero saber.

—No comprendo.

—¿Dónde la encontraste?

—Estaba en el suelo, al lado de la mesilla. Supuse que se te había caído a ti.

—¿La encontraste en mi cuarto?

—Sí. ¿Por qué es tan importante esa foto?

—Eso es lo que intento descubrir. Alguien se la llevó anoche de mi cuarto mientras yo veía la televisión.

—¿Qué?

—Era una foto de Leigh.

—¿De tu hermana? —Bram movió la cabeza—. Yo creí que era tuya.

—Somos gemelas.

—¿En serio? ¿Y qué significa esa foto?

—No lo sé. No la había visto nunca. He llamado a Leigh para preguntarle

dónde se la habían hecho, pero había salido.

—En la foto aparenta unos quince años.

—Cerca de dieciséis —corrigió ella.

—¿Y no sabes dónde se hizo?

—No. El fondo no me suena de nada.

—Esto no me gusta, Hayley. Me parece que están jugando contigo y creo que deberías volver a tu apartamento en Boston. Si estás segura de que tu padre mató a tu madre, eres una tonta quedándote aquí. Estás rodeada de gente que actúa de un modo extraño. Necesitas un abogado y quizá un guardaespaldas.

Hubo un ruido en la puerta y Bram se volvió. Paula Kerstairs estaba en el umbral con expresión de enojo.

—La llaman por teléfono —dijo a Hayley—. Dice que es su hermana, que llama desde Inglaterra.

—Está bien. Contestaré en el estudio.

Paula apretó los labios y se alejó. Hayley tomó el agua, apartó la bandeja y se dirigió a la puerta.

—Disculpa.

—Desde luego. De todos modos tengo que volver al trabajo.

—Gracias por todo.

—De nada. Y por favor, piensa en lo que te he dicho. Deberías irte de aquí.

—Lo pensaré.

Bram la vio alejarse por el pasillo, tomó las dos bandejas y entró en la cocina.

—Gracias por la comida, señora Norwhich.

Salió al exterior. Jacob estaba allí, apoyado en un coche deportivo caro. Bram sintió tentaciones de hacerle una advertencia, pero se contentó con mirarlo con dureza antes de alejarse.

Miró un instante la casa y vio que se movía una cortina. ¿Eden, Marcus o Paula Kerstairs?

¿O había alguien más dentro de Heartskeep?

—¿Leigh?

—¿Hayley? ¿Eres tú?

—Sí.

—¿Me oyes bien?

—Sí, sí.

—Pues yo no. ¿Va todo bien?

—Claro que sí —mintió Hayley—. Sólo quería saludarte.

—Me alegro de que hayas llamado. Hace un rato estábamos hablando de ti.

Me gustaría que estuvieras aquí.

—A mí también. Oye, ¿conoces a un hombre llamado Bram Myers?

Leigh tardó un momento en contestar.

—No. Es un nombre poco corriente, seguro que me acordaría. ¿Es guapo?

—Sí.

—¿Y por qué debería conocerlo?

—Por nada. Marcus lo ha contratado para que ponga verjas y barrotes en la casa. Su trabajo es muy bueno.

—¿Verjas y barrotes en nuestra casa?

—Sí.

La voz de Leigh se volvió más preocupada.

—¿Quieres que vuelva a casa?

—Claro que no. Quiero que saques miles de fotos y me las enseñes luego.

—Yo también te echo de menos.

—Gracias. Y hablando de fotos, el otro día encontré una vieja tuya. No sé cuándo se hizo...

—¿Hayley? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Hayley? ¿Me oyes? Mira, no oigo nada y me están esperando, así que voy

a colgar. Te llamaré cuando vuelva esta noche, ¿de acuerdo? ¡Maldito teléfono!

Te quiero. Adiós.

—Adiós —susurró Hayley, que se sentía más sola que nunca en su vida.

—¿Era tu hermana? —preguntó Jacob desde el umbral.

—Sí.

—¿Va todo bien? Pareces alterada.

—Estoy bien. Sólo echo de menos a Leigh, nada más. Si me disculpas...

Él levantó una mano para detenerla.

—Espera. Te estaba buscando. Sé que no es asunto mío, pero acabo de ver a tu

amigo Bram saliendo de la casa.

—Estábamos hablando.

—¿Sí? ¿Y ha mencionado a su esposa en la conversación?

Hayley se apoyó con fuerza en el viejo escritorio de madera de su abuelo.

¿Bram estaba casado?

—Veo que no lo ha hecho. Esta mañana he ido al pueblo y he hablado con algunas personas —Jacob se sentó en un sillón de cuero verde—. Y he descubierto...

—Que está casado —terminó ella, agradecida por una vez a la confusión mental que la invadía últimamente.

—No sé cómo se ganaba Myers la vida antes, pero su esposa y él vivían en Nueva York, así que supongo que no siempre ha sido herrero —prosiguió Jacob—. Su esposa era de la familia Pepperton.

—¿Era? —preguntó Hayley.

—Está muerta. Y el bebé también.

La mente de Hayley consiguió procesar aquella información sin que ella trasluciera aparentemente ninguna emoción. Bram no le había mentado, pero le sorprendía saber que había sido esposo y padre.

—Según mis fuentes, su esposa se presentó un día en la posada muy embarazada. Se instaló con su prima Betty Pepperton y pidió cita con un ginecólogo de aquí.

—¿Marcus?

—No lo sé, pero no me sorprendería. Y eso podría explicar muchas cosas, si los rumores son ciertos. Ah... no sé si has oído lo que dice la gente del pueblo de Marcus.

—Nunca escucho rumores, pero nada de lo que se diga de Marcus podría sorprenderme —aseguró Hayley.

—Oh, bueno, ya sabes cómo habla la gente. Seguramente la mayor parte de lo que dicen no es cierto.

—Suéltalo de una vez.

—Bien. Pues dicen que Marcus perdía más de un niño durante el parto. Los rumores dicen que a algunos los perdía adrede. Yo no digo que sea cierto, pero muchas mujeres esperan demasiado para hacer algo sobre un embarazo. Mujeres que no quieren tener el hijo —Jacob se encogió de hombros con aire incómodo.

—¿Estás diciendo que Marcus mató adrede a la esposa de Bram y a su

hijo?

—No, claro que no. Helen Myers dio a luz en un hospital. Si él hubiera hecho algo, alguien se habría dado cuenta. Los rumores son sobre bebés a los que él ayudó a nacer y que no llegaron al hospital. Pero a la gente del pueblo no le gusta Marcus. No lo consideran buen médico; dicen que era el último de su clase y que no sería muy bueno si hubiera complicaciones en un parto. Y por lo que he oído, la esposa de Myers tuvo muchas complicaciones. Le hicieron una cesárea y tuvieron problemas para sacarle al niño. Murió desangrada y hay quien dice que Marcus cortó algo que no debía, pero es imposible saber si es cierto.

Hayley intentó reprimir un estremecimiento, pero no lo consiguió.

—¿Bram no estaba con ella?

—Apareció el día que su prima la llevó al hospital, pero ya había muerto cuando llegó allí. Se puso como loco. Dicen que hicieron falta cuatro guardas de seguridad para calmarlo.

Hayley respiró hondo.

—¿Y sabes lo peor de todo? La niña vivió casi cuatro días. Mucha gente duda de que fuera hija de Bram, pero debía serlo, ya que él no se apartó de su lado en ese tiempo. Cuando murió, la sostuvo en sus brazos sin decir nada y no dejó que se la llevaran hasta que se sintió preparado.

Hayley suspiró de tristeza. Su corazón sufría por él.

—Después se levantó, salió del hospital y nadie volvió a verlo hasta ahora — prosiguió Jacob—. Y debo decir que me parece muy raro que aparezca aquí trabajando para tu padre.

Hayley intentó concentrarse en lo que oía.

—¿Crees que Bram busca venganza?

Jacob apartó la vista para no mirarla a los ojos.

—Ya sabes cómo le gusta hablar a la gente. Entonces hubo muchos rumores.

—¿Sobre Bram?

Jacob vaciló.

—¿Seguro que quieres oír esto?

Hayley hizo una mueca de impaciencia.

—Está bien, está bien. La gente se preguntaba si el bebé sería de Myers, si su esposa habría elegido adrede a un doctor que podía meter la pata porque quería librarse del pequeño, si se había venido aquí a tenerlo porque tenía

miedo de Myers. Es muy raro que se marchara embarazada. Se habían fugado juntos cuando la familia de ella insistió en que dejaran de verse. Entonces ella tenía sólo dieciocho años, era mucho más joven que él. Todos pensaron que Myers se casaba por su dinero.

Hayley se retorció las manos en el regazo.

—Aunque lo que sorprendió a todo el mundo fue que no se presentaran demandas sobre las muertes. Ni siquiera la familia demandó a nadie —Jacob se encogió de hombros—. Al parecer, los Pepperton culparon más a Myers que al médico. Chester Pepperton hizo una gran escena en el hospital cuando murió su

hermana. Empezó a gritarle a Myers hasta que se lo llevaron los de seguridad.

Hayley tenía ya las manos tan apretadas que no podía sentir los dedos. Tenía un zumbido en la cabeza y se preguntaba si iría a desmayarse otra vez.

—He pensado que debías conocer esos rumores —dijo Jacob—. Tienes que ir con cuidado con él. Puede que te utilice para vengarse de Marcus.

—Gracias —repuso ella débilmente.

—Quizá no he debido decírtelo. No estás enfadada conmigo, ¿verdad? Te veo rara.

Hayley negó con la cabeza.

—Me alegro de que me lo hayas contado. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No estoy seguro. Unos diez años, más o menos.

Hayley lo miró. La habitación empezaba a darle vueltas. Cerró los ojos un instante.

—Nadie esperaría diez años para vengarse de algo así —dijo.

—Claro que sí. Hay personas que pasan muchos años planeando su venganza.

—Sólo en las películas.

Sabía lo que pensaba Jacob, pero la química explosiva que había entre Bram y ella no tenía nada que ver con Marcus ni con venganzas. Era ella la que se había insinuado a Bram, no al contrario.

—Bram no está aquí por venganza —dijo.

Estaba segura de ello. Si hubiera pensado utilizarla, la habría investigado mejor. Habría sabido que tenía una hermana gemela, por ejemplo. Y su preocupación por ella no era fingida. Tal vez se estuviera volviendo loca, pero sus instintos no podían equivocarse tanto.

Jacob se puso en pie.

—Bueno, por lo menos considera esa posibilidad. No me digas que te has enamorado de él, porque sólo conseguirías que te hiciera daño, aunque los rumores no fueran ciertos. Y yo no quiero que te ocurra nada.

—No me pasará nada.

Hayley levantó la vista y vio a Paula Kerstairs en la puerta. Se puso en pie con brusquedad.

—¿Desea algo? —preguntó con dureza.

La asistenta miró a Jacob.

—Lo llama su madre —dijo. Se volvió y desapareció.

—Esa mujer me pone los pelos de punta —musitó Jacob.

Hayley estaba plenamente de acuerdo.

—Oye, siento haberte contado todo esto —continuó él—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí.

La expresión de él cambió de pronto. La miró de arriba abajo con una sonrisa que lo cambiaba todo.

—Sí, estás bien. Eres una mujer muy hermosa. Nos veremos luego.

—Bien —asintió ella, confusa.

Jacob nunca la había mirado así. Lo vio salir de la estancia y se dijo que debía estar equivocada; lo que leía en sus ojos no podía ser interés sexual.

Jacob le caía bien, pero no tenía ningún interés romántico por él. ¿Cómo tenerlo si no podía dejar de pensar en Bram?

Los rumores que acababa de oír sobre él resultaban perturbadores, pero no creía que buscara venganza. Aun así, ¿por qué había ido a trabajar para el hombre responsable de la muerte de su esposa?

¿Y por qué lo había contratado Marcus?

Sólo había un modo de saberlo: preguntarle a Bram. Pero antes tenía que hablar con el abogado y buscar consejo. Tomó la guía telefónica de un estante y volvió al escritorio. Estaba agotada, pero decidida a hacer eso de una vez.

En el condado había más abogados de lo que esperaba. Su dedo se detuvo en un nombre. Rosencroft. ¡Eso era! La carta la firmaba Ira Rosencroft.

Abrió el cajón del escritorio en busca de la libreta que su abuelo siempre guardaba allí, pero ésta había desaparecido y el cajón estaba muy desordenado.

Hayley, frustrada, decidió usar la parte de atrás de un sobre en blanco.

Tiró de él y descubrió que no estaba vacío. Una fotografía cayó sobre la mesa; otra foto, más reciente, de Leigh. Pero no podía ser. Aquella foto parecía actual, pero mostraba a una Leigh de pelo corto y su hermana jamás había llevado el pelo así.

Leigh reía en la imagen y miraba a un hombre de espaldas a la cámara.

Hayley estudió la imagen e intentó comprender lo que veía. El fondo de esa foto estaba muy claro. La habían hecho en la calle, al lado de una cafetería conocida de Nueva York. En un extremo había un banco, con uno de esos carteles que indican la hora, la fecha y la temperatura. La fecha aparecía en la imagen.

—Imposible.

Registró los cajones en busca de la lupa de su abuelo. Tenía que haber un error. El cartel no podía poner lo que ella creía.

Pero sí lo ponía.

La foto había sido tomada dos días atrás.

Capítulo 8

La foto no podía ser de su hermana, ya que Leigh estaba en Inglaterra.

¿O no lo estaba?

Hayley dejó la lupa encima de la guía de teléfonos. Claro que Leigh estaba en Inglaterra; acababa de hablar con ella. Unos días atrás había llevado al aeropuerto a sus amigos y a ella; no los había visto subir al avión, pero no le habría mentado. Entre ellas no había secretos.

Los ojos de Hayley se llenaron de lágrimas. Todo su mundo estaba del revés.

Si no podía confiar en su hermana gemela, ¿de quién se iba a fiar?

De Bram. Pero él también tenía sus secretos.

Apoyó la cabeza en los brazos y se quitó la toalla de la cabeza. Se había olvidado del pelo.

—Me estoy volviendo loca —susurró.

—No, pero puede que lo hagas si sigues hablando sola.

La joven levantó la cabeza y parpadeó para reprimir las lágrimas. Bram estaba en la puerta.

—¿Qué sucede? ¿Le ha ocurrido algo a tu hermana?

—Pensaba que te habías ido.

—He vuelto. ¿Qué ocurre?

Ella movió la cabeza sin palabras y señaló la foto.

Bram la tomó con el ceño fruncido.

—¿Leigh otra vez? ¿Qué pasa? ¿No te gusta el hombre con el que está?

—No lo conozco. Y aparentemente, a mi hermana tampoco. Se supone que está en Inglaterra, no en Nueva York. Acabo de hablar con ella por teléfono y dice que lo están pasando muy bien.

—¿Y cuál es el problema?

—Mira la fecha de ese cartel de la foto. Aquí hay una lupa si...

—Puedo verla. ¿Por qué sabes que esto no es Inglaterra?

—Porque conozco la calle y la cafetería. Leigh y yo hemos comido ahí

varias veces. Y porque sería imposible que una foto sacada hace dos días en Inglaterra estuviera ahora en un sobre en este cajón.

Bram miró a su alrededor.

—¿Todo esto funciona?

Hayley siguió su mirada hasta lo que su abuelo solía llamar su centro tecnológico. Le gustaban los inventos modernos y, hasta su muerte, siempre había comprado los últimos ordenadores e impresoras.

Bram se acercó a encender el ordenador.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Te voy a demostrar que tu hermana puede estar en Londres y en Nueva York al mismo tiempo.

Se sentó ante la máquina.

Hayley se puso en pie.

—¿Tú entiendes de ordenadores? —preguntó.

—¿No entiende todo el mundo? ¿Cómo crees que me encontró tu padre?

Cualquier profesional competente necesita una buena página web. Este aparato es muy bueno.

—Era de mi abuelo, pero tiene siete años por lo menos.

Bram la miró.

—Imposible. Este ordenador salió el año pasado.

Hayley miró la máquina y comprendió que él tenía razón. Aquél no era el ordenador de su abuelo.

—Si supiera dónde buscar, seguro que encontraríamos una copia de esa foto en uno de estos archivos —dijo Bram—. Seguramente podríamos buscarla, pero creo que será más rápido mostrarte lo que quiero decir usando la foto.

—No comprendo —la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Observa.

Bram tomó la foto, la escaneó en el ordenador y empezó a manipular la imagen. Evidentemente, estaba muy familiarizado con aquel tipo de trabajo.

Hayley sintió un nudo en el estómago.

Él colocó el cursor en la fecha y la agrandó hasta que llenó la pantalla.

—¿Qué día quieres que ponga? ¿Mañana?

Cambió la fecha de la imagen y Hayley acercó una silla y se sentó, temerosa de que se caería al suelo si no lo hacía.

Bram se levantó y empezó a buscar en los paquetes de papel de imprimir

hasta elegir uno. Unos minutos más tarde, ella tenía en sus manos la misma foto con la única diferencia de la fecha.

—Lo han hecho así, Hayley.

—Pero Leigh tiene el pelo más largo que el mío.

Bram movió la cabeza.

—Cambiar un peinado es igual de sencillo. Hay programas que lo hacen. Observa.

Empezó a buscar en los archivos y se detuvo en uno llamado Hayley. Ella reconoció inmediatamente la foto que apareció en pantalla. Se la había hecho Jacob con la cámara digital que le habían regalado por su cumpleaños en el restaurante de Nueva York en el que habían cenado con él para celebrarlo. Bram borró el pelo y lo cambió por uno más corto.

—Llevaría tiempo limpiar esto del todo, pero te aseguro que podría terminar

esta foto sin que tú supieras que la he alterado. ¿Quieres ver cómo estarías con raftas o con el pelo rojo?

El nudo en el estómago de Hayley crecía en proporción directa a su dolor de cabeza.

—Es muy sencillo hacer esas cosas, Hayley. La cuestión es quién sabe hacerlo en esta casa.

La joven movió la cabeza.

—Leigh sabría, si estuviera aquí.

—¿Y Jacob?

—Probablemente. Hasta puede que este ordenador sea suyo. Sé que ha hecho cursos de informática. ¿Pero para qué molestarse? ¿Con qué sentido?

—Buena pregunta.

Hayley se tocó el pelo y casi le sorprendió encontrarlo húmedo. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde los sucesos de la mañana.

Pasó los dedos por el pelo enredado. Si no lo peinaba pronto, tendría que cortarlo.

—Cuando empiezas a jugar con tu pelo, sé que tienes algo en mente —dijo Bram.

Ella dejó caer las manos de inmediato. No tenía sentido andarse por las ramas.

—¿Es verdad que estuviste casado?

—Supongo que esa pregunta debo agradecerse a Jacob.

Hayley asintió.

—Mi esposa murió hace más de diez años.

—¿De parto?

Sus ojos se encontraron. Si de verdad los ojos eran el espejo del alma, ella tenía delante un alma muy atormentada.

—Sí —dijo él—. Y supongo que Jacob te habrá dicho que mi hija también murió.

Ella le tocó un brazo.

—Lo siento —murmuró.

—Yo también —repuso él con sencillez.

—¿Marcus era el médico de tu esposa?

—¿Qué te ha contado Jacob exactamente?

—Que te casaste con una mujer de una familia rica, que tu esposa apareció un

día en el pueblo, embarazada y sola, y visitó a un médico de aquí. Hubo complicaciones en el parto y no sé si Marcus era su médico.

—¿Y cómo es que Jacob no te ha contado esa parte?

—No sabe quién fue el médico.

Bram apretó la mandíbula con fuerza.

—Lo siento —dijo ella.

—¿De verdad?

Hayley apartó la mano de su brazo. Sentía su rabia y su dolor como si Bram y ella estuvieran unidos físicamente.

—Y Jacob te ha dicho que he vuelto a buscar venganza, ¿verdad? —comentó él —lanzó un juramento—. ¿Es eso lo que piensas tú?

Se levantó con tal rapidez que la silla salió volando y chocó contra el escritorio. Hayley no pudo reprimir un respingo.

—Claro que sí. No quieres creerlo pero lo crees —siguió él—. ¿Y por qué no?

Sabes muy pocas cosas de mí.

—¿Eso no es verdad!

—¿No? ¿No hay ni una pequeña parte de ti que se pregunte si Jacob tiene razón?

Hayley no podía soportar ver su dolor.

—¡Basta, Bram!

—Tranquila, Hayley. No soy una figura trágica que busque venganza.

—Lo sé.

—¿Quieres saber por qué vino mi esposa aquí en lugar de quedarse en Nueva

York, donde había muy buenos médicos?

—A mí no me debes ninguna explicación.

—Vino aquí para no estar sola cuando llegara la niña. Estaba enfadada conmigo porque siempre estaba ocupado intentando construir un imperio para poder darle la vida a la que estaba habituada. Y pasaba muy poco tiempo en casa.

Cerró los ojos un instante.

—Helen murió a manos de un doctor incompetente que ignoró una parte del estado de ella y realizó mal una operación que muchos otros habrían podido hacer con los ojos cerrados. Yo quería vengarme, sí, ¿pero sabes lo que descubrí?

Hayley negó con la cabeza; tenía la boca tan seca que no podía hablar.

—Que es muy difícil vengarse de uno mismo. Lo intenté, sí, pero es muy difícil matarse bebiendo, aunque pasé cuatro años intentándolo.

—Por favor. No tienes por qué contarme esto.

—Claro que sí. Tienes que oír mi versión para saber quién miente.

—¡Basta!

—El doctor de Helen no fue tu padre, sino un viejo que tendría que haber llevado años jubilado. ¿Sabes quién fue la auténtica víctima de todo eso? Mi hija —su voz se volvió espesa—. Era tan pequeña que me daba miedo tocarla. Yo nunca he sido religioso, pero recé por que viviera, aunque Dios no escuchó mis plegarias y tuve que verla luchar por su vida hasta que estuvo demasiado cansada para seguir luchando y murió. Y todo porque yo había dado más importancia a mi negocio que a mi esposa y mi hija.

Su dolor era insoportable. Hayley lloraba en silencio.

—¿No crees que ya te has culpado bastante tiempo? —susurró.

Bram la miró con los ojos secos.

—La eternidad no sería suficiente.

Salió de la estancia sin añadir nada más y ella cerró las puertas con llave para que no la molestaran, se sentó en el sillón de su abuelo y lloró, sin saber si las lágrimas eran por el dolor de él o por el suyo.

Se había enamorado de un hombre que no tenía ya capacidad para amar.

No sólo estaba loca, sino que además era tonta.

Hayley se despertó con una sed terrible y sin saber dónde estaba. Permaneció

un rato inmóvil hasta que recordó que estaba en el sillón del despacho de su abuelo. La toalla con la que se había cubierto el pelo seguía húmeda, ahora de sus lágrimas.

Se acercó al baño tambaleante, encendió la luz y parpadeó. Tenía los ojos rojos y le iba a costar mucho deshacer los nudos del pelo. No sabía qué hora era, pero intuía que era tarde.

Su estómago parecía tan vacío y hueco como su corazón. Bebió agua del grifo y decidió recoger el desorden del despacho y pasar por la cocina.

Encendió la luz del despacho y sintió carne de gallina en los brazos. La estancia estaba tan limpia y ordenada como cuando entró a hablar con su hermana.

—Esto no puede estar pasando. Otra vez no.

La guía de teléfonos había desaparecido de la mesa. La silla que había usado Bram volvía a estar en su sitio. El ordenador estaba apagado; lo único que había fuera de lugar era su botella de agua, en la mesa. Sin eso y la toalla, habría podido creer que todo había sido un sueño.

Con el corazón latiéndole con fuerza, buscó la foto que había imprimido Bram, pero no encontró ni ésta ni la otra. La papelera estaba vacía y en el suelo no había nada. Las puertas seguían cerradas.

Terminó la botella de agua e intentó encender el ordenador, pero le pidió una contraseña.

Hayley sintió un frío intenso hasta los huesos. ¿Aquello podía ser obra de Bram? ¿Pero para qué?

¿Para que no pudiera buscar las fotos en el ordenador, quizá?

Respiró hondo. Empezaba a estar harta de pasar miedo en su propia casa. Por muy tarde que fuera, llamaría inmediatamente al abogado; seguramente tendría contestador, ¿no? Y no iba a permitir que una persona sin rostro la aterrorizara en su propia casa.

Pero la guía telefónica había desaparecido.

Apretó con miedo la botella de agua. Alguien no quería que llamara al abogado.

Respiró hondo varias veces. No cedería al pánico. Llamaría a Información y pediría el número.

Pero en el teléfono no había línea.

Hayley, al borde ya de la histeria, se esforzaba por calmarse. El miedo no la iba a ayudar en absoluto. Aquello era un ataque deliberado; querían asustarla y eso era precisamente lo que no debía hacer. Ya se preocuparía más tarde de pensar cómo podían haber hecho todo aquello sin que se despertara, de momento aquello era un juego de nervios y ella tenía que salir vencedora.

—Sólo pueden ganar si yo les dejo. Y no lo haré.

Apagó la luz y salió al pasillo. De la cocina salía luz y su estómago le recordó que estaba vacío. Además, volvía a tener mucha sed.

Cuando entró en la estancia, encontró a Marcus de pie ante la encimera bebiendo una botella de agua y comiendo un trozo de empanada.

—No sabía que estabas aquí —dijo ella—. Pensaba que era la señora Norwhich.

—Se ha acostado —repuso él.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—¿Había dormido toda la tarde? ¿Qué le ocurría? Asustada, intentó respirar despacio. Marcus terminó su botella de agua y abrió otra. Como no le ofreció, ella abrió la nevera y se sirvió sola. Él la miró en silencio.

—Tenemos que hablar —dijo Hayley.

—Yo no tengo nada que decirte —terminó la empanada y dejó el plato en el fregadero.

—Nunca lo tienes —dijo ella con tristeza—, pero esta vez no puedes elegir.

Esta noche hablaré con el abogado sobre la casa. Quiero que le digas a Bram que no ponga más barrotes.

—No.

—No tienes derecho a hacerlo y lo sabes. Esta casa es mía.

La expresión de él, fría y gris como la muerte, la hizo estremecerse. Por primera vez sentía verdadero miedo del hombre que era su padre.

—¿Eso crees, pequeña? —avanzó hacia ella—. ¡Qué altanería! Eres una auténtica Hart, ¿verdad? Los Hart no aprenden nunca —bajó la voz, cosa que añadió fuerza a su amenaza—. Pues deberías. Podría partirte el cuello como si fuera una rama —flexionó los dedos y de la boca le salió un hilillo de espuma.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Eden detrás de ellos—. ¿Marcus?

Hayley suspiró de alivio.

Marcus se enfrentó a su esposa sin perder nada de su furia.

—Tenía que haberme librado de todas —dijo.

Eden se acercó a la encimera, tomó su agua y se la tendió.

—El programa de la tele empieza en cinco minutos.

Él le quitó la botella de la mano.

—Pues encárgate tú de ella.

—Lo haré.

Marcus murmuró algo inaudible y desapareció. Eden apretó los labios con un gesto de desaprobación.

—No toleraré que lo perturbes así. Tu padre no está bien.

—Está loco. Eso no es demencia senil. Está loco y es peligroso.

—Está cansado —repuso la mujer—. Tú lo alteras mucho. Estaba bastante bien hasta que llegaste tú.

—¿Cómo puedes decir eso? Está convirtiendo Heartskeep en una fortaleza. Y es violento.

Eden hizo una mueca de desprecio. Se acercó a la encimera a limpiar unas migas imaginarias.

—Exageras mucho, Hayley. Supongo que has venido aquí a buscar algo de comer ahora que está todo limpio y la señora Norwhich se ha retirado ya.

Hayley, confusa por la reacción de la otra, luchó por mantener la calma. No pensaba tolerar que Eden ignorara lo que acababa de ocurrir.

—¿No has oído lo que ha dicho? ¿Qué doctor lo está viendo? Quiero hablar con él.

Eden se volvió con el paño de cocina en la mano.

—¿Por qué?

—Porque soy su hija y deseo saber qué le ocurre.

—Yo soy muy capaz de cuidar de mi esposo.

—¿Seguro? Pues hace un momento quería golpearme. Tengo intención de averiguar lo que ocurre aquí —prosiguió Hayley—. Empecemos por quién tiene copias de las llaves maestras de dentro de la casa.

—¿A qué te refieres?

—Alguien ha limpiado hoy el despacho de mi abuelo.

—¿Y qué? Para eso contraté a Paula y a la señora Norwhich.

—¿Les has dado llaves maestras?

—¿Por qué te importan tanto las llaves maestras?

—Porque el despacho estaba cerrado pero han entrado de todos modos.

—Hay varias puertas en ese despacho —le recordó Eden con altanería.

—Lo sé. Tres. Y estaban todas cerradas.

Eden achicó los ojos.

—¿Se han llevado algo? —preguntó.

—Ahora que lo preguntas, sí. La guía de teléfonos.

—¡Oh, por todos los santos! Eso es un grave delito. Pediré que detengan a Paula de inmediato. ¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor la necesitaba para buscar un número? Llama a su puerta y pregúntale.

—Tú dijiste que no vivía en la casa.

—Ayer la convencí de que se instalara en el cuarto contiguo al de la señora Norwhich. Quiero tenerla donde pueda supervisarla.

A Hayley no le gustaba la idea de la asistenta viviendo allí, pero decidió que ya lidiaría más tarde con eso.

—La guía no es importante y, además, no servirá de mucho, ya que no hay línea. Lo que importa es cómo...

—¿Pero qué dices? ¿Desde cuándo no hay línea? Yo he hablado hace un rato

—Eden se acercó al teléfono y levantó el auricular—. Claro que hay línea.

A Hayley le dio un vuelco el corazón.

—En el despacho no había —dijo débilmente.

Su madrastra movió la cabeza con disgusto.

—Vamos, Hayley, te estás volviendo tan paranoica y rara como tu padre. Y no me sorprende. Dicen que los problemas mentales son genéticos.

La joven decidió no dejarse impresionar por aquellas palabras, pero no pudo evitar una punzada de miedo.

—¿Y cómo describes tú a tu comportamiento de esta mañana? —preguntó —.

Yo diría que es muy raro seguir a Marcus por el laberinto agachada detrás de los setos.

—No sé de qué me hablas.

La voz de Eden contenía tanto desdén que Hayley no supo qué pensar.

—Estoy empezando a preguntarme si no estarás tan loca como tu padre —continuó la mujer—. ¿Te has visto bien? Eres un desastre. Jacob me ha contado lo rara que estás desde que llegaste. Para tu información, yo no he salido esta mañana al jardín; hacía mucho calor para salir de la casa. Y jamás

entro en los laberintos —se estremeció.

—Pues yo te he visto y te he seguido. Y he oído lo que te ha dicho Marcus. ¿Le estás haciendo chantaje?

—¿Qué? —Eden parecía atónita—. ¿Qué has oído exactamente?

—Marcus ha dicho que no pensaba darte ni un centavo más.

La actitud de la mujer cambió una vez más. Por un momento pareció pensativa, casi como si se hubiera olvidado de Hayley. Luego la miró a los ojos.

—Escúchame. Deja de intentar causar problemas o te prometo que te arrepentirás.

Se volvió y salió de la cocina. Hayley oyó claramente cómo se cerraba la puerta de la despensa.

Alguien estaba escondido allí.

Capítulo 9

Hayley se obligó a abrir la puerta. Tal vez Paula o la señora Norwhich estaban allí y no se habían atrevido a salir por no entrometerse en una discusión familiar.

Pero al encender la luz, vio que no había nadie, aunque ella estaba segura de haber oído cerrarse la puerta.

Dicen que los problemas mentales suelen ser genéticos.

—Hola, Hayley —dijo Jacob, animoso, desde la puerta de la cocina—. Te has perdido la cena. Tu coche sigue delante y... —parpadeó con rapidez—. ¿Qué te ha pasado? Estás... —se detuvo.

Hayley se apartó el pelo enredado mientras intentaba frenar los latidos de su corazón.

—Una mujer no debería quedarse dormida con el pelo mojado —dijo.

—Ah, ¿sucede algo? Pareces preocupada.

—Acabo de tener una conversación con Marcus y después con tu madre.

—¿Qué ha hecho ahora mi madre? —gimió Jacob—. Te juro que a veces la estrangularía. Sus intenciones son buenas, pero protege demasiado a tu padre, sobre todo desde que está... ya sabes. Oye, ¿por qué no te sientas y me cuentas lo que ha pasado mientras te preparo algo de comer?

—No. Gracias, pero...

Jacob se acercó más.

—No me importa, en serio —bajó la voz de modo seductor—. De hecho, me gustaría hacer muchas cosas por ti.

—Jacob, no. Por favor. No puedo lidiar con...

—Llevo tiempo pensando en esto. ¿Por qué no nos casamos?

Hayley lanzó un respingo ante lo absurdo de la pregunta.

—¿Qué?

—Tenemos mucho en común —añadió él—, aparte de unos padres imposibles. Muchos gustos similares. No, no me interrumpas y escúchame.

Estoy preocupado por ti. Te veo muy nerviosa desde que llegaste y creo que necesitas alguien que te cuide. Tú siempre has sido la fuerte. ¿Por qué no me dejas ahora hacer ese papel a mí?

—¡Jacob, basta! Esto es una locura.

—No, no lo es. Debes saber que he estado medio enamorado de ti desde que éramos niños.

—¡No! ¡No! —él intentó abrazarla y ella le apartó las manos. Le costaba trabajo respirar y mucho más pensar.

—No quería molestarte. Esto es muy precipitado, ¿verdad? Perdona. Es porque llevo mucho tiempo esperando a decirte lo que siento. Prometo ir más despacio, pero piénsalo y dame una oportunidad. Te quiero mucho.

Hayley no podía soportar más presiones.

—No puedo... Hablaremos en otro momento. Buenas noches.

—¡Espera! No has comido nada.

Hayley salió volando de la estancia. Oyó el ruido de la puerta de Paula Kerstairs al cerrarse y subió corriendo las escaleras hasta su cuarto.

—Pero esta habitación no es segura —dijo en voz alta—. Alguien tiene llaves

de todas las puertas.

Acercó la silla del escritorio y la colocó debajo del picaporte. No impediría la entrada a alguien muy decidido, pero no creía que Jacob fuera capaz de echar la puerta abajo.

¡Aunque podía entrar por el cuarto de baño contiguo! Hayley cruzó a la habitación de Leigh y colocó también la silla de allí debajo de la cerradura.

Jacob tocó en la puerta con los nudillos y la llamó de viva voz; Hayley no contestó y él no insistió. Unos minutos después lo oyó hablar con alguien en el pasillo; con Eden quizá, ya que su cuarto estaba al otro lado del de Hayley.

Y la joven se dio cuenta de que jadeaba como si hubiera corrido varios kilómetros. ¿Por qué se había puesto así? Jacob no la había atacado. ¿Por qué se asustaba tanto? Llevaba años lidiando con los hombres sin haber tenido que recurrir a esconderse en su cuarto.

Entró en el cuarto de baño y soltó un gemido al verse en el espejo. Se metió en la ducha, donde el agua caliente tardó mucho tiempo en calmar el frío que la invadía. El vacío del estómago la hizo al fin buscar una toalla. Se peinó el pelo mojado y se dio cuenta de que necesitaba a Bram. Él era su ancla en un mundo que se había vuelto loco. Tenía que hacerle comprender que no creía

que estuviera allí por venganza.

Se puso una falda color lima y una blusa a juego, sin sujetador, y bajó por las escaleras de atrás. Por suerte la cocina estaba vacía y oscura, excepto por la luz de encima de los fogones.

Hayley comió una galleta salada y echó el resto del paquete y queso en una bolsa de plástico. Salió por la parte de atrás y se dio cuenta demasiado tarde de que no llevaba linterna, pero decidió no retroceder.

No le sorprendió encontrar a Bram trabajando. Era mucho más agradable trabajar de noche. La temperatura había bajado al retirarse el sol y llegaba una brisa ligera del río Hudson.

Se detuvo al borde del claro, fascinada por la visión de Bram vestido sólo con pantalones vaqueros cortados, zapatos y los guantes pesados que necesitaba para tocar el metal. Su pecho desnudo brillaba por efecto del sudor y golpeaba una barra larga de metal con concentración fiera, como si su vida dependiera de la precisión de cada martillazo.

Hayley sintió una emoción nueva. Él era un hombre magnífico, un hombre en el que podía apoyarse y que tenía también un lado más suave, que se notaba en la belleza de su arte.

Bram dejó de trabajar y levantó la vista.

—¿Querías algo? —preguntó.

Hayley entró más en el claro.

—Sí. ¿Podemos... hablar?

—¿Hablar?

Miró el pecho sin sujetador de ella y la tela delgada de la blusa se convirtió en un estímulo erótico contra los pezones.

—Vuelve a la casa. No estoy de humor para... hablar —se volvió y metió la barra roja en un cubo lleno de agua—. No soy buena compañía en este momento.

—Lo sé. Es culpa mía. Lo siento.

Bram dejó las herramientas y se quitó los guantes.

—¿Qué quieres de mí?

Hayley depositó la bolsa con las galletas y el queso en una de las sillas plegables y se acercó a él. Bram era un hombre tan duro como el metal que trabajaba. Pero el calor podía ablandar el metal.

—Te necesito —dijo con sinceridad.

—Quieres decir que necesitas sexo —repuso él.

—Eso también, pero antes necesito tu ayuda —tragó saliva—. Tengo miedo.

Mucho miedo.

La expresión de él seguía siendo inescrutable.

—¿De qué?

—No sé lo que ocurre y no sé qué hacer. No consigo pensar con claridad.

Estoy muy confusa y me distraigo fácilmente. Estoy siempre agotada o dormida.

Mi cerebro parece de papilla y no sé por qué.

Se interrumpió porque sabía que estaba al borde de las lágrimas.

—Yo no lloro nunca. Nunca. Y aquí no hago otra cosa. Puede que Eden tenga razón y esté tan loca como Marcus.

—No seas tonta.

—Creo que ya es tarde para eso.

—Vete a ver a un médico.

Hayley asintió, pero no se movió.

—¿Por qué acudes a mí?

—Porque eres la única persona en la que confío. Tenías razón. Alguien está jugando conmigo y yo no sé las reglas del juego.

Su estómago eligió ese momento para resonar con fuerza.

—¿Qué has cenado? —preguntó Bram.

—Nada. Estaba durmiendo.

Él la miró de hito en hito.

—Siéntate antes de que te caigas —gruñó. Su voz se suavizó—. Estás temblando.

—Eso también me ocurre mucho últimamente.

Bram lanzó un juramento y la acompañó a una de las sillas.

—Tienes que comer.

—He traído galletas y queso —dijo ella—. Hay bastantes para los dos.

—Yo ya he cenado —repuso él con brusquedad.

Se alejó y ella cerró los ojos para que no viera cómo la hería su rechazo. Lo oyó moverse por allí, pero no lo miró. No importaba lo que hiciera, no la quería allí. Por parte de él, la atracción había sido sólo sexual. Y ahora ya ni siquiera le interesaba eso.

Descansaría un minuto y luego se iría. Si no había sitio en la posada, dormiría esa noche en su coche.

—¿Hayley? ¡Despierta!

Se obligó a abrir los ojos.

—No estaba dormida —pero su voz sonaba espesa y sentía los ojos pesados.

—Sí lo estabas —repuso él con más gentileza.

Se había limpiado el sudor y puesto una camisa limpia. Tenía un plato en las manos. ¿Había pasado un rato y ella no se había dado cuenta? El corazón empezó a latirle con miedo.

—Algo pasa aquí. Nadie está siempre cansado. Y tengo mucha sed. ¿Me das una botella de agua de la bolsa?

—Hayley, ¿tomas drogas?

—No.

—¿Tampoco de las de receta médica?

—No tomo ni cafeína.

Bram la observó.

—Pero bebes mucha agua. Creo que no te he visto nunca sin una botella.

—Es sano.

Él le pasó el plato, donde además de las galletas y el queso, había puesto fruta.

—Cómete esto. Te traeré agua.

Le pasó una botella, pero le resbaló de los dedos y cayó al suelo.

—Perdona. Creo que no te he dicho que últimamente también estoy muy torpe.

Bram tomó la botella y se quedó muy quieto. Miró la botella, desapareció un momento y volvió con un vaso de plástico.

—Bebe esto.

—¿Qué es?

—Soda.

—No me gusta.

—Bébela de todos modos.

—Me parece que no.

Él se apartó de la luz y volvió con una linterna mucho más grande. La encendió, acercó la botella de agua a la luz y empezó a girarla muy despacio.

Hayley lo observaba, olvidada de la comida. Él apretó con suavidad y un rastro de humedad bajó por un lado.

—Cuando la he recogido del suelo, estaba húmeda —musitó—.

¿Cuándo empezaste a notar todos esos síntomas?

Ella comenzó a temblar.

—Poco después de llegar aquí.

Bram asintió.

—El otro día bebí de una de tus botellas.

—Sí, me acuerdo.

—Y me pasé toda la tarde cansado y confuso. Lo achaqué al calor.

—¿Estás diciendo que hay algo en el agua?

—Está cerrada, pero si no me equivoco, hay un agujero minúsculo aquí, debajo de la tapa. Un agujero como los que podría hacer una jeringa.

Hayley miró la botella sin comprender.

—¿Cuánta agua has bebido hoy? —preguntó él.

—No lo sé. No me acuerdo.

—Inténtalo. ¿Has bebido después de despertarte?

—Sí. Pero sólo una botella.

—Con el estómago vacío —dijo él, sombrío.

—No sabemos si hay algo en el agua.

—Creo que podemos asumir que sí. Ven. Nos vamos al hospital.

—¡No!

—Hayley, si el agua está drogada...

—Llamarán a la policía —musitó ella—. Y ellos dirán que yo he alterado las botellas para conseguir que reabran la investigación.

—¿Qué investigación?

—Cuando desapareció mi madre, Leigh y yo convencimos a la policía de que

quitaran la fuente que acababan de instalar. Estábamos tan seguras de que Marcus tenía algo que ver, que los convencimos de que buscaran su cuerpo, aunque ella había desaparecido en la ciudad. La prensa se enteró, Marcus se vio obligado a cerrar su consulta y enviar sus pacientes a otro sitio. La policía sacó la fuente y registraron la casa y los jardines sin encontrar nada, pero yo seguí insistiendo en que Marcus era responsable. El jefe Crossley me contó al fin lo que ocurriría si no dejaba de acusar sin pruebas.

—Y tú seguiste presionándolos.

—¡Tenía que hacerlo! No podía permitir que se olvidaran de ella — Hayley apartó la vista—. Llegó un momento en el que el jefe Crossley ya no se ponía al teléfono y seguro que le gustaría tener una excusa para meterme en la

cárcel. Si el agua está drogada, tendrá la excusa que busca.

—Pero tenemos que analizarla —insistió Bram.

—Si fuera algo venenoso, ya estaría muerta.

—No quiero llevarte la contraria, pero hay venenos de acción lenta.

Ella abrió mucho los ojos. Parecía muy frágil y Bram no quería ver lo preocupada que estaba, aunque podía meterla a la fuerza en la camioneta y llevarla a un hospital le gustara o no.

—¿Hay algún lugar privado donde podamos analizar el agua? —preguntó ella.

—Seguramente.

—Por lo menos hay una explicación para que me esté volviendo loca.

—Tú no estás loca.

—No estés tan seguro. No te he contado lo que ha ocurrido hace un rato.

—Cuéntamelo en el coche.

—Te he dicho...

—Al hospital no —asintió él—. La otra noche en la posada me presentaste a una pareja mayor muy agradable.

—George y Emily Walken.

—Sí. Vamos a hacerles una visita.

—¿Qué pueden hacer ellos?

—No lo sé, pero tú dijiste que conocían a todo el mundo. Yo no conozco bien la zona para buscar un laboratorio que nos analice el agua y es tarde. No podríamos encontrar nada abierto a estas horas. Quizá ellos puedan ayudarnos.

Sube al coche y come. La comida te ayudará a absorber lo que haya en el agua.

—¿Estás seguro? Quizá debería vomitar.

Bram la miró y vio lo asustada que estaba. A él le ocurría lo mismo; el miedo por ella le roía las entrañas. Le puso una mano en la mejilla.

—No tienes fiebre. Vamos a ver a los Walken.

—De acuerdo. ¡Oh, espera! Tengo que ir a buscar mi bolso.

—Déjalo. No volverás a poner un pie en esa casa hasta que descubramos lo que ocurre —dijo él con firmeza. La ayudó a sentarse en el coche—. Vuelvo enseguida.

Cuando regresó unos minutos después, ella tenía la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y el plato de comida intacto en el regazo.

Bram la sacudió con gentileza.

—Vamos, lucha. Tienes que quedarte despierta, yo no sé llegar a la casa.

La propiedad de los Walken resultó ser mucho más grande que Heartskeep, pero con líneas más tradicionales. Emily Walken abrió la puerta y, si le sorprendió verlos a esas horas, no lo dio a entender.

—Hayley, señor Myers. ¡Qué agradable sorpresa!

—Señora Walken —Bram guió a Hayley al interior—. Perdone que nos presentemos así, sin avisar, pero tenemos una urgencia.

George Walken apareció también en el vestíbulo y Bram fue directo al grano.

—Hayley ha bebido agua de botellas en las que creemos que han metido algo.

—¿Qué síntomas tienes? —preguntó Emily, con una calma que daba confianza.

—Agotamiento, confusión mental. ¿Algo más? —preguntó Bram a la joven.

—Quizá alucinaciones auditivas —dijo ella con nerviosismo—. Me ha parecido oír que se cerraba la puerta de la despensa, pero no había nadie.

George miró a Bram.

—El hospital...

—¡No! —gritó Hayley con firmeza.

El hombre asintió con la cabeza.

—Está bien, Hayley. Tenemos amigos que quizá quieran ayudarte. Saul es médico y su esposa es química.

—Saul es pediatra, querido —corrigió su esposa—, aunque ha tenido que tratar a jóvenes por ingestión de drogas y sobredosis. Voy a llamar a Rhea. Os gustarán los Levinson.

Y era cierto, les gustó la pareja. Saul era un hombre bajo y alegre, que compensaba su falta de estatura con un gran corazón y una disposición animosa.

Rhea era mucho más alta y callada que él, pero parecía dominar su profesión.

Hayley estaba sentada en el sofá al lado de Bram. El contacto físico con él parecía tranquilizarla.

—Mis pacientes suelen ser más jóvenes que usted, pero veremos lo que podemos descubrir —le dijo Saul—. Necesito una muestra de orina y de sangre, y toda la información que pueda darme.

Emily acompañó arriba a la pareja y a Hayley, y Bram comenzó a pasear

nervioso por la sala. George Walken lo miraba desde su sillón, al lado de una chimenea enorme.

—Comprendo que no quiera ir a la policía —dijo—. Hayley ha sido una espina que el jefe Crossley ha tenido clavada desde que desapareció Amy. El investigador principal del caso era de Nueva York y no se llevaba bien con los de aquí, por lo que la situación fue difícil para todos.

—¿Usted cree que Marcus tuvo algo que ver con la desaparición de Amy?
George suspiró.

—Nunca he sabido qué pensar. Todas se tomaron muy mal la muerte de Dennison, pero Amy peor que nadie. Adoraba a su padre y, cuando desapareció tan poco tiempo después de la muerte de él, se cuestionó mucho su estado mental.

—Y supongo que eso no le gustaría a Hayley.

—No. Ninguno nos creímos que Amy se hubiera ido a Nueva York de compras tan poco tiempo después de la muerte de su padre, pero no sabemos por qué fue.

George se quedó pensativo un momento.

—No sé. Amy era una persona muy introvertida y ninguno la conocíamos muy bien. Lidiaba ella sola con sus problemas.

—Igual que su hija.

—Sí —sonrió George—. Exacto. Gracias por traerla aquí esta noche.

Dennison me confió a menudo que lo preocupaba lo que pudiera ser de Amy y las niñas si a él le ocurría algo.

—¿Por qué no se divorció Amy de Marcus?

George movió la cabeza.

—Se lo pregunté una vez y me dijo que había hecho un juramento para lo bueno y para lo malo. Una vez que Amy daba su palabra, no se echaba atrás.

Habría sido distinto si Marcus hubiera sido violento con las chicas, pero se limitaba a ignorarlas. Yo le prometí a Dennison que cuidaría de ellas si le ocurría algo, pero me temo que no lo hice muy bien.

Bram sabía que su pena era auténtica. Hayley le había dicho que su esposa y él acogían a chicos con problemas y se preguntó si esos chicos sabían la suerte que tenían.

Volvió los demás y a Bram lo alivió ver que Hayley tenía mucho mejor aspecto. Se acercó a él como si fuera lo más natural del mundo y Bram le rodeó la cintura con el brazo.

Saul no podía asegurar nada hasta que su esposa analizara las muestras, pero su examen físico de Hayley no había revelado nada serio. Cuando la pareja se marchó, la aprensión de Bram había disminuido bastante.

—Os he preparado habitaciones a los dos —le dijo Emily—. Podéis usar todo lo que necesitéis. Hayley sabe dónde están las cosas.

—Gracias, pero yo puedo volver a Heartskeep.

Hayley se puso tensa.

—Puedes, pero, si quieres, puedes quedarte —repuso Emily.

Bram asintió despacio.

—De acuerdo. Gracias.

Emily les mostró dos habitaciones situadas una enfrente de otra. Bram bajó al coche a buscar sus artículos de afeitarse y un cambio de ropa y se duchó antes de meterse en la cama.

El agua relajó sus músculos, pero no su mente. Hayley empezaba a despertar en él sentimientos dormidos y eso lo aterrizzaba. Sabía desde el principio que no sería mujer para una aventura, que era de las que lo querían todo: amor, matrimonio, niños...

Y él no podía pasar de nuevo por eso, aunque tampoco podía alejarse de ella en ese punto. Hayley empezaba a romper la barrera que había erigido para mantener a la gente a distancia. Entre ellos había un vínculo tangible y profundo.

No dejaba de decirse que aquello era sexo. Y el sexo sí formaba parte de ello.

La deseaba continuamente, pero sabía que los dos sufrirían cuando tuviera que dejarla marchar.

Se envolvió una toalla a la cintura y salió del cuarto de baño, aliviado de encontrar el pasillo vacío.

El cuarto que le habían asignado no lo estaba.

Capítulo 10

Hayley estaba sentada en la cama con expresión nerviosa pero decidida, con el pelo cayéndole de modo natural sobre el hombro hasta tocar el pecho. No era una pose, lo que hacía que el efecto resultara aún más erótico. El camisón rosa de raso que le había prestado Emily realzaba todas sus curvas y el cuerpo de Bram reaccionó al instante.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

Estaba algo sonrojada y muy femenina, una mujer que esperaba a su amante.

Pero él no era su amante, aunque cada vez le costara más vencer la tentación.

—No deberías estar aquí —gruñó, con menos firmeza de la que le hubiera gustado.

Veía que ella estaba nerviosa, pero sonrió.

—¿Por qué no?

Bram respiró hondo.

—Déjalo ya. No te voy a hacer el amor —podía morir de deseo, pero estaba decidido.

—Está bien —repuso ella—. Entonces te lo haré yo a ti.

A él se le paró el corazón y sintió que no podía respirar.

—Más tarde —añadió ella. Sólo un ligero temblor de las manos traicionaba su calma—. Aunque no lo creas, no he venido por eso.

—¿No?

—No del todo. Pero sigue mirándome así y puede que cambie de idea.

Miró la toalla de él, donde se notaba claramente su erección.

—Esto es un dormitorio, Hayley. Tú eres una mujer deseable con un camisón

provocativo y yo soy un hombre.

—Sí, ya lo veo. Me alegro de que me deseas. Yo a ti también.

Bram maldijo en su interior. Se acercó a la cama.

—Ya te dije que soy muy mayor para juegos.

—Espero que no para todos los juegos —susurró ella.

Bram detuvo la mano femenina, que se acercaba a la toalla.

—¡Quieta!

Si lo tocaba, se acabaría todo. Su resolución tenía un límite.

Ella bajó la mano.

—Perdona. Es la primera vez que intento seducir a un hombre.

Aquella frase lo excitó más que ninguna otra que hubiera podido decir y tuvo que esforzarse para no perder el control.

—Cuando hagamos el amor, Hayley, quiero saber que es decisión tuya y no una reacción química sobre la que no tienes control.

—¿Cuándo hagamos el amor? Eso suena prometedor, gracias; pero no tengo más remedio que señalar que nuestra respuesta mutua es una reacción química te guste o no. Las feromonas no tienen nada que ver con lo que pueda haber en el agua.

Bram apretó los dientes; cada vez le costaba más dominarse.

—Somos invitados en casa de los Walken —dijo—. Nos han dado habitaciones separadas y dudo mucho que aprobaran las cosas que me gustaría hacerte ahora.

Hayley se estremeció y Bram sintió el estremecimiento hasta las plantas de los pies.

Ella echó la cabeza a un lado.

—Te equivocas. El ala de invitados de los Walken está al otro lado de la casa, cerca de sus habitaciones. Nos han puesto aquí para que yo pudiera elegir y ya he elegido. Esta noche no quiero dormir sola ¿Puedo quedarme contigo?

Bram cerró los ojos. Su cuerpo estaba endurecido por un deseo que sólo ella podía satisfacer. Estaba cansado de hacerse el mártir. Juró para sí y notó cómo se evaporaba su determinación.

—Si has venido aquí esperando algo más que un revolcón, ya puedes cambiar de idea —dijo con voz ronca—. Yo no pienso casarme.

Hayley se levantó con un movimiento lleno de gracia.

—Oh, tú no estás nada mal, pero no recuerdo haber propuesto otra cosa que una noche juntos.

Bram, inflamado por la expectación que veía en la expresión de ella, deslizó los dedos bajo el río sedoso de su pelo y la besó en los labios con suavidad.

Las manos delicadas de ella acariciaron su pecho desnudo con lentitud dolorosa, dejando tras de sí un reguero de fuego. Hayley se mordisqueó el labio inferior y profundizó el beso con insistencia exigente.

Bram dejó de pensar y le devolvió el beso con ansia fiera hasta que sus dientes chocaron accidentalmente y se esforzó por recuperar el control.

—¡Basta, Hayley!

—No quiero parar.

Él tampoco. La atrajo contra su pecho desnudo para que sintiera el deseo que había provocado. Ella se apoyó en él y él la besó de nuevo en los labios.

—¿Sigues pensando que soy demasiado joven? —susurró ella, temblorosa, contra su boca.

Bram dejó de pensar por completo. La tumbó en la cama y se acomodó a su lado. Un deseo salvaje y ardiente se había apoderado de él. No recordaba haber deseado nunca tanto a nadie. La besó con pasión y rabia, deseando explorar y saborear a voluntad. Acarició su cuerpo cubierto de raso hasta que encontró un pezón, que frotó con suavidad hasta que ella gimió de placer.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y se regodeó en los gemidos de excitación que conseguía arrancarle.

Le besó el cuello hasta el borde del escote y ella se estremeció y lo miró con ojos nublados por la pasión. Le sostuvo la mirada y deslizó un dedo por debajo del borde de encaje. Rozó levemente la piel suave del pecho y ella respiró con fuerza.

Bram buscó el pezón y ella cerró los ojos y se arqueó para darle más acceso.

Apartó la tela rosa y cerró los labios en torno a uno de los pezones. Hayley gritó de placer. Él se dio cuenta de que sería una amante ruidosa, pero no le importó lo más mínimo.

Pasó al otro pezón y succionó con fuerza. Ella deslizó las manos en su pelo y se movió adelante y atrás. El contacto de su piel con la de él lo volvía loco.

Introdujo la mano por debajo del camisón y le sorprendió comprobar que iba desnuda. Subió la mano por el muslo y se detuvo en la zona húmeda.

La tocó allí y ella se frotó contra su mano.

—¡Bram, por favor!

—Paciencia —susurró él. La aplastó contra sí y la besó en la boca mientras le acariciaba el pubis con un dedo. Ella gimió de placer.

—¿Sigues queriendo jugar, jovencita? —preguntó él.

—Sí —susurro ella.

Bram siguió acariciando sus pliegues suaves y húmedos. Sabía que debía frenar aquel ritmo salvaje si no quería explotar, pero Hayley no quería ni oír hablar de eso. Deslizó los dedos por el abdomen de él y le soltó la toalla.

—¡Oh!

Bram sonrió. La mirada de ella ponía a prueba los límites de su control.

Hayley lo tocó tímidamente con las yemas de los dedos en una caricia que resultaba una tortura exquisita. Cuando tomó el pene en sus manos, él tuvo que detenerla.

—No tengo mucho control —explicó—. Te deseo demasiado.

—Sí.

Su aceptación era todo lo que él necesitaba oír. Le quitó el camisón, se tumbó

de espaldas y la colocó encima. Ella abrió mucho los ojos cuando sus cuerpos desnudos entraron plenamente en contacto.

Le mordisqueó el hombro con aire juguetón y Bram la colocó para la penetración. Ella empezó a bajar sobre él con lentitud, creando una sensación que superaba todas sus fantasías.

Bram la besó en la boca y terminó de penetrarla por completo. La barrera momentánea fue algo tan inesperado que lo dejó inmóvil... demasiado tarde. Se había tragado el grito de sobresalto de ella y ahora le apretó los hombros con fuerza.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Importa eso? —susurró ella—. Yo te deseo.

Bram, sofocado por sentimientos que no podía discernir, la estrechó con fuerza.

Hayley le besó la comisura de los labios.

—Por favor, no me digas que, después de ese comienzo tan espectacular, esto es todo.

Empezó a moverse sobre él, que la besó en los labios con intensidad e imitó

sus movimientos. Cuando las manos de ella empezaron a acariciarle el pecho, intentó aflojar el paso de nuevo, pero Hayley no quiso saber nada de

eso. Él la colocó rápidamente debajo y notó que sus piernas lo abrazaban con impaciencia.

La besó con fuerza. La cama se balanceaba con la fuerza de sus movimientos.

Las sensaciones eran muy intensas. No podía durar, pero estaba decidido a no hundirse solo en aquel abismo de rendición. Insertó un dedo entre sus cuerpos y observó la cara de ella cuando la tocó en el punto en que se unían. Apenas si pudo cubrir a tiempo su grito de placer. El cuerpo de ella se apretó en torno a él, que se dejó llevar con ella.

Ninguno de los dos se movió durante un rato. Bram se contentó con escuchar el ritmo del corazón de ella mientras el sudor se enfriaba en sus cuerpos y el aroma del sexo impregnaba la atmósfera.

Hayley apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro de satisfacción y él le besó la frente y le apartó el pelo.

—¿Por qué? —preguntó.

Ella se volvió y lo besó en el pecho.

—Porque nunca había deseado a nadie como te deseo a ti —lo miró por entre sus largas pestañas y sonrió—. Y si vuelves a decir que eres muy mayor para mí, prometo que te haré daño.

—Demasiado tarde. Ya me has matado.

—Me alegro. La muerte te sienta bien —se acurrucó contra él—. Esto está muy bien.

Bram estaba de acuerdo. Le hubiera gustado poder yacer así para siempre, pero sabía que su cerebro no tardaría en empezar a mostrar una letanía de problemas.

—¿Siempre duermes desnudo? —preguntó Hayley.

Él cubrió los cuerpos de ambos con la sábana y apagó la luz.

—Sí. ¿Hay algo más que quieras saber?

—Quiero saberlo todo sobre ti.

Bram miró el techo oscuro.

—Hayley, he intentado advertirte de que no te llenaras la cabeza de ideas románticas sobre mí. No quiero hacerte daño.

—¿Por lo que pasó con tu esposa y tu hija?

—Sí.

Ninguno de los dos habló en largo rato. Bram buscaba en su recuerdo, sorprendido de encontrar tristeza y pena sin la amargura que solía acompañar

sus pensamientos sobre Helen y los días de espanto en los que esperaba que muriera su hija.

—¿Bram?

—¿Sí?

—He pensado... no creo que la droga del agua fuera para mí.

Bram se colocó de lado, apoyó la cabeza en el codo y miró la figura de ella en la penumbra.

—Nadie sabía que iba a venir. Marcus siempre ha bebido agua embotellada, no le gusta el sabor de la del pozo. Eden me dijo que estaba en las primeras fases de demencia senil. ¿Pero y si no es así? ¿Y si su comportamiento se debe a esa droga? Un doctor que no lo conociera y que no buscara drogas podría pensar que está mentalmente inestable.

Bram tenía que admitir que lo que decía sonaba muy razonable.

—Como enfermera, Eden tiene acceso a drogas y a jeringas.

—¿Y qué gana ella con eso, Hayley?

—No lo sé. Eso es lo que no consigo averiguar. Estoy segura de que sabe que Marcus no hereda Heartskeep, pero como esposa suya, sí puede heredar sus bienes.

Bram volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

—¿Marcus tiene dinero propio?

—No lo sé. Ha trabajado, pero no sé si ha ganado mucho. Una vez oí decir a mi abuelo que se había casado con mi madre por su dinero. Sé que ha usado dinero nuestro en su calidad de tutor, pero supongo que también tendrá algo propio después de tantos años. Nunca ha tenido que pagar alquiler ni comida ni gastos. Sus ganancias de ginecólogo tienen que estar en alguna parte. Es relativamente joven, así que podría vivir mucho. Eden debe saber que podría tener que esperar mucho... a menos que lo declaren incompetente mentalmente y la nombren su tutora.

Bram pensó en eso.

—Admito que la idea tiene sus méritos, aunque me parece algo débil.

—Jacob me dijo que ha habido muchos rumores sobre Marcus a lo largo de los años.

—¿Qué clase de rumores?

Hayley le contó lo que había oído.

—Jacob es muy cotilla, ¿no crees? No me extraña que creyeras que yo buscaba venganza.

Hayley le puso una mano en el pecho.

—Nunca he creído eso. Sólo un loco esperaría tantos años para vengarse y tú eres la persona más cuerda que conozco.

Bram hizo una mueca.

—Teniendo en cuenta la gente que conoces, no sé si eso es un cumplido.

Ella le dio un empujón en el costado.

—Y aunque hubieras venido buscando venganza, no me habrías utilizado a mí para conseguirla.

Su confianza resultaba tan sorprendente como ingenua.

—Te lo agradezco, pero tú no me conoces.

—Sí te conozco.

Sus palabras poseían una convicción que le calentó el corazón. Nadie había tenido nunca tanta fe en él. Y eso le daba miedo.

Cambió de tema.

—Jacob no habrá estudiado química por casualidad, ¿verdad?

—No. Estudió un año porque su madre quería que hiciera medicina, pero a él no le interesaba; dijo que había que estudiar demasiado y prefirió meterse en informática.

—O sea que pudo ser él el que alterara la foto.

—Sí. Pero he pensado también en eso. La primera foto tuvo que caérsele a la persona que registró mi maleta en mi cuarto y Jacob no tenía motivos para hacer eso.

—Por lo que me has dicho, no los tenía nadie.

—Cierto. Además, ¿para qué querría nadie alterar una foto de Leigh de adolescente?

—Tú dijiste que Marcus se negaba a pagar un chantaje.

—Fue lo que me pareció cuando seguí a Eden por el laberinto el otro día.

—Hayley, Eden y tú no erais las únicas que estabais aquel día en el jardín. Yo también seguí a Jacob allí.

—¡No me lo habías dicho!

Bram se encogió de hombros.

—¿Por qué no te gusta Jacob? —preguntó ella.

—Pura intuición —gruñó él.

—Pues es mutuo —repuso Hayley—. Tú tampoco le gustas nada.

—Eso me destroza. ¿Y qué siente por Marcus?

La joven respiró hondo.

—No puedes pensar que es él el que droga el agua.

—Claro que puedo. Yo sospecho de todo el mundo relacionado con esa casa.

—Pero Jacob llegó después que yo.

—O eso dice. Recuerda que tú dijiste que había alguien allí desde el principio.

¿No podía ser él?

Hayley se sentó en la cama.

—Él hubiera contestado cuando llamé yo.

—Puede ser.

—Y habría visto su coche.

—¿Miraste en el garaje? —el silencio de ella fue respuesta suficiente—.

Tienes un punto débil con Jacob.

—Es posible —repuso ella—. Hoy me ha pedido que me case con él.

—¿Qué?

Bram se incorporó en la cama y encendió la lámpara. Hayley parpadeó y se puso el pelo detrás de la oreja en un gesto familiar. Tomó un mechón y comenzó a retorcerlo entre los dedos.

—Lo sé, yo tampoco podía creerlo. No sabía que sintiera eso por mí. Nos conocemos desde pequeños.

—¿Qué es lo que me ocultas?

Ella levantó la cabeza.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque empiezo a conocerte bien y cuando empiezas a hacer eso con el pelo es que estás nerviosa por algo.

Hayley soltó el mechón inmediatamente.

—No es nada.

—Dímelo.

Ella le contó lo sucedido aquella noche y cómo se había encerrado en su cuarto.

—Y ahora comprenderás por qué pensaba que me estaba volviendo loca. No sé cómo he podido oír cerrarse la puerta de la despensa si no había nadie.

—¿La habitación de la señora Norwhich no está al lado de la cocina? Tú estabas drogada y asustada; puede que hayas oído su puerta.

Hayley se encogió de hombros.

—Supongo que es posible.

—Y también puede ser ella la que droga el agua.

—No digas tonterías. ¿Qué motivos pueden tener ni Paula Kerstairs ni ella para hacer eso?

—Quién sabe. Si los rumores que te contó Jacob son ciertos, puede haber mucha gente que odie a Marcus. Alguna de esas dos podría ser amante de tu padre.

Hayley se echó a reír.

—Supongo que es una broma.

—Está bien —sonrió él—. Pero todos son sospechosos. Incluso Marcus.

—¡Pero es su agua!

—Exacto. ¿Y si no es una droga sino una medicina? Es posible que él mismo se inyecte algo.

—No se me había ocurrido.

—Lo que quiero decir es que debemos sospechar de todos. Sabremos más cuando Rhea termine los análisis —apagó la luz—. Y ahora vamos a intentar dormir.

Hayley se tumbó a su lado.

—¿Crees que podemos ir a Heartskeep muy temprano, antes de que se despierten los demás? —preguntó.

—De eso nada. Iré yo a buscar tu bolso y lo que necesites, pero tú no te acercarás por allí hasta que averigüemos lo que sucede.

—Eden no te dejará entrar.

—No pienso pedirle permiso.

Hayley tardó un momento en hablar.

—¿Sabes abrir cerraduras? —preguntó al fin.

—¿Por qué lo preguntas?

—Deberíamos echar un vistazo a la consulta de Marcus.

Bram sintió un nudo de miedo en el estómago.

—¡Desde luego que no!

—Sí deberíamos. Para empezar, tiene un laboratorio. Es pequeño, pero bien equipado. Y podemos aprender mucho de sus archivos. Tú mismo has dicho que, si los rumores son ciertos, puede haber más de una persona que tenga motivos para odiarlo.

—Olvídalo. Eso es algo que tiene que investigar la policía, no nosotros —declaró Bram con firmeza.

Pero en su mente pensaba ya en lo que podía ocultar Marcus detrás de las

puertas cerradas de su consulta.

—Tú dijiste que Marcus te encontró en Internet. ¿Y si no fue él? Y si fue Eden? —preguntó la joven—. A lo mejor quería culparte a ti.

A Bram se le aceleró el pulso.

—¿Por qué? Yo no tengo acceso a la casa ni al agua.

—No, pero tenías una esposa que murió a manos de un doctor incompetente.

—No era Marcus, era un hombre mucho más viejo. No recuerdo el nombre, pero en el hospital lo tendrán. Y Eden sabría que no era Marcus.

—Tienes razón, pero no puedo evitar pensar que te quiere culpar de algo.

¿Recuerdas cuando te envió una nota para que fueras a la casa y te advirtió que no te acercaras a mí?

—Yo no sé quién dejó la nota.

—Eden —repuso Hayley con firmeza—. Le dijo a Jacob que te había encontrado merodeando por la casa en más de una ocasión.

—Eso es mentira.

—Lo sé. Pero Jacob me advirtió de que tuviera cuidado contigo porque su madre estaba preocupada. ¿Te apuestas algo a que le ha contado a más gente que la preocupas? ¿Y si piensa matar a Marcus y cargarte a ti el crimen? ¿Y si fue ella la que mató a mi madre hace siete años?

Capítulo 11

Ninguno de los dos consiguió dormir mucho después de eso. Ambos estaban ya vestidos antes de que saliera el sol. Bram dejó una nota para los Walken mientras Hayley se recogía el pelo en una coleta. Estaba tan nerviosa que no le respondían los dedos.

Se reunió con él en la cocina, muy consciente de que no llevaba sujetador debajo de la blusa verde. La noche anterior se había sentido atrevida, pero esa mañana se sentía desnuda, aunque la mirada ardiente de Bram la reconfortó bastante.

—¿Preparada? —preguntó.

—Sí.

Le había costado mucho convencerlo de que un vistazo a la consulta de Marcus podía darles mucha información, pero él seguía sin estar satisfecho con la propuesta.

Mientras lo seguía a la camioneta, pensó que sería feliz pasando el resto de su vida con él. Discutirían mucho, ya que ambos eran testarudos, pero él poseía mucho autocontrol, lo cual era algo bueno, teniendo en cuenta la impulsividad de ella. Estaba segura de que podían llevar muy bien una relación.

—Esto es mala idea —dijo él cuando puso el motor en marcha.

—No lo es.

—Preferiría pasar el tiempo haciendo el amor contigo que volviendo a esa casa.

—¿De verdad?

Bram tendió los brazos, la estrechó contra sí y la besó con una pasión que no dejaba dudas sobre su deseo.

—Aún no puedo creer que me hayas convencido —murmuró.

—Entraremos y saldremos sin que nadie se entere.

Bram lanzó un gruñido, pero sacó el coche al camino y no dijo nada hasta que llegaron al claro de la fragua y Hayley hizo ademán de abrir la puerta para

salir del coche.

—¡Espera!

Saltó de la camioneta al suelo e inspeccionó su campamento sin tocar nada.

Volvió al coche con expresión sombría.

—¿Qué ocurre?

—Alguien ha estado aquí.

—¿Estás seguro? ¿Falta algo?

—Un martillo grande. Y han movido algunas cosas de sitio. Escucha, tengo la impresión de que esto está a punto de explotar y no me gusta nada. Quiero que esperes aquí. Yo iré a echar un vistazo y a buscar tu bolso.

Hayley saltó del coche al suelo.

—No pienso quedarme aquí sola.

La expresión de Bram se volvió tormentosa, pero ella no se dejó intimidar. Al fin, él asintió cortante.

—Si ocurre algo, volverás directamente aquí, subirás a la camioneta y te irás a casa de los Walken. ¿De acuerdo?

Le tendió las llaves del coche. Hayley se estremeció.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —preguntó—. Va a suceder algo malo.

—¡Se acabó! Te vas a casa de los Walken. Vamos, sube al coche.

—No creo que eso cambie nada —repuso ella con suavidad.

—¿Pero qué dices? No se te ocurra empezar a ponerte rara.

Hayley se puso de puntillas y lo besó en los labios.

—Perdona. Tú sabes que tenemos que entrar ahí. Sólo hay un motivo para que se lleven tu martillo. Que quieran incriminarte en un asesinato.

Bram se apartó y lanzó un juramento.

—Acabemos con esto.

La tomó de la mano y echó a andar por el camino. El calor hacía ya acopio de fuerzas para atacar. Aunque había dormido poco, Hayley sentía la cabeza más despejada que en días anteriores, aunque la confusión había sido sustituida por una sensación de urgencia que no comprendía.

En la casa descubrieron que las puertas estaban cerradas.

—Mis llaves están en mi bolso —se disculpó ella.

—Entraremos por una ventana —anunció Bram—. ¿Seguro que no hay alarmas?

—Segurísimo.

Bram se acercó a la ventana del salón más alejada de la puerta principal. Allí todavía no había puesto barrotes. Sacó una herramienta del bolsillo y golpeó con suavidad el cristal encima de la cerradura. Después se envolvió la mano en un pañuelo y la metió por el hueco roto para abrir la ventana. Segundos más tarde estaban dentro.

La casa estaba muy silenciosa y a Hayley le recordó la noche en que había sentido una presencia en aquella habitación. Ahora la casa entera parecía un peligro acechante. Bram se acercó a las puertas que daban al vestíbulo principal y comprobó que estaban cerradas. Rodeó el mostrador y probó la puerta que llevaba a la consulta. Estaba abierta.

Hayley sintió un escalofrío. Aquello era demasiado fácil. Casi parecía que alguien quería invitarlos a entrar.

—¿Seguro que todavía no se ha levantado nadie? —le susurró él al oído.

—Ni siquiera Marcus madruga tanto.

Bram entró en el estrecho pasillo. Delante había dos puertas cerradas y una más a su derecha. La miró con aire interrogante.

—Alacena —murmuró ella, señalando la puerta de la derecha—. Baño —señaló delante—. Consultas. El despacho está al final del pasillo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Bram.

Hayley movió la cabeza. En la atmósfera había un fuerte olor a química.

—¿Productos de limpieza?

Bram hizo una mueca y se dirigió al laboratorio. La puerta estaba cerrada, pero no había cerradura, sólo un agujero pequeño redondo. Bram buscó encima del marco con la mano todavía envuelta en el pañuelo y retiró un objeto brillante.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una llave —susurró él.

Hayley, fascinada, lo vio insertar el objeto en el agujero y girar el picaporte.

La puerta se abrió sin protestar.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —preguntó.

—Los constructores suelen dejarlos ahí por motivos de seguridad en una construcción nueva.

La joven lo siguió al interior. El olor a química era más fuerte allí. Bram encendió la luz y ella miró a su alrededor.

—Alguien está usando esta habitación.

Él asintió. Una capa casi invisible de polvo mostraba señales de haber sido alterada hacía poco. Hayley empezó a pasar un dedo por un mueble, pero él la detuvo.

—Antes ponte esto.

Sacó unos guantes quirúrgicos de una caja y se los tendió.

—No tienes que preocuparte de huellas dactilares. Yo soy la dueña de Heartskeep.

—Tú sí, yo no. Pero ya lo discutiremos luego. Póntelos.

Ella obedeció y Bram empezó a abrir armarios y cajones. Se detuvo en un cajón que contenía una caja abierta de agujas y jeringas. Tomó una y la metió en una bolsa de plástico que sacó del cajón.

—¿Qué haces?

—Quiero ver si hace un agujero como el de las botellas.

—Ah.

Siguió abriendo puertas y cajones. Marcus tenía mucho equipo. En su consulta había hecho fertilización in vitro además de criocirugía.

—¿Qué es eso? —Bram señaló un armario pequeño en la pared, entre el laboratorio y el baño.

—Para pasar muestras de orina.

A ella no se le hubiera ocurrido mirar allí, pero él lo hizo y sacó un frasco muy bien cerrado que contenía un líquido muy claro.

—¿Qué es?

—Tendremos que preguntarle a Rhea.

Bram sacó una jeringa limpia y tomó una muestra del líquido antes de devolver el frasco a su sitio. Abrió después el frigorífico que había en un rincón y ella le tocó un brazo.

—Voy a mirar en el despacho y así ahorramos tiempo.

—Quiero que estemos fuera de aquí en diez minutos —le advirtió él.

Hayley asintió y salió al pasillo. Sorprendentemente, encontró la puerta del despacho abierta.

Entró con cautela. El olor químico era más intenso allí y la única ventana, situada detrás del escritorio, dejaba pasar poca luz, pero, si encendía las bombillas, se verían desde fuera. No obstante, no había elección. Suponía que la señora Norwhich no se levantaría antes de las cinco y media, así que encendió la luz.

Alguien usaba también aquel despacho; en una mesita cercana al escritorio

había un ordenador y una impresora. En diez minutos no le daría tiempo a registrarlo todo, así que optó por pasar de las máquinas y concentrarse en los archivadores de madera.

Cuando abrió el primer cajón, el olor a química casi hizo que se desmayara.

Las carpetas estaban ordenadas pero húmedas, como si les hubieran echado hacia poco algún tipo de spray.

Un ruido en el pasillo hizo que el corazón le latiera con fuerza hasta que comprendió que era Bram que abría la puerta de la alacena. Hayley volvió la vista al cajón y una carpeta atrajo su atención.

MYERS, Helen.

Bram había dicho que Marcus no había sido el doctor de su esposa y Hayley lo creía. Sacó la carpeta y vio que parecía distinta a las otras. La abrió y se dio cuenta de que era falsa. Normalmente las enfermeras recopilaban la información preliminar y luego el doctor escribía sus notas relativas a la medicación o los tratamientos. Allí sólo había una letra. Ella tenía razón después de todo; alguien pretendía incriminar a Bram.

¿O lo hacían para que ella desconfiara de él?

La molestó pensar que no conocía la letra de Marcus ni la de Eden. ¡Qué triste haberse criado con un padre que jamás había firmado una nota de permiso ni una tarjeta de cumpleaños!

Antes de que pudiera comparar la escritura de la carpeta con otras, oyó un ruido en el pasillo. Algo cayó al suelo y una puerta se cerró de golpe. Hayley corrió al umbral y vio que Bram se levantaba del suelo. En la frente tenía una herida de la que salía sangre.

Corrió hacia él, que se tambaleó y se llevó la mano a la herida. La retiró roja

de sangre y Hayley, aterrorizada, soltó la carpeta e intentó soportar su peso. Él la empujó hacia la salida.

—¡Vete!

—¡Estás herido!

—¡Sal de aquí ahora mismo!

Sangraba con profusión. Ella intentó acercarse y él volvió a apartarla. Hayley miró un objeto que había en la alfombra, cerca de sus pies. Era su martillo, manchado de sangre.

—¡Bram!

—¡Déjalo! —gritó él.

Se enderezó débilmente.

A Hayley empezaron a picarle los ojos y la garganta. El olor a química resultaba ya abrumador. La puerta de la sala de espera estaba cerrada, pero algo húmedo se extendía como una mancha diabólica por debajo de la puerta.

Aterrorizada, probó el picaporte, pero no giró. Corrió hacia Bram, que se apoyaba en la pared con los ojos cerrados.

—¡La puerta está cerrada!

Y el aire a sus espaldas explotó de pronto con un sonido infernal.

La fuerza de la explosión la lanzó contra Bram y juntos cayeron al suelo al tiempo que una nube espesa de humo subía hacia el techo.

El detector de incendios empezó a aullar. De pronto había llamas por todas partes, lamían las paredes y corrían por el suelo.

Bram le tomó la cabeza y la empujó hacia las llamas.

Hayley se debatió sutilmente. Él se había vuelto loco. Pero en vez de meterla en el fuego, la empujó al cuarto de baño.

Cerró la puerta tras ellos con el pie, colocó la cabeza de ella en el lavabo y abrió el grifo. Sólo entonces comprendió ella que su coleta estaba en llamas.

Bram las apagó y empezó a toser. Hayley también sentía los pulmones irritados. El ruido del fuego se oía por encima incluso del rugido del detector de incendios.

—Tenemos que bloquear la puerta —dijo Bram entre toses.

Hayley apenas podía oírlo, pero veía claramente el fuego que entraba por debajo de la puerta. Y allí no había nada que pudieran usar.

Bram se quitó la camisa, la empapó en agua y la colocó en la rendija de la puerta. El humo llenaba la habitación, atrapado allí con ellos.

—¡No hay otra salida! —gritó ella.

La única salida de aquellas habitaciones era por la puerta donde había empezado el fuego.

Bram apoyó la mano en la pared, al lado del lavabo. Hayley pensó que estaba a punto de derrumbarse, pero luego se dio cuenta de que probaba su calor.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó él.

—El salón de baile.

—Apártate.

Se agarró al lavabo y golpeó la pared con una fuerza terrible. Su pie hizo

un agujero en el tabique. Hayley sabía lo que intentaba hacer, pero no había espacio suficiente para que trabajaran los dos. Tenía que conformarse con verlo dar patadas para intentar ampliar el agujero.

Cuando fue lo bastante grande, empezó a tirar del delgado tabique con las manos, pero tenía que parar de vez en cuando para secarse los ojos, ya que le entraba sangre en el más cercano a la herida.

Hayley se agarró el dobladillo de la blusa e intentó cortar un trozo de tela. En las películas parecía fácil, pero la tela resistió sus esfuerzos.

La habitación se oscurecía debido al humo. Bram dejó de trabajar y tiró del dobladillo de ella. En su mano había una navaja de bolsillo. Cortó con ella la falda, apretó el pañuelo en la herida y Hayley le ató el trozo de falda alrededor de la cabeza para sujetarlo.

Podían sentir ya el calor del fuego. La pared del lado del laboratorio estaba caliente. El fuego estaba ya en la habitación de al lado. Hayley no sabía qué materiales combustibles podía haber en el laboratorio, pero no hacía falta ser un genio para saber que todo aquello podía explotar si había elementos químicos volátiles.

Mientras Bram redoblaba sus esfuerzos, se preguntó dónde estaba todo el mundo. La alarma tenía que haberlos despertado ya, pero seguramente sólo se habían preocupado de ponerse a salvo ellos. No tenían modo de saber que hubiera alguien allí.

Bram empezó a golpear la pared en el lado del salón de baile; allí resultaba más difícil, porque el ángulo era más complicado. Se enganchó los vaqueros en un clavo y se hizo un desgarrón, pero al fin apareció un hueco.

Cuando el segundo agujero se hizo más grande, siguió tirando y empujando con fuerza sobrehumana. Hayley veía ya el suelo del salón al otro lado. Bram siguió trabajando hasta que el hueco fue lo bastante grande para pasar por él.

—¡Vamos!

Hayley empezó a pasar. Su falda se enganchó en algo y quedó atrapada. Sentía las manos de Bram en la espalda y comprendió que estaba usando la navaja para liberarle la falda. Pasó por el agujero y cayó en el suelo con la falda desgarrada.

—¡Bram! ¡Date prisa!

Pero el hueco no era lo bastante grande para los hombros amplios de él.

Hayley deseó gritar cuando vio que retrocedía y volvía a dar patadas. Empezó a tirar desde su lado. Los guantes de plástico le colgaban rotos de las

manos, tan desgarrados como la falda. Se los quitó.

Le sangraban los dedos pero no se daba cuenta. El calor y el humo entraban por el hueco. Bram dejó de dar patadas y forzó a sus hombros a entrar por el agujero. Hayley tiró de él llorando de pánico.

De pronto estuvo libre, tumbado en el suelo, sangrando y tosiendo.

—¡Levanta! ¡Levanta! ¡Hay que salir de aquí!

Tiró de él hasta que se incorporó vacilante. Hayley corrió a las pesadas puertas de madera que daban al vestíbulo principal. Estaban cerradas, al igual que las otras puertas, y no eran huecas y finas como las de la parte remodelada sino de madera sólida de cerezo.

Miró a Bram y comprendió que no tendría fuerzas para romper otra pared.

Además, ya no había más tabiques delgados; aquéllas eran las paredes originales de yeso y piedra. Con barrotes en las ventanas y verjas en las puertas que daban al patio, seguían estando atrapados. Sólo habían cambiado una prisión por otra.

Bram permaneció largo rato doblado, con las manos en los muslos, tosiendo con fuerza. Hayley tosió también hasta que le dolió el pecho del esfuerzo. El humo entraba por el hueco que habían hecho y no necesitaba tocar la pared para saber que estaría caliente; podía oír el crepitar de las llamas.

—¡Se extiende el fuego! —gritó.

Bram se incorporó vacilante. La sangre salía de su venda y bajaba por su rostro manchado de hollín. Su pecho estaba arañado y cubierto de sangre.

Hayley lo tomó del brazo aterrorizada y juntos cruzaron hasta el extremo más alejado de la estancia. Su única esperanza era que alguien de fuera viera su problema.

—Estamos atrapados.

Bram negó con la cabeza.

—Abre... ventana.

—Eso sólo hará que el fuego se propague más deprisa.

Bram negó con la cabeza.

¿Qué importaba? El aire estaba tan enrarecido que pronto se desmayarían si no conseguían aire fresco, y quizá pudieran gritar y que los oyera alguien.

Abrió la ventana y entró un aire caliente, pero a sus pulmones no les importó ese detalle.

Bram pasó las manos por el lado izquierdo de los barrotes. Hayley tardó un momento en comprender lo que hacía. Había varios cierres pequeños, casi

invisibles, contruidos en el metal y los estaba soltando.

—Una seguridad falsa —dijo él con una sonrisa.

Para sorpresa de ella, la verja se abrió entera, como si girara en goznes invisibles.

—Eres un superhéroe.

Bram la agarró por la cintura y la metió por la ventana. Se dobló con un ataque de tos y consiguió medio subir medio caer por la ventana al lado de ella.

Juntos se alejaron tambaleantes por la hierba.

Capítulo 12

—¿Señorita Thomas?

Hayley levantó la cabeza con rapidez.

—Soy el doctor Ravens. ¿Tengo entendido que es usted la prometida del señor Myers?

Hayley se quitó la máscara de oxígeno de la cara, pasó las piernas a un lado de la camilla y asintió con nerviosismo.

Cuando Bram se había desmayado a poca distancia de la casa, ella había cedido al pánico. La casa, el fuego, el sonido de las sirenas que se acercaban...

todo perdió significado y se concentró en despertarlo sin éxito. Hasta que no vio a un montón de gente que corría hacia ella, no se dio cuenta de que estaba gritando.

Curiosamente, fue Marcus, completamente vestido y con el pelo de punta, el primero en llegar.

—¡Apártate, chica! —gruñó.

—¡Hayley, vamos! Tu padre es médico —Jacob tuvo que apartarla a la fuerza.

Ella se debatió, pero un ataque de tos la dejó sin fuerzas. Jacob sólo llevaba un pantalón corto y calcetines que no hacían juego. Los demás estaban también a medio vestir; la alarma antiincendios debía haberlos pillado desprevenidos.

Jacob la estrechó contra su pecho desnudo y ella se apartó y miró a Bram.

Eden, con camisón y bata, estaba inclinada al lado de su marido y gritaba órdenes a Paula y a la señora Norwhich, que se hallaban vestidas aunque con la ropa y el pelo revuelto.

—¡Mamá! —gritó Jacob—. Hayley también está herida.

La joven intentó protestar, pero sus pulmones no cooperaron; estaban ocupados tratando de expulsar el humo que habían inhalado.

—¿Qué le pasa a esa estúpida mujer? —preguntó Eden, acercándose a

ellos.

Hayley comprendió que se refería a Paula Kerstairs y no a ella. La asistente se retorció las manos y parecía muerta de miedo.

—Le he dicho que vaya a abrir la verja para los bomberos —comentó Eden,

exasperada.

—Ya voy yo —se ofreció Jacob—. Tú cuida de Hayley.

—Vamos a ver qué te ocurre —dijo Eden—. ¿Cómo te has arañado de ese modo? Y te has quemado la mitad del pelo, pero no veo quemaduras en la piel. ¿Dónde está Odette? Le he dicho que traiga el botiquín del granero.

Por la ventana del despacho salían llamas. Unos minutos después llegaron los bomberos y la mañana se llenó de órdenes y gritos.

—Soy médico —oyó Hayley que decía Marcus a uno de los miembros de la ambulancia—. Este hombre tiene una conmoción, traigan oxígeno. Tiene una herida en la cabeza y puede haber presión en el cerebro. Los arañazos y quemaduras no parecen importantes, pero aún no he examinado el otro lado. Y uno de ustedes ocúpese de la chica.

Presión en el cerebro.

Hayley, horrorizada, se dejó poner una máscara de oxígeno en la cara. Si Bram terminaba con daño cerebral permanente, sería culpa suya, por no haberle hecho caso.

—No importa de quién sea la culpa —dijo Eden con brusquedad—. Contesta

a la pregunta. ¿Dónde estás herida?

Hayley la miró con la mente en blanco y empezó a temblar. Sentía tanto frío

que pensaba que nunca más volvería a tener calor.

—Es el shock —oyó que decía alguien.

Otra voz intentó asegurarle que todo iría bien, que necesitaba calmarse y respirar despacio. Hayley la ignoró y cerró los ojos.

Del viaje al hospital recordaba poco, aunque al final se calmó lo suficiente para pensar que no la dejarían ver a Bram a menos que estuvieran emparentados y le dijo a la enfermera que era su prometida con la esperanza de que la mentira funcionara. Pero no fue así y se llevaron a Bram en una camilla a otro lado de la sala de Urgencias.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? —preguntó ahora al doctor Ravens.

—El señor Myers se pondrá bien —le aseguró éste—. Está consciente y preocupado por usted.

Hayley respiró aliviada.

—¡Gracias a Dios!

—Sí. Por lo que me han dicho, han sido los dos muy afortunados. ¿Sabes lo que podría haber ocurrido si los bomberos no hubieran estado tan cerca acabando otra llamada anterior?

A Hayley eso no le importaba.

—Tengo que ver a Bram.

El doctor Ravens asintió.

—El señor Myers también está muy preocupado por usted. Si puede, venga conmigo para que vea que está bien.

Hayley saltó de la camilla con tal rapidez que el doctor tuvo que sostenerla.

—Más despacio, por favor. ¿Quiere una silla de ruedas?

—No, no la necesito.

El doctor echó a andar delante de ella por el pasillo.

—Su prometido se niega a dejar que le hagamos radiografías e insiste en marcharse de inmediato. No podemos obligarlo a cooperar, pero espero que usted pueda convencerlo de que nos deje hacer nuestro trabajo. ¿Sabe qué fue lo que le hizo la herida en la frente?

—Yo no lo vi —repuso ella con sinceridad, aunque recordaba el martillo en el suelo—. Estábamos atrapados en el incendio y Bram ha tenido que romper dos tabiques a patadas para sacarnos.

—Intente convencerlo de que nos deje hacerle una ecografía —insistió el doctor.

—Lo haré —prometió ella.

El hombre sonrió.

—Buena suerte. Los dejaré a solas unos minutos.

—Gracias.

Hayley enderezó los hombros y entró en la habitación. Bram intentó quitarse la máscara de oxígeno en cuanto la vio.

—¿Estás bien?

Hayley le cubrió la mano con la suya.

—Déjala ahí, te ayuda. Y estoy muy bien, gracias a ti.

Él tenía arrugas de dolor en torno a los ojos y una venda blanca cubría su

frente. Su pecho desnudo estaba aún más sucio que limpio.

—Tenemos que irnos —dijo.

—Cuando dejes que te hagan una ecografía.

Bram negó con la cabeza.

—No tengo seguro —dijo—. No puedo permitirme una factura muy alta.

—Pues yo sí. Y antes de que te dé un ataque de orgullo, vamos a dejar algo claro. Me has salvado la vida y estoy en deuda contigo.

—Hayley...

—¡No, maldita sea! Yo también tengo orgullo. Y mucho dinero. Puedo permitirme pagar tu factura del hospital. Esto no es caridad, idiota, así que no perdamos el tiempo discutiendo —apoyó las manos en el pecho de él y parpadeó para reprimir las lágrimas—. Por favor. He pasado mucho miedo y quiero estar

segura de que estás bien. Hazlo por mí, por favor.

Bram la abrazó contra sí.

—No llores. Estoy bien.

Ella tragó saliva con fuerza.

—Eres tú la que me preocupa —musitó él—. Ese fuego ha sido intencionado.

Tenía que haberlo previsto por el olor que había.

La soltó y empezó a toser. Se apretó la venda con una mano hasta que pasó el espasmo.

—Yo también estaba allí y no se me ha ocurrido que fuera un líquido inflamable —repuso ella—. ¿Por qué ibas a pensarlo tú?

—Alguien ha intentado matarte.

A Hayley se le aceleró el pulso.

—No creo. El líquido estaba allí antes de que llegáramos.

—La persona que me ha golpeado sabía que estábamos allí. Nos ha encerrado y ha encendido el fuego. Quería que muriéramos.

—¿Quién? —preguntó ella, temerosa.

—No lo sé. Yo estaba mirando en la alacena cuando oí un ruido detrás de mí.

Creía que eras tú y me golpearon en la cabeza antes de que pudiera volverme.

El doctor Ravens carraspeó desde la puerta.

—¿Y bien, señor Myers? ¿Quiere los papeles del alta o está dispuesto a

dejar que comprobemos que su cerebro no se ha salido de su sitio?

—Según mi prometida, no tengo nada que decir en el asunto.

—Enviaré a un celador antes de que cambie de idea —dijo el médico—. Y también hay un policía que quiere hacerles preguntas sobre el fuego.

Bram se puso tenso. Hayley le cubrió la mano con la suya, pero la apartó con rapidez al ver que hacía una mueca de dolor. Había tocado una quemadura de aspecto feo.

—¿No deberían haberla vendado? —preguntó.

El doctor Ravens asintió.

—El señor Myers no se ha mostrado muy cooperativo desde que recuperó el conocimiento.

—Ahora sí lo hará —prometió ella.

—Hayley... —dijo Bram.

El médico salió de la estancia.

—Quiero que llames a los Walken para que te acompañen mientras me hacen las pruebas —suplicó Bram—. O eso o me niego a dejarte sola.

—De acuerdo. Yo sólo quiero que te dejes curar.

Bram la miró a los ojos.

—Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado.

—Del fuego no, pero si no hubiera insistido en ir allí esta mañana...

—Podían haber quemado toda la casa en lugar de sólo esa ala. Quienquiera que sea estaba ya dentro cuando llegamos. Seguramente quería quemar toda la casa.

—Te pegó con tu martillo —dijo ella—. Lo vi en el suelo justo antes de la explosión del fuego. Tú me dijiste que lo dejara allí.

—De eso no me acuerdo.

—Disculpen —dijo una voz desde la puerta—. ¿Señor Myers? Tengo que llevarlo a rayos X.

—Estaré aquí cuando vuelvas —prometió ella—. Y llamaré a los Walken ahora mismo. ¿Hay un teléfono por aquí?

—En el pasillo —repuso el celador.

Bram se metió la mano al bolsillo y sacó su cartera y unas monedas. De otro

bolsillo sacó las pruebas que había recopilado en la casa. Hayley tomó el dinero y la bolsa de plástico, firmó los papeles de su alta y salió a buscar al

policía.

Éste era demasiado joven para haber estado ya en el Cuerpo cuando desapareció su madre, pero Hayley se mostró escueta en sus respuestas de todos

modos. Bram y ella habían ido al despacho a buscar algo que había perdido.

Habían olido algo, pero no se habían dado cuenta de lo que implicaba. No sabía quién había empezado el fuego ni lo que le había ocurrido a Bram en la cabeza.

No sabía qué motivos podía tener alguien para hacer algo así y ella ya no vivía en Heartskeep.

No sabía lo que pensaba él, pero la cautela hizo que no le mostrara la bolsa de pruebas ni le diera más detalles. Desconfiaba profundamente de la policía de la zona.

Cuando se alejó el agente, llegaron Emily y George y la abrazaron con fuerza.

—Te he traído esto —Emily le pasó una bolsa de plástico—. No tenemos la misma talla, pero la blusa a mí me queda grande, así que te valdrá. Y el pantalón corto es de cintura elástica. ¿Necesitas ayuda?

Hayley le dio otro abrazo.

—Sí, por favor —sacó la bolsa que había escondido debajo de su blusa arrugada y se la pasó a George—. Bram tomó esto en el laboratorio antes del fuego. Quiere que Rhea Levinson analice el contenido de la jeringa. Puede que sea lo mismo que hay en el agua. La otra aguja la guardó para ver si el agujero

encaja con el de la botella.

George y Emily intercambiaron una mirada.

—Me ocuparé de ello —prometió él.

Emily tiró de la joven en dirección al baño situado al lado de las cabinas de teléfono.

—Vamos —dijo.

Después de lavarse la mayor parte del humo y el polvo y ponerse ropa limpia, Hayley se sintió algo mejor. La blusa le quedaba más estrecha de lo que le hubiera gustado, teniendo en cuenta que seguía sin llevar sujetador, pero los pantalones le servían bien y Emily le había metido también unas sandalias.

—Mucho mejor —dijo la señora Walken—. Es una pena lo de tu pelo.

—Gracias. Mi pelo es lo que menos me preocupa en este momento.

—¿Quieres que te ayude a recogértelo por ahora?

—Sí, gracias.

Cuando salieron del baño, George bajaba por el pasillo en dirección a ellas.

—He pasado por rayos X y la sala de espera está vacía. ¿Por qué no lo esperamos allí?

Cuando se hubieron acomodado, George contó a Hayley lo que había averiguado Rhea sobre la botella de agua.

—Estaba alterada, sí, pero no era una droga habitual. Lo que lleva tiene que haberlo creado alguien que sabe química. Rhea no cree que tenga efectos duraderos, pero los síntomas que describiste encajan con lo que encontró.

—Eden pensaba que Marcus padecía demencia senil, pero todo es debido a la droga, ¿verdad? —preguntó la joven.

—Eso parece —asintió George.

—¿Se lo has dicho a Bram?

—Sí, mientras esperaba a que lo metieran ahí. Los dos estamos de acuerdo en que es hora de entregar toda la información a la policía. Sé lo que opinas tú, pero ya no hay opción. Han estado a punto de mataros a los dos y la policía tiene que investigar.

—¿Como investigaron la desaparición de mi madre?

—Esta vez no será así —prometió él—. Ahora tenemos pruebas claras de un delito.

—¡Ojalá tuviera yo tanta fe!

Y le costaba mucho considerar a Marcus una víctima después de tantos años.

Pero su padre había corrido a auxiliar a Bram. Hayley apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Hasta Eden había intentado ayudar. ¿Había sido una interpretación por su parte para que nadie sospechara que había intentado quemarlos vivos?

—¿Has visto a Marcus? —le preguntó Emily.

—Desde el fuego no. No he visto a nadie desde que nos trajeron aquí.

Supongo que siguen en la casa. Tenemos que advertirle sobre el agua.

—Eso no es problema por el momento —intervino George—. Los bomberos

no dejarán entrar a nadie en la casa hasta que terminen su investigación.

—¿Y adónde irán?

—A la posada, supongo —dijo Emily—. Pero llamaremos para asegurarnos de que tienen dónde quedarse. Bram y tú os quedaréis con nosotros.

—Gracias a los dos. No sé qué habría hecho sin vosotros.

Por la tarde volvieron a la casa de los Walken, después de que el doctor Ravens examinara la ecografía y accediera a dar el alta a Bram.

Hayley estaba agotada debido al estrés y la falta de sueño. La garganta sólo le permitió tragar sopa antes de subir con Bram a tumbarse en la cama que habían compartido la noche anterior. Se durmió antes de que su cabeza tocara la almohada.

Bram la observó un rato, contento de que los Walken no protestaran porque durmieran juntos, y cerró los ojos.

Cuando despertó, ella no estaba en la cama y él se sentó con miedo. Hizo una mueca de dolor y tuvo un ataque de tos, pero oyó la voz de Hayley en el pasillo y comprendió que hablaba con Emily. Todo iba bien. Se tumbó y volvió a dormirse.

Las pesadillas asaltaron su sueño y casi fue un alivio que Hayley lo despertara con una bandeja de comida.

—No hacía falta que la subieras. Puedo bajar.

—Ya lo sé, pero los demás ya hemos cenado.

—Antes tengo que usar el baño —intentó levantarse y lanzó un gemido.

—Apóyate en mí —dijo ella compasiva.

Bram obedeció sin protestar. Lo cierto era que le dolía todo el cuerpo. El dolor más intenso estaba en la cabeza, pero los arañazos y quemaduras reclamaban también su parte de atención.

La comida sabía de maravilla, pero no consiguió terminarla porque se le cerraban los ojos. Murmuró una disculpa y se tumbó una vez más.

La siguiente vez lo despertó Emily. Todo estaba oscuro y él miró enseguida a su lado y se relajó al ver a Hayley dormida. Tragó agua y la medicina que le había dado el médico, dio las gracias a la mujer y volvió a dormirse.

Lo despertó el sol. Era por la mañana y Hayley no estaba. Bram sucumbió un instante al pánico hasta que comprendió que seguramente habría bajado a desayunar. Al levantarse, comprobó que no había un solo punto de su cuerpo que no le doliera, pero las piernas ya no parecían de goma. Salió al pasillo y oyó voces que subían por la escalera.

La ducha ayudó a sus músculos, pero hizo que le escocieran las heridas y quemaduras. Y le resultaba difícil impedir que el agua mojara las vendas. A pesar de ello, era un placer no oler ya a humo. Se puso su último cambio de ropa limpia y bajó con cuidado las escaleras.

Encontró a George sentado a la mesa de la cocina. Una mujer a la que la presentó como Nan trabajaba animosamente por allí y, en cuanto se sentó, le puso delante un plato con huevos y salchichas.

—Espero que tengas hambre —comentó George.

—Sí, lo que no sé es si podré masticar. Creo mis músculos se han puesto en huelga. ¿Dónde está Hayley?

—Acaba de salir.

A Bram le dio un vuelco el corazón.

—Emily va con ella —lo tranquilizó George—. Han ido a la peluquería y mi esposa ha prometido no perderla de vista. Hayley estaba preocupada por el pelo y porque no tiene ropa. Estarán rodeadas de gente en todo momento, no te preocupes.

Pero Bram sí se preocupaba. Y la ansiedad no le permitía saborear la comida.

—Un investigador de los bomberos y un policía vienen hacia aquí para hablar contigo y creo que es mejor que Hayley no esté presente. Me temo que no tiene mucha fe en las autoridades de por aquí y el agente Crossley es pariente del jefe de policía.

—¿Eso es buena idea?

—Puede que no, pero no tenemos elección. Le he pedido a Rhea que venga y traiga los resultados del laboratorio. Y Emily ha prometido llamar cada media hora.

Bram seguía sin estar tranquilo. Hayley atraía los problemas como un imán y no se sentiría seguro hasta que detuvieran a la persona que había provocado el fuego.

Cuando oyó el timbre de la puerta, apartó el plato y se levantó para recibir a las autoridades. La primera vez que llamó Emily resistió el impulso de pedirle que se pusiera Hayley y cuando sonó de nuevo el teléfono media hora más tarde, George le sugirió que contestara él.

—Hola, Bram —dijo Hayley, animosa—. ¿Cómo te sientes?

—¿Dónde estás?

—Gruñón, ¿eh?

—Hayley...

—Estoy mejor que tú. Ya casi no toso. Estamos entrando en una boutique a comprar algo de ropa. Puedes relajarte, no me pasará nada.

—Me relajaré cuando vuelvas.

Sabía que cuatro pares de oídos escuchaban sus palabras con interés.

—Yo también te quiero. Volveré pronto. Adiós.

Bram se quedó oyendo el zumbido de la línea. ¿Qué significaba aquello? Era sólo una expresión, ¿no? Él no quería que se enamorara de él.

¿O sí?

—¿Va todo bien, Bram?

Miró a George. Rhea Levinson, el policía y el bombero lo observaban con curiosidad.

—Están en una boutique. Volverán pronto.

—Bien. Sigue con lo que decías.

Bram intentó concentrarse, pero varias veces tuvieron que repetirle preguntas antes de que se enterara. Las autoridades querían hablar con Hayley, por lo que dijeron que volverían más tarde.

El policía, Wyatt Crossley, era unos años más joven que Bram y parecía competente y profesional. Si sentía hostilidad por Hayley o su familia, no se le notaba.

George respondió las dos llamadas siguientes de su esposa. Las mujeres habían decidido comer fuera y Bram juró que azotaría a Hayley en cuanto volviera a verla. Si quería que se diera cuenta de lo mucho que le importaba, lo había conseguido. Pensó en ello mientras comía con George en la cocina.

Cuando al fin llamaron para decir que se dirigían a casa, Bram andaba por la cocina como un animal enjaulado.

—Sólo tienen una parada más —dijo George de mala gana. Levantó las manos

con las palmas hacia fuera—. Y recuerda que yo sólo soy el mensajero. ¿Juegas al ajedrez?

—No.

—Pues te enseñaré.

En la media hora siguiente no hubo llamada. Cuando pasaron otros quince minutos, ambos hombres dejaron de fingir que no estaban preocupados.

—Seguramente han olvidado la hora —dijo George, pero llamó al móvil de Emily y no contestó nadie.

Bram se puso en pie.

—Ha pasado algo.

—Tengo el coche delante —dijo George.

—¿Han dicho dónde era esa última parada?

—No, pero las encontraremos. El pueblo no es tan grande.

Y Bram supo de pronto adónde habían ido exactamente.

—Están en Heartskeep.

—Emily no la llevaría allí.

Bram lo miró nervioso.

—¿Conoces bien a Hayley?

—No tanto como a Emily.

—Porque yo ayer sabía que no debía llevarla allí, pero me convenció.

Quiere

su bolso y cuando se le mete algo en la cabeza...

George lanzó un juramento.

—Estaremos allí en cinco minutos.

Bram rezó por que llegaran a tiempo.

Capítulo 13

—Supongo que Bram habrá insistido en venir a Heartskeep — comentó Hayley cuando Emily salió del lavabo y metió el móvil en el bolso.

—No le he dicho adónde íbamos.

—Mejor —Hayley movió la cabeza, encantada con la libertad nueva del pelo corto. No se había dado cuenta de lo mucho que pesaba su melena hasta que se la habían cortado. Se miró en un escaparate de camino al coche de Emily y le sorprendió ver lo mucho que se parecía a la foto que le había enseñado a Bram.

Se preguntó cuál sería su reacción.

—¡Hayley! Te he buscado por todas par... —Jacob se interrumpió y abrió mucho la boca—. ¿Hayley?

Ella sonrió encantada.

—Soy yo.

—¡Te has cortado el pelo!

Parecía escandalizado.

—¿No te gusta? Yo creo que me da un aire sofisticado. No he tenido más remedio, ya que se había quemado mucho. ¿Qué te parece?

—Ah... tengo que acostumbrarme.

—La peluquera dice que este corte se lleva mucho.

Jacob miró a Emily.

—Hola, señora Walken, perdone que no la haya saludado antes —miró a Hayley—. ¿Estás completamente bien?

—Ya te dije ayer por teléfono que sólo tenía la garganta irritada, tos y algo de opresión en el pecho.

—Estaba preocupado.

—Te lo agradezco.

—¿Has ido ya a ver la casa? —preguntó él.

—No —Hayley miró a Emily; acababa de pasar toda la comida convenciéndola de que la llevara allí—. ¿Ya nos está permitido entrar?

—No lo sé, yo no he ido hoy. Pero no veo por qué no. El fuego dañó sólo un ala, aunque me temo que esa parte está destrozada. Pero tú no pensabas dar bailes formales en un futuro cercano, ¿verdad?

Hayley sonrió débilmente.

—No.

—Cuando oí la alarma, no podía creerlo. Me llevé un susto de muerte. Pensé que era una falsa alarma hasta que salí al pasillo y olí el humo. Tuvimos suerte de que los bomberos estuvieran tan cerca. Si llegan a tener que venir desde el pueblo, podrías haber perdido la casa.

Hayley no estaba segura de que hubiera sido una gran pérdida. En ese momento no creía que volviera a sentirse cómoda allí nunca más.

—Me alegro de que Bram tuviera la previsión de colocar una salida de emergencia en esos barrotos —dijo.

—Sí, eso fue una suerte. Yo me alegro de que estés bien —Jacob le puso una mano en el brazo.

—Gracias —ella movió los paquetes que llevaba y la mano de él se apartó —.

Bram también está bien.

La sonrisa de él decayó un tanto.

—Me alegro.

—Hayley, no quiero interrumpiros —intervino Emily—, pero tenemos que darnos prisa.

—Tienes razón. Hablaremos luego, Jacob.

Él frunció el ceño.

—Vale, te llamaré. Quizá podamos cenar esta noche.

—Lo siento, no puedo —dijo Hayley con firmeza.

El ceño de él se hizo más profundo, hasta convertirse casi en una mueca.

—Ha sido un placer verte —le dijo Emily.

—Lo mismo digo, señora Walken. Te llamo luego, Hayley.

La joven sonrió, lo despidió con la mano y echó a andar.

—Sé que no es asunto mío, pero me parece que le gustas a tu hermanastro —comentó Emily.

—¿Te puedes creer que me ha pedido que me case con él?

Emily dejó de andar.

—¿En serio?

—El otro día, así de pronto. Lo conozco desde pequeños y normalmente

me entero cuándo le gusto a un hombre, pero esta vez no tenía ni idea.

Emily parecía pensativa.

—Ahora comprendo por qué estaba preocupado Bram.

—Oh, él no estaba preocupado por Jacob. Por lo menos no en ese sentido.

Sabe muy bien lo que siento por Jacob.

—¿Y sabe lo que siente Jacob por ti?

—Sí, se lo he dicho.

—Hum. La especie masculina tiende a ser muy posesiva.

—Eso es de críos. Bram no es ningún crío. Sabe que no tiene que preocuparse por Jacob.

Emily no contestó. Tenía una expresión pensativa.

—¿Sabe Jacob que tú heredas Heartskeep?

Habían llegado al coche y empezado a cargar las compras.

—Ahora hablas como Bram. A Jacob no le interesa la propiedad. Ni siquiera le gusta Heartskeep.

—La propiedad es sólo una parte —dijo Emily.

Subieron al coche y Hayley se dio cuenta de que no había pensado mucho en el dinero que acompañaba a la herencia. La verdad era que siempre había dado por sentado que era rica.

Pero quizá Jacob sí lo había pensado.

—Bram y tú os empeñáis en Jacob y yo creo que la peligrosa es Eden —dijo con terquedad—. Jacob no tendría motivos para drogar a Marcus o destruir sus archivos.

—¿Y qué ganaría Eden destruyendo los archivos de su marido y prendiendo fuego a la casa?

—Buena pregunta. Jacob me dijo que Eden adora Heartskeep.

—Hum —Emily frunció el ceño—. Quizá no deberíamos ir allí después de todo.

—Si no quieres, no salimos del coche, pero quiero ver cómo está la casa.

—Está bien; no creo que haya ningún mal en pasar por delante, pero será rápido.

—De acuerdo.

Una cinta policial bloqueaba el acceso a la puerta principal y había un puñado de agentes investigando por allí. El coche de Hayley seguía delante de la casa, cubierto por una capa de hollín.

—¿Crees que puedo pedirle a uno de esos hombres que entre por mi

bolso?

Emily asintió de mala gana y aparcó el coche. Hayley salió antes de que cambiara de idea. El aire olía a madera quemada. Se estremeció.

—Dículpe, soy Hayley Thomas. Quería saber si puede entrar alguien a buscar mi bolso. Mi dormitorio está al otro lado de la casa.

—Si espera un... —el joven miró detrás de ella y una sonrisa iluminó su rostro—. Hola, señora Walken.

Emily se reunió con ellos.

—Hola, Jim. ¿Qué tal la familia?

—Muy bien. El niño ya anda.

—Estupendo. Carolyn y tú deberíais venir un día. Nos encantaría veros a todos.

—Lo haremos. La señorita Thomas y usted pueden ir a la parte de atrás. Hay bomberos dentro y están dejando que entre la familia a buscar objetos personales.

—Gracias, Jim. Saluda a Carolyn de mi parte.

—Lo haré.

Emily no parecía contenta cuando regresaron al coche.

—No es necesario que entremos —dijo Hayley—. Puedo buscar el bolso otro día —miró el interior ennegrecido que podía ver a través de las ventanas quemadas.

—Ya estamos aquí y no creo que haya peligro con tanta gente. Sólo tenemos que darnos prisa o a Bram le dará un ataque.

—Bien.

Emily aparcó al lado de los demás coches. Hayley reconoció el Cadillac de Marcus y el corazón le dio un vuelco. No quería encontrarse con Eden ni con él en ese momento. Sólo quería recuperar el bolso y marcharse.

—El nombre de Bram no es muy corriente —musitó Emily—. ¿Por casualidad

está emparentado con los Pepperton?

—No pasa nada, Emily. Sé lo de su matrimonio con Helen Pepperton.

Emily sonrió aliviada.

—Me alegro de que te lo haya contado. Fue una tragedia terrible. Dicen que el doctor Lonigan no la superó nunca. Se suicidó menos de un año después.

Hayley dio un respingo.

—¿Tú conocías a su médico?

—Personalmente no, pero llevaba años en la zona.

—Emily, justo antes del fuego encontré una carpeta que habían falsificado para que pareciera que Marcus había sido el médico de Helen.

La mujer respiró con fuerza.

—¿Y por qué harían eso?

—No lo sé. O para hacerme dudar de él o para incriminarlo.

—¿En qué? ¿En el incendio?

—Puede ser. Le pegaron con un martillo que le habían quitado a él. Quizá pensaban atraer a Marcus allí y matarlo con el martillo de Bram.

—¡Santo cielo, Hayley! Sé lo que piensas de la policía, pero creo que Bram y tú tenéis que contárselo todo.

—Yo también lo creo.

—Vamos por tu bolso y nos largamos.

Hayley miró la casa y se sintió reacia a entrar. Si Emily no hubiera estado con ella, se habría marchado.

El olor a humo era muy fuerte en la cocina. En el aire oscilaba una niebla lo bastante espesa para hacer que Hayley empezara a toser de nuevo.

—No creo que esto sea buena idea —musitó Emily.

—Ni yo, pero estoy bien.

Heartskeep había estado siempre en su familia, pero cuando subía las escaleras delante de Emily, Hayley supo que jamás podría volver a vivir allí.

¿Podía rechazar su herencia? Y si lo hacía, ¿la casa revertiría a Leigh? Tenía que llamar al abogado cuanto antes.

—Está muy oscuro —comentó Emily cuando llegaron al segundo piso. Una cinta amarilla bloqueaba el paso al pasillo de la izquierda. Un hombre con casco la saludó con una inclinación de cabeza.

—Recuerdo cuando hizo tu abuelo estas paredes —dijo Emily—. Toda esta zona estaba abierta. El diseño era único. Hoy puede que ya no sea tan raro, pero entonces no había otra casa como Heartskeep. Al pobre Dennison le aterrizzaba que cuando Leigh y tú empezaraís a andar os cayeraís por la barandilla de la galería y os partieraís la cabeza.

Doblaron el recodo y Hayley apresuró el paso.

—¿Quieres decir que las galerías que rodean los comedores y las salas no son sólo decorativas?

—Claro que no. Antes había una puerta a esa galería. Desde aquí podías ver el otro ala, mirar las habitaciones de abajo o el cielo. Tengo fotos por alguna parte.

Yo sólo estuve una vez en este nivel, pero la casa entonces parecía muy clara y aireada a pesar de los paneles de madera oscura. Recuerdo que pensé que debía ser muy difícil calentarla en invierno a pesar de las chimeneas, pero era digno de ver. Y tal y como está cerrada ahora, la parte de arriba me recuerda a un hotel sombrío.

—Estoy de acuerdo —Hayley giró el picaporte y entró en su dormitorio. Tenía la sensación de que hacía siglos que no había estado allí. Todo apestaba a humo, incluido su bolso, que seguía donde ella lo había dejado.

—Me gustaría ver esas fotos —dijo, mientras sacaba algunas cosas de los cajones y las guardaba en la maleta pequeña—. Volveré a tirar esas paredes, aunque te aseguro que he perdido mucho interés por Heartskeep.

—¡Oh, querida! No tomes decisiones precipitadas. Has pasado mucho desde que volviste a casa.

—Parte del problema es eso, que Heartskeep ya no me parece mi casa.

Emily se acercó a la ventana.

—Dale tiempo. Quizá más adelante pienses de otro modo. ¡Vaya! No puedo creer cómo han crecido los laberintos.

—Sí. Parece que Marcus sólo se ha ocupado de las rosas.

—¡Qué lástima! Tu madre y tu abuelo estaban muy orgullosos de los jardines.

Y hablando de Marcus, ¿ése no es él?

Hayley miró por la ventana.

—No lo veo.

—Acaba de desaparecer detrás de aquel árbol.

Hayley movió la cabeza.

—Seguro que piensa cuidar las rosas como si no pasara nada. Me parece que la persona que le droga el agua pierde el tiempo, creo que perdió hace mucho el contacto con la realidad. Vámonos de aquí.

Tenía prisa por bajar y salir al sol. La casa resultaba opresiva y el olor a humo le irritaba la garganta y le hacía volver a toser.

—¿Estás bien? —preguntó Emily—. Toma, chupa esto.

La joven aceptó agradecida el caramelo que le tendió. En la cocina se encontraron con la señora Norwhich, que llevaba una maleta abultada. Miró a

Emily con recelo y observó un momento a Hayley.

—Tiene buen aspecto para haber estado a punto de morir.

—Estoy bien, gracias. Ésta es nuestra vecina, Emily Walken. Emily, la señora Norwhich.

Odette Norwhich inclinó la cabeza.

—¿Paula y usted tienen dónde quedarse? —preguntó Hayley, que hasta entonces no había pensado en ello.

—Se quedan en la posada con nosotros —dijo Eden, desde la puerta—. Emily —saludó cortante.

—Hola, Eden. Es una lástima lo de la casa.

Eden miró a Hayley de hito en hito.

—Sí que lo es. Marcus está buscando ya a alguien que empiece las reparaciones.

—Uno de nuestros antiguos chicos, R.J. Monroe, tiene un negocio de construcción. Podéis llamarlo si queréis —sugirió Emily.

—¿Tienes su teléfono? —preguntó Eden.

—Llevo tarjetas tuyas en el coche.

—En ese caso, te acompaño. Hayley, tu padre quiere hablar contigo —dijo Eden—. Está en la parte de atrás, cerca de la fuente, mirando sus preciosas rosas.

—Ah, Hayley y yo tenemos que regresar —intervino Emily.

Eden hizo una mueca.

—No te preocupes. No le va a arrancar la cabeza por haber provocado el incendio.

Hayley y Emily intercambiaron una mirada. Pero no querían iniciar una discusión con ella sobre quién empezó el fuego.

—Lo llamaré luego —prometió Hayley—. Emily, creo que me llevaré mi coche, así Bram podrá volver luego por el suyo. Nos vemos en tu casa.

Emily no parecía contenta, pero sacó el teléfono móvil del bolso y asintió.

Eden la acompañó a su coche. Hayley se disponía a dar la vuelta a la casa cuando vio a la señora Norwhich entrando en un coche y de pronto recordó algo.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

El ama de llaves volvió a salir del coche y la joven se acercó a ella.

—¿Recuerda el otro día cuando Bram me llevó adentro en brazos?

—Claro que sí.

—Cuando yo salía esa mañana, dijo usted algo sobre un fuego en los jardines o algo así. No recuerdo exactamente, pero quería decir que yo no era la única que había salido corriendo.

—Y no lo era.

—Usted dijo algo como “primero el señor, luego la señora, después el muchacho y hasta ese trabajador contratado”. ¿Se refería a Jacob y Bram?

—Todo el mundo salió corriendo —asintió la mujer.

—¿Recuerda en qué orden?

—¿En qué orden? —gruñó la señora Norwhich—. Tengo cosas mejores que hacer que memorizar las idas y venidas por la casa, señorita.

—Ya lo sé, pero puede que sea importante. Yo salí detrás de Eden y Bram dijo que él siguió a Jacob. ¿Recuerda si Jacob salió antes o después que Eden?

La mujer pensó un momento.

—No lo recuerdo. Creo que el chico salió después de su madre, pero quizá fue al revés. Puede preguntarle a Paula Kerstairs, ella también estaba allí fuera y no se le escapan muchas cosas.

—Gracias. Si necesita algo, puede localizarme en casa de los Walken. No sé si Eden les ha dicho algo, pero Paula y usted cobrarán normalmente mientras esperamos que los bomberos nos dejen volver a la casa.

—La señora sólo ha dicho que nos avisará cuando podamos volver.

—Bien, esta semana hablaré con el abogado que administra la propiedad y se lo diré. Si hay algún problema con su sueldo, avíseme, por favor.

La expresión de la mujer se suavizó un tanto.

—Lo haré.

Cuando Hayley se despedía, vio a Marcus que andaba desde la fuente hacia el segundo laberinto con una botella de agua en la mano. Su primer instinto, nacido de años de evitación, fue salir en dirección contraria, pero sabía que no podría vivir con los remordimientos si no lo advertía en contra del agua. Eden charlaba todavía con Emily, así que salió de mala gana al encuentro de Marcus.

Éste se detuvo cuando la vio acercarse. Palideció visiblemente y una sombra de miedo cruzó un instante su rostro.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—¿Hayley? —musitó.

Era la primera vez que lo veía vulnerable. La miraba como si tuviera el

pelo lleno de serpientes.

—Soy yo. He tenido que cortarme el pelo por el fuego. ¿Esa botella de agua es de las que había en la casa? —la alivió ver que estaba llena—. ¿Puedo verla?

Él luchó por controlarse, pero la joven nunca había visto tantos sentimientos mezclados en su rostro. Agarró la botella con fuerza.

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó.

Hayley lo miró atónita.

—¿Tú sabías que había algo en el agua? —preguntó.

Marcus le agarró el brazo con fuerza y Hayley soltó la maleta; empezaba a sentir miedo.

Paula Kerstairs salió corriendo del laberinto.

—¡Vengan conmigo! ¡Deprisa!

Marcus se volvió a mirarla sin soltar el brazo de Hayley.

—¡Han destruido sus rosas!

Marcus lanzó un gruñido y empujó a Hayley en dirección a Paula y el interior del laberinto. La joven tropezó y estuvo a punto de caer, pero consiguió enderezarse. Paula desaparecía ya delante y la expresión de Marcus era tan tormentosa que Hayley sintió terror.

En ese momento parecía capaz de cualquier cosa. El brazo le dolía donde la había agarrado y él se interponía ahora entre ella y el jardín exterior. Consciente de que no podía pasar a su lado, la joven siguió a Paula. Marcus no le haría nada delante de la asistente y, cuando llegara al punto donde convergían dos de los laberintos, correría por el camino que la devolvería a la fuente.

Pero Paula no iba en esa dirección. Los esperó cerca del primer cruce y señaló

un camino que terminaba en un claro sin salida. Era el mismo lugar donde Hayley había visto a Marcus hablando con sus rosas.

—Es horrible. Perverso.

La asistente estaba muy agitada. Marcus pasó delante de las dos y, cuando Hayley se disponía a dar media vuelta y volver, lo oyó gritar de rabia y lo siguió.

Él corrió hasta el círculo de las rosas y de pronto cayó bocabajo en el suelo.

Hayley dio un respingo. Todos los rosales y las rosas habían sido cortados

en pedacitos. El claro estaba cubierto de sus restos y olía fuertemente a un producto químico para las malas hierbas.

Marcus gimió y empezó a levantarse. Hayley salió de su shock, dio un paso adelante y tropezó. Un sedal de pesca cruzaba el camino. Cayó hacia delante y aterrizó encima de Marcus.

Él la apartó con rabia. Las espinas y ramas arañaban la piel que llevaba al descubierto. Marcus se levantó y ella empezaba a hacer lo mismo cuando oyó dos toses apagadas. Marcus se dobló, se agarró el estómago y volvió a caer al suelo.

Hayley se levantó horrorizada.

—¡No te muevas!

El miedo le formó un nudo en el estómago. Paula estaba de pie en el claro, alta y erguida. Sus ojos brillaban de satisfacción. Parecía otra persona.

Marcus gemía de agonía a sus pies. Hayley, horrorizada, estableció la conexión entre la mancha roja que se extendía por su camisa de algodón y el revólver que sostenía la mano huesuda y delgada de la asistenta.

—¡Le has disparado!

—Muy lista —dijo Paula—. La pistola lleva silenciador y nadie oirá nada, pero tú morirás cuando apriete el gatillo. A esta distancia no puedo fallar.

—No comprendo.

—El doctor Thomas sí comprende, ¿verdad? —le dio una patada con rabia.

—¡Basta! —exigió Hayley.

—¡No te muevas!

La pistola apuntaba a su cara y Hayley veía que la otra tenía intención de apretar el gatillo, así que se quedó inmóvil.

—No pararé hasta que lo destruya a él y todo lo que le importa —dijo Paula.

Hayley nunca había visto tanto odio en un rostro humano.

—Casi te maté una vez —dijo—. La noche que llegaste. Me pareció que sería justicia poética matar a su hija, ya que él había matado al mío. Pero llegó tu novio y decidí esperar. Luego llegó su esposa y el hijo de ella y los dos se pusieron a susurrar juntos y decidí dejarlo para otro momento.

Los susurros que habían despertado a Hayley la primera noche. Después de todo, no los había soñado. Y Paula era la observadora silenciosa que había intuido.

—Pero descubrí que a él le daría igual que te matara. ¿Sabes que te odia? Por eso no tenía sentido matarte. Y si no te hubieras entrometido, no te habría pasado nada. Pero tenías que entrometerte, ¿verdad? Tu novio y tú teníais que poner os a mirar lo que no os importaba.

Hayley cerró los ojos un instante. Aquello no podía estar pasando.

—Necesitaba una dilatación y legrado para quedarme embarazada. Es una operación sencilla que puede hacer cualquier ginecólogo. Cualquiera menos él.

Sus palabras fluían con más rapidez a medida que crecía su furia. Marcus gemía y le costaba respirar. Hayley apartó la vista de él y miró a la derecha.

Había un hueco en los setos que formaban el laberinto. Estaba cerca, pero sabía que no conseguiría llegar antes de que Paula le disparara.

Marcus necesitaba ayuda y la necesitaba ya. ¿Vería Emily su maleta en la entrada del laberinto? Hayley vio su bolso en el suelo, cerca del banco, fuera de su alcance. Pero de todos modos no sería una gran arma.

—Estropeó esa operación tan sencilla —decía Paula con amargura—. Me dejó estéril. Mi esposo decía que no importaba, pero mentía. Claro que importaba. Yo no quería adoptar el niño de un extraño, quería uno mío.

Hayley retrocedió un paso con cautela. La otra no se dio cuenta. Su voz seguía subiendo en proporción a su furia.

—Siempre que veía un bebé me echaba a llorar. No podía concentrarme en mi trabajo y me despidieron. Decían que estaba loca. Mi propia familia acabó encerrándome.

Hablaba como si llevara mucho tiempo guardando aquellas palabras dentro.

—Mi esposo se divorció de mí y se casó con una mujer que podía darle hijos.

¡Y todo por su culpa!

Hayley sabía que tenía que calmarla o apretaría el gatillo y Marcus y ella morirían entre las rosas destruidas.

—Sabía lo que tenía que hacer. Primero debilitarlo. Me costó mucho encontrar una fórmula que no le hiciera sospechar. Algo incoloro e inodoro que no perdurara mucho. Quería que al final se enterara de lo que pasaba. Y se enterara, ¿verdad, doctor Thomas?

Marcus se movió en el suelo y Hayley retrocedió otro paso.

—Y le drogó el agua.

—Sí. Yo soy química —dijo la mujer con orgullo—. Lo decía en mi ficha, pero la destruí cuando entré a trabajar aquí. Luego te oí hablar de ordenadores con tu novio y pensé que seguramente las fichas estaban también en los ordenadores. Y no podía dejar nada que pudiera encontrar la policía, ¿verdad?

—Y prendió el fuego.

Paula sonrió. Su sonrisa resultaba más terrorífica que su mirada fanática.

—Me propuse destruir todo lo que a él le importaba y lo conseguí. Lo planeé con mucho cuidado. Quería que estuviera débil para poder matarlo con el martillo de tu novio y que la policía le echara la culpa a él. Todos sabían lo que le había pasado a su esposa; a ti te lo contó el chico. Yo lo oí.

—¿Marcus sabía quién era cuando la contrató?

La expresión de Paula se volvió astuta.

—¿Cómo iba a saberlo? Me cambié el peinado y el maquillaje. Y hacía años que había destrozado a Lydia Carpenter, una mujer de negocios triunfadora. A Paula Kerstairs no la miró dos veces; sólo era una asistente.

Soltó una carcajada escalofriante.

—Toda la culpa es tuya. No me has dejado opción. Primero te mataré a ti y luego a tu novio.

—¡Hayley!

No podía ser la voz de Bram. Él estaba a salvo en casa de los Walken.

Paula bajó el brazo con la pistola y miró por encima del hombro. Hayley no se detuvo a pensar. Se lanzó de lado y pasó por el hueco del seto. Paula gritó de rabia. Volvió a sonar un ruido como de tos.

Hayley echó a correr, segura de que sentiría la bala en la espalda en cualquier momento.

Capítulo 14

George cubrió la distancia entre las dos casas como si intentara batir un récord de velocidad. Cuando llegaron, el coche de Hayley estaba en la parte delantera de la casa. Un policía les hizo señas de que fueran a la puerta de atrás, donde Emily y Eden charlaban al lado del coche de la primera. Hayley no estaba a la vista.

A Bram le dio un vuelco el corazón. Salió del coche antes de que terminara de pararse.

—¿Dónde está Hayley?

Emily señaló el jardín con aire culpable.

—Jacob ha ido a buscarla. He intentado llamar, pero se ha terminado la batería del móvil.

La maleta pequeña de Hayley estaba en el suelo, a la vista de todos. Bram oyó otro coche que se detenía al lado del de George, pero no se volvió a mirar. Echó a correr.

Una mujer gritó en el interior del jardín.

Bram oyó a Jacob que le gritaba a Hayley que esperara y siguió corriendo.

Tenía que llegar a ella antes que Jacob.

—¡Hayley! ¡Espera!

Hayley oyó la voz de Jacob mientras corría, pero no podía verlo. No sabía en qué laberinto se encontraba ni en qué punto. Delante de ella se cruzaban tres senderos y, cuando se detuvo, la asaltó un golpe de tos. Intentó apagar el ruido con el vestido.

—¡Hayley!

Jacob dobló un recodo. Ella intentó espantarlo.

—¡Busca ayuda! ¡Paula tiene una pistola!

Jacob siguió avanzando.

Hayley se dio cuenta de que alguien más corría hacia ella por otro sendero.

¿Dónde estaba Paula? Corría hacia Jacob cuando oyó un ruido entre los

arbustos, a pocos metros de ella. Las ramas del seto se apartaron con brusquedad y Paula se abrió paso entre ellas con la pistola en la mano.

Bram perdió a Jacob en un ataque de tos que lo dejó débil y sin aire para poder hablar.

Oyó que Hayley tosía más adelante.

—¡Hayley! —gritó Jacob.

Éste estaba a su derecha. Bram se había equivocado de camino en algún punto.

—¡Vete! ¡Paula tiene una pistola!

La adrenalina dio nueva energía a Bram. Corrió hacia delante y vio a Hayley

que corría también. Paula Kerstairs apareció de pronto en mitad del seto y le cortó el paso a Hayley, a la que apuntó con una pistola.

Bram luchó por respirar. No podría llegar a Hayley a tiempo. Pero Jacob se acercó a Paula por detrás y la golpeó en el hombro. La pistola escupió llama y humo. Paula y Jacob empezaron a pelear y Bram se acercó, agarró a Hayley y la colocó detrás de él.

La pistola se disparó. Jacob abrió los labios sorprendido, se tambaleó y cayó

hacia atrás. Paula se volvió hacia Bram con la pistola en la mano. A esa distancia no podía fallar.

—¡Eh! ¡Usted! ¡Aquí! ¡Eh!

Hayley estaba detrás de él y, sin embargo, su voz sonaba desde la izquierda.

Paula, distraída, se giró un poco al apretar el gatillo. La bala se clavó en el suelo, a los pies de Bram. Éste se lanzó sobre la mujer y los dos cayeron al suelo.

La pistola se soltó de su mano.

Paula empezó a arañar, dar patadas y gritar obscenidades, pero el claro se llenó de personas que la agarraron. Bram, que tosía tanto que apenas podía ver, se dejó poner en pie. Eden se inclinaba sobre Jacob. George y un policía intentaban sujetar a la enloquecida mujer mientras Hayley abrazaba a una doble exacta a ella.

—Dijiste que todo iba bien —oyó decir a la otra joven, que debía ser Leigh.

—Mentí —Hayley estrechó un momento a su hermana y luego se volvió y

se arrojó en los brazos de él.

Los tres estaban sentados en la sala de estar de los Walken, después de una cena tardía, intentando todavía entender lo que había pasado. La policía se había ido, George hablaba por teléfono y Emily había ido a buscar algo a la cocina.

Marcus había muerto entre los restos de las rosas que amaba. Jacob estaba en el hospital con un agujero en el brazo como resultado de su heroísmo y Paula en la cárcel.

Bram estrechó a Hayley contra sí en el sofá. Le dolía el pecho y la cabeza, además de los músculos, los arañazos y las quemaduras.

Besó a Hayley en la cabeza, sin preocuparle que su hermana estuviera presente y ella le sonrió y apoyó la cabeza en su hombro mientras Leigh los miraba divertida. Bram empezaba a acostumbrarse a ver a una desconocida con el rostro de Hayley. A pesar de su parecido, no le resultaba difícil diferenciarlas, y no sólo porque Leigh llevara el pelo más largo sino porque para él sólo había una Hayley.

—Todavía estoy confusa —protestó Leigh.

—Como todos —intervino su hermana—. Yo estaba segura de que era Eden la que drogaba el agua.

Bram le acarició el pelo.

—Le debo una disculpa a Jacob —musitó.

—Desde luego —asintió ella—. Me ha salvado la vida.

—Lo sé.

Bram no olvidaría nunca su terror cuando vio a Paula apuntando a Hayley con la pistola y supo que no iba a llegar a tiempo.

—¿Y esa mujer está loca? —preguntó Leigh.

—No lo sé —dijo Hayley—. Creo que pasó un par de años creando la sustancia que ponía en el agua. Sabía bien lo que quería conseguir y esperó hasta estar preparada. No parece que eso sea de estar loca.

—Y apareciste tú y lo estropeaste todo —dijo Leigh—. ¿Y Paula chantajeaba a Marcus?

—No sé si lo hacía alguien. Marcus puede que hablara solo aquel día. La primera vez que lo vi también lo hacía, le decía a mamá que sus rosas estaban bien.

Las dos jóvenes se estremecieron y Bram le acarició el brazo a Hayley,

quien lo recompensó con una sonrisa temblorosa.

—¿Sabemos por qué se escondía Eden aquel día en el laberinto? —preguntó Leigh.

Su hermana negó con la cabeza.

—La señora Norwhich dijo que Paula también estaba fuera aquella mañana.

Yo creo que Eden la seguía.

—Yo vi a Jacob actuando de un modo raro y lo seguí —dijo Bram—. Pero lo perdí y tuve que buscar una salida al laberinto. Él seguía a su madre o a Hayley.

—Se lo preguntaremos más tarde —dijo ésta última.

—Me sorprende que no tropezarais todos con todos.

Hayley movió la cabeza.

—Los laberintos son un desastre. Hay que recortarlos.

—¿Y las fotos que encontraste? —preguntó Leigh—. No entiendo cómo encajan en esto, pero me gustaría verlas.

—Buscaremos el archivo cuando podamos entrar en la casa —declaró Bram.

—¿Y por qué limpió Paula la biblioteca y se llevó la guía de teléfonos? —inquirió Leigh.

—Para confundirme, creo —repuso su hermana—. Sabía que estaba bebiendo

el agua y que podía entrar sin problemas cuando dormía. Apostaría a que fue ella la que registró mi maleta el primer día.

—¿Pero por qué? No lo entiendo.

—Quería crear todo el caos y la confusión posibles.

Bram asintió.

—Quería que Hayley se marchara, pero, si no lo hacía, que al menos estuviera tan confusa que nadie creyera lo que decía.

—¡Cuesta tanto creerlo! —protestó Leigh—. Me voy unos días de vacaciones y mira lo que pasa.

—Yo sigo pensando que el plan de Paula era atraer a Marcus a su consulta y matarlo con el martillo antes de prender el fuego —comentó Hayley.

—¿Y quería que culparan a Bram?

—Sí. Hizo la carpeta falsa de su esposa porque oyó a Jacob contarme lo que le había pasado.

—Yo creo que la carpeta la hicieron Eden o Jacob para que dudara de mí, Hayley —intervino Bram—. Creo que Paula esperaba que la policía creyera que había golpeado a Marcus porque me había sorprendido en su consulta. Y lo habría conseguido. La mayoría de las noches yo no habría tenido coartada.

—¡Qué mala idea! —exclamó Leigh.

Hayley le acarició la mejilla.

—Cuando aparecimos de pronto, le entró el pánico y te golpeó en la cabeza

para escapar. Pensándolo bien, era la única persona que parecía aterrorizada cuando ya estábamos todos fuera.

—No podía estar segura de que no la hubiera visto cuando me pegó.

—¿Por eso decidió matar a Marcus en el jardín después de destruir sus rosas?

—preguntó Leigh.

Hayley asintió y Emily entró en la habitación con una bandeja de galletas.

—¿Alguien quiere beber algo? —preguntó.

—No, gracias. Siéntate, Emily —le pidió Hayley—. No tienes que servirnos.

—Lo sé —sonrió la mujer—. Lo que todavía me preocupa de lo ocurrido es por qué Paula os atacó a Marcus y a ti con nosotros tan cerca.

—Creo que me oyó advertirle a Marcus sobre el agua y pensó que se le acababa el tiempo —explicó Hayley.

Bram hizo una mueca.

—Si hubieras hecho lo que te dije de no apartarte de la gente...

—Estaba con gente —protestó ella—, aunque no era la apropiada.

Leigh sonrió con cansancio.

—Si quieres que Hayley haga algo, tienes que decirle que no lo haga.

George Walken entró en la habitación y Emily se acercó a su lado. Él le pasó un brazo por la cintura y le sonrió con afecto.

—Siento la interrupción —dijo—. Ha llamado un amigo mío que trabaja para el Departamento de Bomberos. ¿Sabíais que Marcus tenía una habitación oculta en su consulta?

—¿Qué? —exclamaron al unísono las dos hermanas.

George asintió.

—Han encontrado un quirófano pequeño con una entrada oculta desde la consulta y una salida oculta al exterior.

—¡Imposible! —musitó Leigh.

—Me pregunto si lo sabrían mamá o el abuelo.

—Lo dudo —dijo George—. Si tenía una habitación oculta, sólo podía ser para hacer algo ilegal. Dennison jamás lo habría consentido.

Todos guardaron silencio.

—Quizá puedan encontrar respuestas en los archivos o el ordenador de Marcus —sugirió Emily.

—Me temo que no —repuso su marido—. En esa ala se ha perdido todo.

Bram movió la cabeza.

—Tal vez no. Los discos duros son casi indestructibles. Es posible recuperar mucha información, incluso después de que los dañe el agua o el fuego. Tengo un par de amigos en Nueva York que se ganan la vida así. Es caro y lleva tiempo, pero no es imposible.

—¿Los llamarás? —preguntó Hayley—. ¿Hay todavía tantas preguntas sin responder!

—Yo tengo otra —intervino Emily—. ¿Cómo has llegado en un momento tan

oportuno, Leigh?

—Buena pregunta —asintió Hayley—. ¿Qué haces aquí?

—En cuanto llamaste a Inglaterra, supe que algo iba mal. ¿Marcus y tú juntos sin un árbitro? Y cuando me dijiste que estaba colocando barrotes, decidí tomar el primer avión. Y créeme, no fue fácil —reprimió un bostezo—. Y disculpad, pero creo que llevo dos días en pie y estoy destrozada.

—Creo que todos necesitamos dormir —asintió Emily.

—Yo tengo una última pregunta para Bram —dijo Leigh, poniéndose en pie—. ¿Cuáles son tus intenciones para con mi hermana?

—¡Leigh! —protestó Hayley.

—Eh, por lo que parece, esto es algo más intenso que tu relación con Peter Vonnvitch.

—¿Quién es Peter Vonnvitch? —preguntó Bram.

—El chico al que dejó hace dos meses —repuso Leigh—, así que contesta a mi pregunta.

—¡Cállate, Leigh! —dijo Hayley—. No son las intenciones de él las que deben preocuparte. Aun a riesgo de ofender a Emily y George, debo decirte que mis intenciones para con él son muy inmorales y ahora cierra el pico y vete a la cama.

Leigh parpadeó y empezó a sonreír.

—Buenas noches a todos.

George asintió.

—Ha sido un día agotador para todos.

—Tienes razón —Emily tomó la bandeja de galletas—. Felices sueños.

La habitación se vació a toda velocidad.

—Mi hermana siempre ha sabido despejar una habitación —comentó Hayley.

Bram le tomó la mano.

—Sabía que ocurriría esto y te advertí de que no quería casarme —gruñó.

—¿He hablado yo de matrimonio? —preguntó ella.

—Tú no eres una mujer de aventuras.

—¿No? Yo pensaba que lo estaba haciendo muy bien, teniendo en cuenta que tú eres mi primera seducción. Mejoraré con la práctica. Espera a ver la ropa interior que he comprado hoy.

—Hayley...

—Mira, ha sido un día agotador, me duele el pecho y a ti te debe doler todo.

Hablaremos por la mañana —se soltó y se puso en pie—. Sólo recuerda una cosa. Querer a alguien no es una enfermedad.

—No, no lo es. Pero a algunos no se nos da bien.

—El amor, como todo lo demás, es cuestión de práctica. Buenas noches, Bram. Esta noche dormiré en la habitación de enfrente para que puedas descansar.

Hayley se acercó a la ventana de la habitación oscura y deseó no haber dicho esa tontería. ¿Qué hacía allí cuando podía estar acurrucada con Bram? Nunca era buena idea darle tiempo a un hombre para pensar.

Deseó poder llorar. Le hubiera gustado derramar algunas lágrimas por la madre y el abuelo a los que tanto echaba de menos y por la muerte de un padre que no podía quererla; pero sobre todo por un hombre que no quería darse permiso para amarla.

¿Podría atravesar alguna vez la barrera que había erigido la muerte? Bram la quería, estaba segura. Estaban destinados el uno al otro. No podía imaginar la vida sin él, ¿pero cómo hacérselo ver?

La puerta del dormitorio se abrió a sus espaldas y ella se volvió y se encontró con Bram.

—Te quiero, ¿sabes?

Sus palabras roncas la hicieron estremecerse.

—Estarías mejor con Jacob —continuó él; entró y cerró la puerta con firmeza—. O con alguien que no lleve encima tanto lastre.

La joven levantó la barbilla con el corazón rebosante.

—Yo no quiero a nadie más.

Él cruzó la estancia en silencio, una sombra grande en la oscuridad.

—Cambiarás de idea. Yo llevo más lastre del que imaginas. Estoy sin blanca, mi padre está muriendo de cáncer y tengo un montón de deudas pendientes.

—Yo tengo mucho dinero. Puedo ayudarte.

Él le acarició la cara. La luz de la luna iluminó sus rasgos.

—No aceptaré tu dinero. Sólo te lo digo para que entiendas por qué no puede salir bien. Quiero ayudar a un hermano a terminar la universidad, otro acaba de pasar por un divorcio difícil y...

—¿Y todo eso no sería más fácil si dejaras que alguien compartiera la carga?

—Si ese alguien es una heredera rica, no. Ya he recorrido ese camino.

—¡No se te ocurra hacer comparaciones! Yo no soy Helen.

—No, tú no te pareces nada a Helen.

—Pues deja de pensar con el orgullo y empieza a pensar con el corazón.

Bram tendió las manos y le acarició el pelo. Hayley le tomó una de ellas y le besó la muñeca.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó él.

—Yo tengo un par de sugerencias —musitó ella, esperanzada.

—Hayley, yo no quiero hacerte daño.

—Pues no me lo hagas. La vida no ofrece garantías, sólo oportunidades. Lo único que podemos hacer es aprovechar al máximo las que tenemos.

Los ojos de él eran dos estanques oscuros.

—Te quiero, Bram. Te querré aunque me dejes. Pero si lo haces, te advierto que iré en tu busca.

—Y sé que lo harías.

—Puedes estar seguro. Yo creo que esto se merece al menos que lo intentemos, ¿tú no?

Bram la estrechó en sus brazos y ella escuchó el sonido mezclado de sus corazones. Levantó la cara y él la besó en los labios.

—¿Quieres ver lo que llevo debajo del camisón? —susurró ella.

Los dedos de él encontraron su pecho.

—Nada.

—Exacto.

El beso adquirió intensidad. Bram la hizo retroceder hasta la cama y se detuvo.

—No deberíamos hacer esto aquí.

—De acuerdo. Mi coche está ahí delante.

Él soltó una risita.

—Te quiero, Hayley.

—Lo sé.

—Debería salir por esa puerta y no mirar atrás.

—Pero no lo harás —repuso ella.

Sabía que no sería fácil superar su orgullo y los recuerdos que lo atormentaban, pero lo conseguirían.

Bram la miró a los ojos y sonrió.

—No, no lo haré. Alguien tiene que impedir que te metas en líos. Pero ya me he quitado los leotardos y la capa de Superman, ¿de acuerdo?

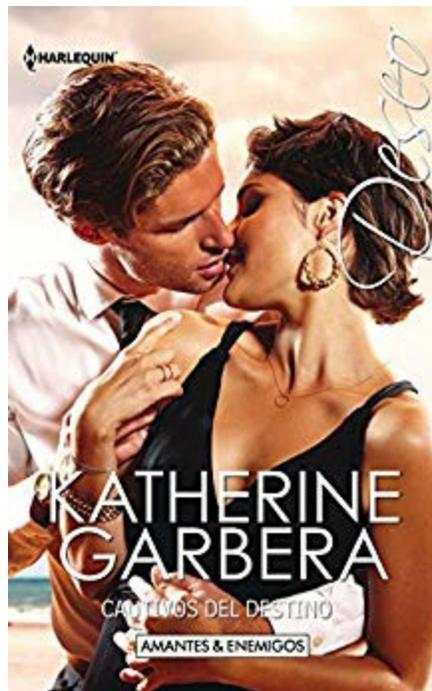
Hayley soltó una carcajada y le echó los brazos al cuello.

—De todos modos, no te sentaba bien el color —susurró.

Bram rió a su vez y cayó con ella sobre la cama.

En el Intriga titulado *La hermana gemela* podrás continuar leyendo esta inquietante miniserie de Dani

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com